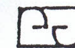
LOUIS-JEAN CALVET

LINGÜISTICA Y COLONIALISMO

breve tratado de glotofagia

traducción de

JOSE ANTONIO DOVAL



EDICIONES JÚCAR

SINDERESIS

Víctor Hugo Quintanilla Coro

SINDÉRESIS, 4
Cubierta: *J. M. Domínguez*
Título original: *Linguistique et Colonialisme*
Primera edición: *diciembre de 1981*

Fernández de los Ríos, 20. Madrid-15, y Alto Atocha, 7. Gijón
I.S.B.N.: 84-334-7004-3
Depósito legal: M. 40.231-1981
Compuesto en Linotipias GALEÁN. López Silva, 5. Madrid-5.
Impreso en ALCO, artes gráficas. Jaspe, 34. Madrid-26
Printed in Spain

Todos los homicidios legales empiezan robando a un hombre su lenguaje en nombre del mismo lenguaje.

(Roland Barthes)

Jack sería un caballero si pudiera hablar francés.

(Proverbio inglés medieval)

INTRODUCCION

Este libro nació de una doble experiencia. La de la lingüística, a cuya enseñanza me dedico desde hace cinco años, y la de los países coloniales y neocoloniales donde he pasado la mitad de mi vida. ¿Qué relaciones puede haber entre una ciencia humana y el colonialismo? Como se verá, en el centro de esta obra se postula una doble relación: una relación de producción parcial, en el plano ideológico, y una relación de descripción.

En la actualidad disponemos de un cierto número de estudios sobre la historia de la lingüística o más bien, al ser ésta una ciencia de reciente aparición, sobre la historia del estudio del lenguaje y las lenguas. Georges Mounin, R. H. Robins, Maurice Leroy, G. Lepschy, C. Tagliavini y otros muchos, por no citar sino textos recientes, han reunido y redactado escritos importantes. Sin hablar de los estudios particulares de C. G. Dubois para el siglo XVI, M. Duchet y C. Porcet para el XVIII, así como S. Auroux, etcétera. Con todo, estos trabajos, muy documentados, a veces magníficamente documentados, no responden al objetivo que aquí me he fijado. Ya sea que presenten el estudio del lenguaje relacionándolo con la epistemología del siglo en cuestión (las investigaciones de Auroux, por ejemplo), o que hagan una nueva valoración de esa historia en función de lo que hoy pensamos de la lengua (como en Mounin), lo más frecuente es que se atengan a un punto de vista inmanente: el estudio de la lengua (y más tarde la lingüística, en el sentido saussureano del término) es una mecánica que funciona por sí misma. Y este punto de vista obvia un hecho importante: la teoría (lingüística por descontado, pero mi afirmación tiene una validez más universal) hunde siempre sus raíces en el tiempo; no puede por menos de jugar un papel histórico, político, ya sea porque esté directamente conectada con los problemas

del momento o porque sea a continuación utilizada por la ideología en el poder.

Mi intención es demostrar, en primer lugar, cómo el estudio de las lenguas ha propuesto siempre, en definitiva, una visión de las comunidades lingüísticas y de sus relaciones muy determinada, y cómo esa visión pudo llegar a ser utilizada para justificar la empresa colonial (capítulos I y II). Parece claro que las llamadas ciencias humanas están sujetas a una argolla temporal: lo quieran o no (y muy a menudo no lo quieren o simulan no quererlo), hablan de nosotros, de nuestros conflictos, de nuestras luchas. Y la traducción que de ello ofrecen, lo quieran o no también (pero esto lo admiten con mayor facilidad), se utiliza frecuentemente, en esos conflictos y esas luchas, en beneficio de unos pocos. Desde luego, salvo excepciones marginales, no se trata de extravíos voluntarios: aparentemente, al menos, ya no vivimos en la época de N. Marr. Hoy las cosas son más sutiles, y por ello más peligrosas.

Como por alguna parte hay que empezar, vamos a seguir el estudio de las lenguas y el lenguaje desde el Renacimiento. No será una historia: no pretende ser exhaustivo. Intentará, sencillamente, establecer los jalones y mostrar su vinculación con los fenómenos de expansión imperialista, ya sean contemporáneos (capítulo V) o sucesivos. Esa vinculación se estudiará en sus traducciones ideológicas y políticas, teniendo como telón de fondo la evolución histórica del desprecio sistemático por la lengua del otro: el racismo y el colonialismo. Desde un cierto punto de vista, hasta los albores de nuestro siglo la lingüística ha sido una forma de *negar* la lengua de los otros pueblos, siendo esta negación, junto con otras, lo que constituyó el fundamento ideológico de nuestra «superioridad», de la superioridad del Occidente cristiano sobre los pueblos «exóticos» a los que alegremente íbamos a esclavizar. De esta forma, el discurso del «lingüista» sobre las lenguas preparó el de los políticos anexionistas, el de los teóricos del colonialismo. *Maupertuis-Jules Ferry, tanto monta, monta tanto*, podríamos titular, si quisiéramos resumir este punto de vista en una fórmula fácil y provocativa.

Por descontado, el problema lingüístico es un problema secundario en el desarrollo del proceso colonial. Pero la lingüística, considerada como la preparación del colonialismo en el plano ideológico, también puede utilizarse para describirlo desde el punto de vista de las relaciones entre lenguas: intentaremos ver la progresión de la opresión de un pueblo por otro siguiendo los avatares de las lenguas habladas por esos pueblos (capítulo III), utilizando para esto las técnicas clásicas de la descripción lingüística (capítulo IV). Pero esta descripción sólo nos interesa en la medida en que pueda ayudar, guiar la acción. Naturalmente, el fenómeno colonial dista de haber desaparecido, sobrevive bajo su forma clásica o bajo la máscara de pseudoindependencias y, en cualquiera de ambos casos, los problemas que este libro suscita son fundamentales: ¿cuál es el estatuto de la lengua dentro de la opresión colonial y neocolonial, qué papel hay que reservarle en la lucha de liberación nacional, etc.? Sobre estos puntos, no hay respuestas definitivas; en última instancia, éstas sólo pueden venir de las luchas que se están desarrollando. Sólo hay preguntas, preguntas sin embargo que difícilmente nos podremos ahorrar (capítulo VI).

El conjunto de las proposiciones teóricas, del *modelo* que se haya podido o intentado elaborar, se aplicará después a un cierto número de casos particulares. Los ejemplos que se desarrollan son poco numerosos y heterogéneos: la constitución imperial del hexágono (capítulo VII), el nacimiento del inglés como lengua nacional (capítulo VIII), las relaciones entre una lengua africana dominada y la lengua dominadora (capítulos IX y X) y, finalmente, un intento de evaluación del estado final del imperialismo cultural francés: la francofonía (capítulo XI). Pero la labor principal queda por hacer. Les corresponde a los lingüistas, en sus países respectivos, hacerse cargo de ello. Tras haber servido al colonialismo, como aquí he intentado demostrar, la lingüística (es decir, los lingüistas) debería y podría luchar contra el neocolonialismo, oponiendo al imperialismo lingüístico y al desprecio por las lenguas dominadas, de las que ha hecho su pasto cotidiano, un lento trabajo de descripción de las lenguas locales, trabajo muy concreto y en ocasiones ingrato: establecer sistemas de transcripción, léxicos, escribir obras en esas lenguas, sacar periódicos, etc. Esta lucha no es, como algunos podrían creer, marginal: es una lucha en favor del hombre, en pro de su derecho a la existencia centrada en su cultura, de su derecho a la vida con una vida que él escoja.

A este propósito, es interesante echar un vistazo al artículo que el diccionario Robert dedica a la palabra *colonización*:

«1) El hecho de poblar con colonos, de transformar en colonia.

2) Valoración, explotación de los países convertidos en colonias.»

Porque este artículo presenta una notable ausencia: la de los colonizados. Según eso, las colonias serían países

vacíos, en los que los colonos llegados desde la otra orilla vendrían a instalarse sin problemas. No se trata de un olvido o, mejor, ese olvido no es casual: para justificar la empresa colonial en los términos de la «cultura» occidental, de ese humanismo con que tan machaconamente nos fatigan, había que olvidar la existencia de los otros. El primer antropófago vino de Europa, devoró al colonizado. Y, desde el aspecto que nos ocupa, devoró sus lenguas, luego es un *glotófago*. Por lo demás, no es cierto que esas lenguas no existieran. Había hasta dialectos... Sí, el artículo del diccionario Robert no es casual. Yo lo leí una vez terminado este libro. Hubiera podido servirle de punto de partida.

L.-J. C.

Enero de 1974.

PRIMERA PARTE

PROBLEMAS GENERALES

CAPÍTULO PRIMERO

TEORIA DE LA LENGUA Y COLONIALISMO

Un objeto sólo existe mediante las descripciones que de él se dan. Y esas descripciones sucesivas siempre son productos; el hombre observa el mundo que le rodea y ofrece de él una interpretación ideológica, que se reintroduce de inmediato en su práctica social, por la que se justifica y a la que justifica. La intención de este capítulo es demostrar cómo el descubrimiento del mundo, al forzar a las comunidades a pensar sus mutuas relaciones, llevó a algunas de ellas a teorizar su supremacía sobre las demás, y cómo, después, esta teorización pudo participar en la justificación de la empresa colonial.

Indudablemente, esta demostración podría desplegarse desde diversos ejemplos, tales como el derecho, la religión, etc., dondequiera que la relación entre comunidades diferentes se halle asumida. Nosotros, de hecho, nos ocuparemos sólo de la lengua, y esto porque, por una parte, es necesario establecerse límites, pero también porque la práctica colonial a la que su teorización se prestó perdura aún. Veremos cómo no hay diferencia fundamental entre la política lingüística de la Revolución Francesa en el hexágono, por ejemplo, y la de la Tercera República en las colonias, y cómo esta política lingüística sigue siendo la misma todavía hoy tanto en Francia, tras la ley Deixonne, como en los territorios de la «francofonía».

La teoría de la lengua es una historia antigua, aunque se tenga por costumbre datar el origen de la lingüística en Ferdinand de Saussure. Todos los historiadores de la lingüística citan, por ejemplo, a Panini, cuya descripción del sánscrito prefigura una visión «fonológica» de la lengua [1]. Pero esta misma referencia es ideológica: participa

[1] Cf., por ejemplo, ROBINS, R. H.: *A short history of linguistics*, pp. 144-148, y MOUNIN, G.: *Histoire de la linguistique*, pp. 66 y ss.

de una cierta apreciación de la lingüística contemporánea, la cual, al mirar la historia del estudio del lenguaje con las gafas de la escuela estructural, se ve forzada a privilegiar de entre sus antepasados aquellos que puedan elevarse a la categoría de precursores. Desde Panini (tal como se nos lo presenta) hasta la fonología encontramos la misma huida hacia la técnica, el mismo rechazo de la filosofía considerada, con sobrada razón en este caso, como no científica. A pesar de todo, la «filosofía» es reveladora por lo que dice y que con frecuencia la «técnica» presupone. Así, podemos hallar en Platón, en su diálogo *Cratilo*, una de las primeras visiones ideológicas de la lengua y de las lenguas (es decir, y en definitiva, de las relaciones entre las comunidades que hablan esas lenguas). No es mi intención desarrollar ahora este ejemplo, pero la noción de *rectitud* de las palabras, acompañada de un juicio de valor sobre su modo de composición, es muy interesante: al plantear un más allá del lenguaje por relación al cual se podría decidir sobre la rectitud o no rectitud de un vocablo (las palabras bien formadas y las palabras mal formadas), Platón introducía con toda tranquilidad la idea de que el griego era una lengua bien formada, lo que equivalía a decir que las demás lenguas, las lenguas bárbaras, estaban mal formadas (por lo demás, Platón no conocía ninguna de ellas, y esta circunstancia es muy significativa: para Platón, no se trata de un problema de comparación de lenguas, sino un problema de afirmación de principio, principio que en él es ya una herencia cultural e ideológica).

El más allá del lenguaje postulado por Platón era metafísico; lo será teológico en el siglo XVI, primer período que vamos a estudiar, pues en él encontramos dos elementos cuya conjunción nos interesa: un embrión de teoría de la lengua y el conocimiento de varias lenguas hasta entonces desconocidas.

EL SIGLO XVI : LA PIRAMIDE

El siglo XVI francés se halla marcado por una floración de obras sobre la lengua y el lenguaje, cuyo propósito común era las más de las veces (si exceptuamos las gramáticas que empiezan a aparecer) investigar el origen de las lenguas. No tanto por razones científicas (aunque determinados textos, en particular sobre el hebreo, tengan en ocasiones un interés científico) cuanto por razones teológicas.

Dicha en pocas palabras, la tesis sería poco más o menos la siguiente: las desdichas del género humano se remontan a la confusión de lenguas en Babel; demos con la lengua original y recuperaremos el paraíso. Por descontado, no todo el mundo comparte esta postura teológica (en concreto, Calvino y Lutero se interesan más por el castigo de Babel y sus consecuencias que por la lengua prebabélica), pero el ambiente general se inclina en esa dirección. Como indica Claude-Gilbert Dubois: «Las teorías lingüísticas del Renacimiento muy frecuentemente parecen un intento de recuperar, por vía gramatical o etimológica, el Paraíso perdido»[1]. Puesto que esta lengua original sólo puede ser una *lengua noble*, a donde primero se va a buscar el antepasado es al latín, al griego y al hebreo.

Esta misma noción de lengua noble es digna de resaltar: abarca las lenguas sagradas, las lenguas de las que se conocía una literatura antigua, las lenguas que se enseñaba en el Collège de France...; en resumen, se halla en la intersección de un determinado número de cánones de lo respetable en la época. Frente a esas lenguas nobles, las lenguas vulgares merecen menos consideraciones: se están empezando a escribir, desde luego, pero no tienen ningún respaldo religioso; y precisamente el que la Reforma tenga en cuenta a las lenguas locales, las lenguas que realmente hablaba el pueblo, es lo que hace que Lutero y Calvino se aparten en este punto[2]. A este respecto, es significativo el plan de estudios que Gargantúa señala a Pantagruel[3]: aprender griego, latín, hebreo, caldeo, árabe. El griego, el latín y el hebreo servirán para frecuentar las Sagradas Escrituras, el árabe para estudiar a los médicos, etcétera. Pero las lenguas europeas contemporáneas están, de manera singular, ausentes.

Así, pues, al principio disponemos de dos grupos: por una parte, las tres lenguas sagradas; por otra, las lenguas vulgares. Mas, como el triunvirato no está de moda, va a procurar afinarse esta jerarquía. Poco importan, de momento, esas discusiones (numerosas) en detalle: la lengua que más generalmente se mantiene como primera es el hebreo[4]. Pero, desde ese mismo momento, se plantea un problema: el estatuto de las lenguas vulgares con respecto al hebreo. Y la «investigación lingüística» se va a convertir en una considerable trifulca, donde todos tratan de demostrar que su lengua es la más próxima a la lengua primera o, cuando menos, a las lenguas sagradas.

---

[1] DUBOIS, C. G.: *Mythe et langage au seizième siècle*, p. 20.

[2] Cf., a este propósito, TULLIO DE MAURO «Minima Linguistica», *Il Mulino*, núm. 21, Bolonia, 1970.

[3] *Œuvres*, de RABELAIS,, livre II, chap. VIII, París, Garnier, 1950.

[4] Cf., en particular Gessner, Duret, Pererius, Postel, cuyas obras se encontrarán en la *Bibliografía*.

Será un florentino, Pierfrancesco Giambullari, el primero en afirmar que su lengua (es decir, el toscano) viene del hebreo por vía del etrusco [1]. El interés en reclamar esta filiación era doble: afirmar la afinidad con la lengua original (y, en consecuencia, valorizar el toscano) y rechazar la noción de lengua *proveniente del latín*, lo cual implicaría, por lo menos a ojos de Giambullari, degeneración.

Joannes Goropius, por su parte, va más lejos. Invierte el esquema y coloca en el origen una lengua germánica. Argumentos: encontramos palabras germánicas en todas las lenguas y la misma palabra *germanos* significaría «los que se reunen» [2]:

> «*German*, propiamente hablando, se llama a un hombre deseoso de reunir; por eso los germanos se vanagloriaban abiertamente de un origen indígena, debido a la extensión de este nombre en la Galia» [3].

Los franceses, que habían tomado la delantera en esta carrera a Goropius, veían en los galos los descendientes de Noé (¿no significa *Gallim*, en hebreo, «salvado de las aguas»?) y proponían su candidatura a la plaza de príncipe heredero [4]. Esta hipótesis (!), por otra parte, supone un viraje, una especie de cambio de agujas: lo poco que se conoce del galo no permite relacionarlo con el hebreo (a pesar de *gallim*), pero se cree saber, gracias a una indicación de César, que los druidas utilizaban caracteres griegos. ¡Por eso que no quede! En lo sucesivo, los franceses se orientan hacia el griego y demuestran profusamente las profundas afinidades entre la lengua francesa y la griega (obsérvese el rápido paso del galo al francés: el bretón, por ejemplo, no es tenido en cuenta). Es el origen de obras como las de Jean Bodin (*Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, 1566), Henri Estienne (*Traité de la conformité du langage français avec le grec*, 1569), etc. Se añaden diferentes teorías, que tienen como objetivo demostrar la excelencia de la tesis «céltica» y combatir la de Goropius. Los galos son originariamente civilizaciones griegas y romanas, han ocupado los territorios germánicos (de ahí las afinidades léxicas puestas de manifiesto por Goropius), ellos están en el origen de la cultura [1].

[1] GIAMBULLARI, P. F.: *Il Gello*, Florencia, 1546.
[2] GOROPIUS, J.: *Origines Antwerpianae sive Cimmeriorum Becceselana novem libros complexa*, Amberes, 1569, y DUBOIS, C. G.: *Op. cit.*, páginas 85-86.
[3] Citado por DUBOIS, C. G.
[4] POSTEL, G.: *Apologie de la Gaule*, París, 1552.

De poco sirve que sonriamos. Lo que importa es la subordinación de la reflexión sobre la lengua a los diversos nacionalismos: la carrera hacia el derecho sucesorio es una carrera lingüístico-política. Además, el esquema evolutivo de las lenguas así esbozado es profundamente eurocentrista. Sólo las lenguas alemana y francesa (y el toscano, pero Giambullari se encuentra solo) pueden aspirar al primer puesto. ¿Y las demás lenguas? Van a insertarse en una pirámide cuya base (que, por descontado, incluye el mayor número posible de lenguas) la constituyen las lenguas bárbaras:

> «Se llama bárbaras a todas las lenguas con excepción del latín y el griego. Igualmente exceptuamos el hebreo, por ser la más antigua y como la antepasada de las otras; además, es una lengua sagrada inspirada por Dios» [2].

De ahí el interés de esta carrera a la sucesión: si provienen más o menos directamente del hebreo (o, por qué no, si le han dado origen), las lenguas no serán bárbaras. Algunos son más moderados, como Du Bellay (*Défense et illustration de la langue française*), pero sus argumentos se ahogan entre la multitud.

¿A qué se debe esta histeria? En primer lugar, los hablantes de las lenguas locales de Europa han empezado a soliviantarse contra el uso exclusivo del latín y el griego en literatura. Es el sentido del intento de la Pléiade, y en particular de Du Bellay; si todas las lenguas tienen el mismo valor, además todas tienen el mismo origen, entonces por qué privilegiar una. Pero esta relativización se difumina tras un intento generalizado de hegemonía. Las rivalidades políticas europeas explican en parte a Goropius, Postel, Estienne, etc.: la lucha entre Valois-Angulema y Habsburgo, Carlos V, la derrota francesa de Pavía y la paz de Cambrai (1525, 1529), todo eso está sin duda alguna gravitando en el inicio de las controversias sobre el origen de las lenguas. Y no es casual que la oposición «teórica» entre la tesis céltica y la tesis germánica sea isomora del conflicto Valois-Habsburgo.

Pero igualmente notable es la suerte reservada a las

[1] Ver, sobre todo, POSTEL, Guillaume: *Histoire mémorable des expéditions depuys le déluge faictes par les Gauloys ou Françoys depuis la France jusques en Asie ou en Thrace et en l'Orientale partie de l'Europe*, y DUBOIS, C. G.: *Op. cit.*, pp. 86-92.
[2] GESSNER, Conrad: *Mithridates*, citado por DUBOIS, C. G.

lenguas no europeas, definitivamente arrinconadas entre las lenguas bárbaras, en la base de la pirámide. Con todo, empiezan a conocerse las lenguas y hasta se les dedican obras: turco, sánscrito, árabe, algunas lenguas del Brasil, chino, etc.[1]. Pero no tienen derecho de ciudadanía en esta carrera hacia la preeminencia. Las relaciones entre lenguas se conciben como relaciones sociales, hay una jerarquía con su cúspide (y pocos elegidos) y una base donde se encuentra la masa. Esta organización piramidal de las lenguas, es decir, de los pueblos que las hablan, recuerda un poco la arquitectura de la torre de Babel, pero sobre todo lo que recuerda es la organización social de la época. A este propósito, C. G. Dubois señala muy acertadamente cómo las metáforas de Henri Estienne están sacadas a veces del lenguaje de casta:

> «El gran desorden existente en nuestra lengua proviene en su mayor parte del hecho de que los Señores Cortesanos se arrogan el privilegio de *legitimar* las palabras francesas *bastardas* y de *naturalizar* las extranjeras»[2].

De esta forma, y esto es algo que no debe extrañarnos, la manera como se analiza la totalidad de las lenguas y las relaciones que entre sí mantienen está profundamente determinada por la organización social en cuyo seno se escribe y por los conflictos que oponen la comunidad del escritor a otras comunidades. Las historias escolares y universitarias, por lo que se refiere al siglo XVI, sólo estudian a Du Bellay y la Pléiade, es decir, la rama moderada de ese movimiento. Pero el militantismo francófilo del siglo da fe de un ultrachovinismo sólo igualado por el militantismo germanófilo al que se opone. También es preciso recalcar que no sólo están los Habsburgo (y, consecuentemente, la oposición a las tesis de Goropius), ni sólo las lenguas de ultramar que empiezan a ser despreciadas, están igualmente, en Francia, en el interior del país, los bretones y los languedocianos, a los que se comienza a imponer la lengua francesa: el Languedoc pasó a ser dominio francés en el siglo XIII, no hace mucho que Bretaña «fue «unida» a Francia (1532) y la ordenanza de Villers-Cotterêts (1539) acaba de imponer el francés en las actas jurídicas. Curiosamente (o lógicamente), estos problemas parecen ausentes de la literatura de la época. Se habla de galos y druidas pero no de bretones, no hay referencia a la *langue d'oc*. De hecho, ya, o las lenguas están en el poder político o no son lenguas. A este respecto es significativo el título de una obra de Bourgoing[1]: las lenguas romances sólo comprenden el francés, el italiano y el español.

[1] Ver MOUNIN, G.: *Op. cit.*, pp. 124-125.
[2] ESTIENNE, H.: *Traité de la conformité...* (El subrayado es mío).

Estas diferentes direcciones, eurocentrismo (y exclusión de las lenguas de ultramar que empiezan a conocerse), nacionalismo (sobre todo, en oposición a la Casa de Austria) y centralismo, las más de las veces presentes de forma implícita, demuestran que, por lo que se refiere sólo a este período, es imposible separar la historia de la ciencia (por más que la ciencia lingüística esté muy en embrión) de la historia sin más. Al teorizar las relaciones entre las lenguas, lo que se piensa es en las relaciones entre las comunidades, y entonces la ideología dominante está muy presente.

EL SIGLO XVII : EL PODER REAL

En el siglo XVII, centralismo y nacionalismo están presentes siempre en el pensamiento gramatical, por un determinado número de cuestiones que todas giran en torno al *uso*: ¿en qué lengua escribir?, ¿dónde encontrar su modelo?, etc. Las respuestas van a ser diversas, pero no necesariamente contradictorias, y quizá nos equivocáramos oponiendo Vaugelas a Malherbe, como a menudo se ha hecho. Malherbe, es sabido[2], se impuso como tarea limpiar la lengua francesa tanto de los préstamos de lenguas extranjeras y del hexágono, cuanto de los provincianismos. Su humorada, citada por Racan, es muy conocida: «Cuando se le pedía su opinión sobre alguna palabra francesa, por lo ordinario remitía a los mozos de cuerda de Port-au-foin, y decía que eran sus maestros en lenguaje», y se hizo de ella un principio rector que no se ve bien lo que significa exactamente. Porque la intención de Malherbe desde luego que no es escoger el habla de un determinado grupo social (los mozos de cuerda) contra el de otro grupo social; es, en la dirección de Henry Estienne, luchar contra el peregrinismo lingüístico, de la misma forma que Etiemble, tres siglos más tarde, luchará contra el franglés. Desde este punto de vista, el mozo de cuerda no simboliza

[1] BOURGOING, Jacques: *De origine, usu et ratione vulgarium vocum linguae gallicae, italicae et hispanicae*, 1583.
[2] Conocemos su doctrina esencialmente por dos textos: el *Commentaire sur Desportes*, editado en 1825, y las *Mémoires pour la vie de Malherbe* de RACAN, 1672, a los que se puede añadir la *Académie de l'art poétique*, de Pierre de DEIMIER, 1610.

una clase, simboliza París, contra la provincia y contra el extranjero.

Sus adversarios, por otra parte, no se equivocan: no se defienden en tanto que aristócratas, sino como poetas que reclaman una mayor libertad estilística. «Esquilman a la poesía libertad, dignidad, riqueza, y para decirlo en pocas palabras, flor, fruto y esperanza», escribe mademoiselle de Gournay [1], y tanto Mathurin Régnier como Théophile de Viau atacan a la escuela de Malherbe por idénticas razones. Claro que Régnier le reprocha sacar su modelo del pueblo:

> «¡Cómo! Así que tenemos que, para hacer una obra mayor que de la calumnia y el tiempo se proteja y se haga un sitio entre los buenos autores, hablar como en Saint-Jean lo hacen los mozos de cuerda» [2];

y Balzac, en el retrato que de él nos traza, escribe:

> «Ese doctor en lengua vulgar tenía por costumbre decir que hacía muchos años que se esforzaba por *desgasconizar* la corte y que no podía conseguirlo» [3].

Pero una simple lectura de las *Stances à Du Périer* o de la *Ode au Roi Louis XIII* demuestra que Malherbe no tenía nada de «doctor en lengua vulgar» (hubiera sido divertido leerles sus versos a los mozos de cuerda del mercado de Saint-Jean) y que su principal propósito era efectivamente *desgasconizar*, es decir, luchar contra las palabras extranjeras. Le reprochan un poco todos el que haga referencia al pueblo, siendo así que esta referencia sería digna de Poujade; en ello encontraría él una prueba *ad absurdum* del acierto de sus planteamientos, como un Picard que fuera a reprocharle hoy a Barthes su vocabulario so pretexto de que los mocetones de las plazas de abastos no lo entienden. Pero Malherbe no escribe para el pueblo (que por lo demás no sabía leer). Escribe, como todo el mundo en su época, para una ínfima minoría, y su prurito de simplificación sólo tiene carácter estético: la polémica que se desencadena entre él y sus adversarios es una polémica de estetas. Pero esta estética se apoya a su vez en una determinada idea de la lengua, que participa tanto del chovinismo (¡fuera palabras extranjeras!) cuan-

[1] GOURNAY, Mademoiselle de: *L'Ombre*, 1627.
[2] RÉGNIER, M., Satire IX, *Le critique outré*.
[3] GUEZ DE BALZAC, J. L.: *Socrate Chrétien*, 1632.

to del centralismo (¡fuera palabras provinciales!), y eso es ante todo lo que en él parece pertinente.

Tampoco tiene mucho fundamento oponerlo a Vaugelas, como con frecuencia se hace. De buenas a primeras, éste parece muy moderno, con su rechazo de la norma y su constante remitir al uso: «Lejos de mí el pretender constituirme en juez de los altercados lingüísticos, que yo no pretendo otra cosa sino pasar por un simple testigo que declara lo que ha visto y oído» [1]. Pero, desde el momento en que intenta definir lo que entiende por uso, las cosas se clarifican bastante: existen el buen y el mal uso, y esta dicotomía viene a coincidir poco más o menos con la oposición entre la corte y el pueblo: «El mal uso lo forma el mayor número de personas, lo cual en casi nada es lo mejor, y el bueno, por el contrario, lo componen no la pluralidad, sino la élite de las voces, y es verdaderamente al que se le llama señor de las lenguas.» Desde luego, la oposición con Malherbe parece clara: éste pretende informarse en la plaza de Grève y aquél entre los «eruditos en lengua». Pero, aparte de que la autoridad lingüística concedida al «pueblo» por Malherbe era completamente retórica (¡Racan no nos lo muestra precisamente yendo a la plaza de Grève para hacer encuestas!), los dos puntos de vista acaban por complementarse: uno establece la supremacía de la nobleza sobre el pueblo (Vaugelas), el otro la supremacía de París sobre la provincia (Malherbe), y de esta forma ambos colaboran, a fin de cuentas, en la justificación del poder real. No es indiferente, llegados aquí, apuntar que es entre Malherbe y Vaugelas cuando el Rey, estimulado por Richelieu, crea la Academia Francesa. Las cédulas del 29 de enero de 1635, así como los estatutos de la Academia (en particular el artículo 24), demuestran que de lo que se trata, para el poder, es de «dar reglas ciertas a nuestra lengua», para «hacerla pura, elocuente y capaz de mantener trato con las artes y ciencias» [2], desde luego, pero también para asentarla y reafirmarla como *la lengua*, la del reino. El centralismo político se procuraba con ello un instrumento de centralización lingüística y la Academia se veía dotada de un auténtico monopolio [3] que denuncia el sentido de la em-

[1] VAUGELAS, prólogo a las *Remarques sur la langue française*, 1647.
[2] Artículo 24 de los Estatutos y Reglamentos de la Academia, redactados por Richelieu.
[3] Así, Furetière, miembro de la Academia, se verá excluido de ella en 1685 por haber publicado un *Diccionario*, merced a un privilegio que se le había concedido a la Academia en 1674, prohibiendo «a todos los impresores y libreros cualquier nuevo diccionario de la lengua francesa, bajo el título que sea, antes de la publicación del de la Academia Francesa».

presa. De suyo, las oposiciones entre Malherbe y Vaugelas son espejismos; en el fondo, están de acuerdo, quizá sin saberlo, y la Academia defenderá el francés tanto contra el mal uso atacado por Vaugelas como contra las gasconerías perseguidas por Malherbe.

En cambio, la oposición entre la noción de gramática defendida por Vaugelas y la desarrollada en la *Grammaire générale et raisonnée* de Port-Royal tiene más fundamento. Arnauld y Lancelot, más que interrogarse sobre los usos lingüísticos, lo que quieren es hacer una «obra de razonamiento» que trate «de diversas lenguas» y que indague «las razones de varias cosas que son o comunes a todas las lenguas o particulares de algunas» [1]. Hay que fijarse en esta referencia a «todas las lenguas», pues se repite mucho en la obra: «Algo... común a todas las lenguas vulgares de Europa» (p. 92), «La primera, para la mayoría, es la misma en todas las lenguas» (p. 104), «Estará bien señalar algunas máximas generales que son de mucho uso en todas las lenguas» (p. 105), etc. Ahora bien, como acertadamente observa Georges Mounin [2], la *Grammaire*, de hecho, sólo cita algunas lenguas, y especialmente el latín y el francés. Cuando, cosa rara, cita otras, es para adaptarlas a un molde preestablecido. Así, cuando propone un cuadro de vocales (pp. 12-13), explica que los alfabetos latino, griego y hebraico bastan para dar una idea general de los sonidos de todas las lenguas; cuando se quiere sugerir que «el orden lógico» es el del francés, se toma un ejemplo latino, *Dominus me regit*, desprovisto de sentido, pues el orden en esa lengua se libre, etc.

Estos tanteos e insuficiencias podrían explicarse por un desconocimiento de las lenguas del mundo. Pero, nada de eso. Desde comienzos del siglo XVII, con la intensificación de los viajes de los navegantes, empieza a tenerse una idea bastante exacta de la configuración del globo terráqueo. Se descubre Australia en 1605, Nueva Zelanda en 1742, se busca un paso hacia Asia en el norte de América (Hudson en 1610, Baffin en 1616), se conocen bien las costas de Africa, como lo demuestra el mapa exacto en sus contornos que realiza Pierre Davity [3], hace mucho que Marco Polo fue a China (donde permaneció desde 1272 hasta 1292), en resumidas cuentas, que Europa posee una imagen del mundo que empieza a despejarse [4] y, correla-

[1] *Grammaire général et raisonnée*, p. 3. Reeditado por Paulet, París, 1969.

[2] MOUNIN: *Op. cit.*, p. 131.

[3] *Description de l'Afrique*, 1637.

[4] Ver a este respecto, por ejemplo, MAURO, F.: *L'expansion européenne, 1600-1870*, París, 1964.

tivamente, conoce un determinado número de lenguas del mundo. Por otra parte, a Conrad Gessner le toman su título *Mithridates* para cantidad de obras que hacen el recuento de las lenguas [1] (Megiser, por ejemplo, cita 400), aparecen obras dedicadas a lenguas particulares (etiope, turco...), y el descubrimiento del mundo va acompañado, pues, de un descubrimiento de sus lenguas. Esto es lo que nos impide considerar como ausencias técnicas las singulares ausencias que manifiesta la *Grammaire* de Port-Royal: sus redactores tenían medios suficientes para consultar los originales. Y el hecho de tratar de «todas las lenguas» desde algunas europeas y, especialmente, desde el francés, antes que la señal de una incompetencia es una opción ideológica.

Lo que aquí se cuestiona, parece claro, es el postulado de base de tal obra. «Hablar es explicar los pensamientos mediante signos», leemos ya en la primera página de la *Grammaire*, y el título de la *Logique* de Port-Royal precisa: *Logique ou l'art de penser*. ¡El vínculo postulado entre lógica y lenguaje es manifiesto, está presente en todas las páginas de la *Grammaire!* En el plano sintáctico, hay una organización lógica que aparece en todas las lenguas. Hasta el punto de que la única manera de concebir el problema del aprendizaje de las lenguas extranjeras, en el siglo XVII, consiste en razonar sobre el aprendizaje de un vocabulario extranjero: si las lenguas tienen una idéntica organización lógica, cambiar de lengua es sencillamente cambiar de palabras [2].

Así, todos estos enfoques concuerdan y colaboran para establecer la superioridad de la lengua francesa. Malherbe y Vaugelas mantienen posturas más bien defensivas, que se traducen, sobre todo en Malherbe, en posturas de rechazo. Estos señores de Port-Royal, por el contrario, están a la ofensiva. Los primeros teorizan la superioridad de la lengua: al ser la más próxima al orden lógico, la lengua francesa es la más noble. Y, en los tres casos, hallamos en el estudio de la lengua (y consiguientemente de las lenguas, por oposición) una forma de abordar el problema de las relaciones entre la comunidad a la que pertenecen los autores y las demás comunidades de que se tiene conocimiento. Todas estas comunidades, ya se trate de la provincia, del extranjero inmediato o de los países «exóticos», hablan lenguas que el pensamiento parisino condena, bien negándose a aceptar préstamos, bien pretendien-

[1] MOUNIN: *Op. cit.*, pp. 134-135.

[2] Ver, por ejemplo, CORDEMOY, Géraud de: *Discours physique de la parole*, 1666, pp. 19-29, y 57-58 de la edición de 1704.

do juzgarlas en nombre de un criterio que se establece como universal (la lógica) y de hecho inspirado en las estructuras del francés.

LENGUA, JERGA Y DESIGUALDAD EN EL SIGLO XVIII

El siglo XVIII mantiene con el siglo anterior una relación de dependencia y originalidad. La dependencia tiene que ver esencialmente con la teoría del signo, en la que consigue el colmo del conservadurismo: tanto el diccionario de Trevoux como la Enciclopedia recogen palabra por palabra la definición del signo dada en la *Logique* de Port-Royal. Por el contrario, la originalidad se manifiesta respecto al origen de las lenguas, problema al que presta especial atención un siglo que, como veremos, intenta con la mejor voluntad de que es posible tomar posiciones con respecto a los «salvajes» que los cada vez más frecuentes viajes le hacen conocer... El origen y formación de las lenguas se abordarán como problemas de comparación (¿qué relaciones existen entre *nuestras* lenguas y las de los otros, las de los salvajes?), desde dos postulados que todos los autores admiten sin discusión: el postulado sensualista, hijo de la Teoría de Condillac que empapa toda la segunda mitad del siglo [1], y la idea de que las lenguas, originalmente sencillas, se fueron complicando poco a poco con la aparición y decantación del pensamiento.

El mismo Condillac, en su *Cours d'étude pour l'instruction du prince de Parme* [2], aplicó sus ideas a la lengua. Es un principio existiría lo que él llama el «lenguaje de acción», es decir, «los gestos, los movimientos faciales y los acentos inarticulados», y en sus inicios las lenguas no fueron sino un suplemento de ese lenguaje de acción, pero sólo ofrecían una serie de palabras, un léxico concreto, sin «gramática», es decir, sin ley de concatenación. Se nombraban objetos (Condillac propone como ejemplos *arbol, fruto, lobo*), más tarde acciones (*ver, tocar, comer, huir*) y las únicas frases posibles serían del tipo *fruto comer, lobo huir, árbol ver*, supliendo el lenguaje gestual las imperfecciones de esta lengua primaria [3]. Pronto habrían venido las palabras aptas para designar las operaciones del entendimiento: «substantivos, adjetivos, preposiciones, y un único verbo, el verbo *ser*» [4]. Así, la historia de la lengua y la del pensamiento forman una sola: «Debe tenerse en cuenta que pasó mucho tiempo antes de poder expresar en proposiciones todas las minas del espíritu y que, por consiguiente, las lenguas no pudieron perfeccionarse sino muy lentamente» [1].

[1] El *Traité des sensations* data de 1754.
[2] 1775, cf.: *Varia Linguistica*, ed. Ducros, 1970, pp. 149-211.
[3] *Varia lingüística*, pp. 203-205.
[4] *Op. cit.*, p. 206. Esto recuerda un pasaje de la *Grammaire* de Port-Royal que reduce cualquier frase verbal a un esquema «es + part. presente».

Se desprende, pues, una idea de progresión armoniosa en la que lengua y pensamiento van estrictamente paralelos, de forma que el progreso de una avala el progreso del otro, y la imperfección de una hace imposible la perfección del otro. Todo el mundo está de acuerdo con estas posturas. Maupertuis, por ejemplo, escribe poco más o menos lo mismo que Condillac: «En sus comienzos, todas las lenguas eran sencillas. Deben su origen a hombres simples y toscos, que empezaron por crear los pocos signos que necesitaban para expresar sus primeras ideas» [2]. Rousseau sostiene más o menos las mismas ideas: la aparición de la lengua va unida a las pasiones (y no a las necesidades: influjo de Condillac), «no fue el hambre ni la sed, sino el amor, el odio, la piedad, la cólera quienes les arrancaron sus primeras voces» [3], y la lengua evoluciona a medida que el pensamiento se hace más sutil. Extiende incluso este principio a la escritura, que a su vez se convierte en testigo del estado de progreso de una lengua (y en consecuencia de un pensamiento): «Otro instrumento para comparar las lenguas y juzgar sobre su antigüedad lo sacamos de la escritura, y esto en razón inversa de la perfección de este arte. Cuanto más tosca sea la escritura, más antigua es» [4] (¡qué pensar, según eso, de los pueblos cuya lengua no se escribe!...). Adam Smith aporta también su voz a este concierto: en un principio el hombre designó los elementos de su experiencia (*árbol, caverna, fuente*) por medio de nombres propios (un solo árbol, etcétera), que poco a poco se convirtieron en nombres comunes (y entonces designan una multitud de objetos semejantes): la antonomasia estaría en el origen de la extensión de las lenguas y de la división en clases, géneros, especies... [5].

De esta visión del origen de las lenguas se obtiene un procedimiento heurístico. ¿Cómo estudiar el origen de

[1] *Op. cit.*, p. 211.
[2] *Réflexions philosophiques sur l'origine des langues et la signification des mots*, 1748.
[3] ROUSSEAU, J. J.: *Essai sur l'origine des langues*, bibliothèque du graphe, s. d., p. 505.
[4] *Id.*, p. 508.
[5] SMITH, Adam: «Considérations sur l'origine et la formation des langues», en *Varia Linguistica*, p. 310.

nuestras lenguas?, se pregunta Maupertuis. La respuesta es sencilla: basta con interesarse por «las jergas de los pueblos más salvajes», las cuales, próximas al magma lingüístico original, deberían enseñarnos muchas cosas sobre el origen de *nuestras lenguas*. Adam Smith sigue idéntico camino y, cuando intenta imaginar «el primer paso hacia la formación de un lenguaje», saca a escena a «dos salvajes» que se intercambian una «jerga primitiva» [1]. La misma «gramática», ciencia del siglo por excelencia, se va a poner en relación con esta evolución de la jerga primitiva hacia el lenguaje evolucionado y, así, François Thurot, en su prólogo al *Hermès* de Harris, escribe: «Hemos visto nacer la ciencia gramatical entre los griegos, una vez que su lengua se hubiera perfeccionado del todo y los filósofos hubieran empezado a aplicarla a las teorías de pura especulación y razonamiento: del mismo modo la veremos renacer en Francia, cuando, habiendo adquirido nuestro idioma el más alto grado de perfección, tuvimos poetas, oradores y finalmente filósofos», y «fue así, pues, cuando nuestra lengua hubo adquirido su mayor perfección, cuando la gramática general y filosófica existió al fin entre nosotros» [2].

Vemos ya, en el vocabulario, aparecer el etnocentrismo que subtiende este enfoque de la historia de las lenguas: hay *salvajes* y *civilizados*, *lenguas* y *jergas*, y esta última palabra con una connotación peyorativa grande, como ya, en el siglo anterior, daba fe este pasaje de Molière: «¡La muy imprudente! Llamar jerga al lenguaje basado en la razón y el noble uso» [3].

Pero lo que aquí más importa es que esta visión histórica se proyecta sobre el siglo, que esa postulación diacrónica se recoge sincrónicamente: Maupertuis va a buscar los vestigios de las antiguas lenguas en lenguas contemporáneas, lo que implica, claro es, que existen *hic et nunc* lenguas civilizadas y lenguas salvajes: «Este estudio es importante, no sólo por el influjo que las lenguas tienen sobre nuestros conocimientos, sino además porque podemos encontrar en la construcción de las lenguas vestigios de los primeros pasos que el espíritu humano dio. Quizá en este punto las *jergas* de los pueblos más salvajes podrían sernos de mayor utilidad que las lenguas de los pueblos más diestros en el arte de hablar» [4]. Rousseau, por su parte, intenta establecer las características generales

[1] *Varia Lingüística*, p. 307.
[2] Thurot, F.: *Tableau des progrès de la science gramaticale*, 1796, reedición en Ed. Ducrot, pp. 97 y 103-104.
[3] Molière: *Les femmes savantes*, II, 6.
[4] *Varia Lingüística*, p. 27.

de las «primeras lenguas» o «lenguas primitivas»: estaban formadas por «voces» y admitían pocas «articulaciones» (voces = vocales, articulaciones = consonantes), tenían muchos «acentos (tonales)» y «muchos sinónimos para expresar el mismo ser en sus diferentes relaciones» [1]. Ahora bien, más claramente aún que en nuestros otros textos, Rousseau ilustra su propósito al comparar esas lenguas «primitivas» con lenguas contemporáneas, con el chino para la tonalidad, con el árabe para los sinónimos: «se parecería a la lengua china en ciertos aspectos; a la griega en otros; al árabe en otros» [2]. Las cosas están entonces claras: encontramos aproximaciones a esas jergas originales en ciertas lenguas (¿que se convierten, pues, en jergas?) contemporáneas.

Este es un fenómeno muy generalizado en el siglo XVIII: se trata, en diversos campos, de fortalecer la modernidad europea oponiéndola al salvajismo prehistórico del resto del mundo y transformando esta dispersión geográfica en sucesión histórica, al poner lo sincrónico en perspectiva diacrónica. La teorización de la relación con *lo otro*, con lo diferente, pasa por su digestión, pues *lo otro* no es, no puede ser, sino un antiguo estado de nuestra propia historia, una forma inacabada de nuestra propia perfección. Jean Biou ha adelantado la idea de que la única manera, para el siglo XVIII, de admitir culturas diferentes era introducirlas en el sistema de coordenadas europeo, deglutirlas: «Para concluir, tratemos al menos de reflexionar sobre la opinión generosa que Occidente pudo ofrecer a las culturas con que se topó: la asimilación, que —nuestro distinguido espíritu lo deploró con frecuencia— intervino casi siempre demasiado tarde, cuando los indios, los negros o los árabes habían tomado conciencia de su existencia separada o habían muerto. Por su connotación biológica, la misma palabra remite a una antropofagia conseguida. La ideología del Siglo de las Luces es caníbal en la medida en que niega al otro en su diferencia para no retener de él sino lo que pueda hacer suyo» [3]. Para nosotros, por descontado, se trata sólo de un reparto de ese botín, de *glotofagia*: las lenguas de los otros (pero, detrás de las lenguas, se apunta a las culturas, a las comunidades) sólo existen como pruebas de la superioridad de las nuestras, sólo viven negativamente, como fósiles de un estadio cumplido de nuestra propia evolución. Así, nuestras lenguas, las lenguas de la Europa occidental (que

[1] *Essai sur l'origine des langues*, p. 507.
[2] *Id.*, p. 507.
[3] Biou, Jean: «Lumières et anthropophagie», *Revue des sciences humaines*, Fasc. 146, junio de 1972, p. 233.

pronto será la Europa colonial) representan «la eclosión de la madurez racional, término y resultado de los errores y balbuceos, apogeo de un trayecto que ella justifica trascendiéndolo» [1]. Esta glotofagia, cuya finalidad es el bienestar, lleva en germen el racismo y la justificación del fenómeno colonial que en breve le seguirá. No es indiferente señalar que la manipulación teleológica que se inflige a las diversas lenguas es estrictamente paralela a todo tipo de otras manipulaciones: así, los diccionarios del siglo glosan la mayoría de las veces la palabra *negro* como *esclavo* [2], participando de una organización ideológica que confiere la fuerza de la *naturaleza* a ciertos estatutos que nuestra *cultura* ha engendrado. Occidente, confiado, como se postula, en la superioridad que dimana de su madurez histórica, está preparado para la aventura colonial, que constituirá, de hecho, en ir con nuestras *lenguas* al territorio de esos hablantes de *jergas*. Pero este racismo, constitutivo del estudio del lenguaje en el siglo XVIII, conserva no obstante una última huella de humanismo que muy pronto perderá y que, para terminar, debemos señalar: cree en la posibilidad de pasar de un estadio histórico a otro, en la posibilidad de una evolución desde la *jerga* a la *lengua*. La desigualdad dimana, para él, de un estado diferente de desarrollo y no de una inferioridad esencial: esos salvajes son, en el fondo, nuestro vestigio en la historia, un recuerdo de nuestros propios orígenes. Esto no quita nada a lo anterior, al fenómeno de glotofagia que entonces se origina y que, bajo otras formas, se desarrollará hasta nuestros días; pero, sin embargo, aún estamos lejos del racismo moderno, el que aparecerá en el siglo XIX especialmente con Gobineau y que introducirá una fisura entre los grupos, que rechazará toda idea de un origen común. Se pasará entonces de la oposición entre hombres y pre-hombres a la oposición entre hombres y no-hombres.

(a)

EL SIGLO XIX : DEFENSA E ILUSTRACION DE LA EUROPA ARIA

Las páginas anteriores fueron rápidas, sólo pretendían, entre la inmensa bibliografía referente a las lenguas, señalar tendencias a grandes rasgos. Como en todo planteamiento de la cuestión, no se trata de una *historia*, siquiera embrionaria, del estudio de las lenguas, sino de una interrogación sobre el estatuto histórico de ese estudio: cómo se halla, en la teoría del lenguaje y de las lenguas, a la vez, la huella de una representación ideológica de las relaciones entre las diversas comunidades y el germen de una práctica ulterior, uno de cuyos constituyentes sería esa representación. Se trata, pues, de seguir una pista, lo cual constituye ya una selección, y seguirla con rapidez, a fin de limpiar de obstáculos el terreno: nuestro propósito no pretende ser exhaustivo.

[1] SCHLANGER, Judith: «L'enfance de l'humanité», *Diogène*, núm. 73, citado por J. BIOU.

[2] Ver a este respecto S. DELESALLE, L. VALENSI, «Le mot nègre dans les dictionnaires d'ancien régime» *Langue française*, núm. 15, setiembre 1972.

Los defectos y peligros inherentes a este enfoque serán mucho más explícitos por lo que se refiere al siglo XIX. Pero, al mismo tiempo, este período nos permite observar toda la ambigüedad de lo que generalmente se llama el «progreso científico».

En efecto, no se puede negar que la floración de textos de todo tipo que caracteriza a las primeras décadas del siglo XIX le van a hacer dar a la lingüística un paso importante. El interés por el sánscrito, los estudios que intentan probar el parentesco entre el sánscrito y el latín, el griego, el francés, el alemán, etc., el estudio de la evolución fonética (cf., por ejemplo, las leyes de Grim), todo eso participa en la constitución de una lingüística comparativa, último estadio presaussureano. El mismo Saussure se aviene a reconocer los progresos realizados en esta época, cuando escribe a propósito de F. Bopp: «Aclarar una lengua por medio de otra, explicar las formas de una por las formas de la otra, es algo que aún no se había emprendido» [1]. Claro que la noción de *sistema*, que aparece en el título de la obra de Bopp [2], no es estrictamente nueva. Desde el siglo XVIII encontramos intuiciones parciales. Así, el artículo «Etimología» de la *Enciclopedia* (sin firma, pero generalmente atribuido a Turgot) empieza a razonar ya en términos de factores internos de evolución, mientras que las obras del presidente des Broses o de Court de Gébelin [3] consileraban la lengua como una materia sometida a las leyes físicas y mecánicas de la naturaleza: se le suprimen a la lengua sus raíces sociales, pero empieza a aparecer como un conjunto, un sistema que tiene sus propias leyes. No obstante, será en el siglo XIX cuando irrumpa la gramática general y cuando los «gramáticos» se interesarán por la historia y por la

[1] CLG, p. 14.

[2] *Système de conjugaison de la langue sanscrite comparé à celui des langues grecques, latines, persanes et germaniques*, 1816.

[3] BROSSES, Des: *Traité de la formation mécanique des langues*, 1765; COURT DE GÉBELIN: *Histoire de la parole*, 1776.

comparación de las lenguas, efectuando así un «salto hacia delante» importante desde el punto de vista técnico: leyes fonéticas, reconstrucción del indoeuropeo, gérmenes de la glotocronología, etc. No insistiré sobre este período, del que hay buenas descripciones en los manuales de historia de la lingüística, sino que nos detendremos más bien en el reverso de la medalla.

En efecto, este aspecto técnico, muy positivo, va acompañado siempre de elementos que, bajo la tapadera de «ciencia», están impregnados de ideología y acaban precisamente por manchar de ambigüedad la noción de progreso técnico. Todo un lienzo mural de la antigua visión, la que predominó en el siglo XVI, como vimos, y que no fue contestada posteriormente, se viene abajo: ya no se cree en la monogénesis ni en el hebreo como lengua madre. Y F. Schlegel, en su obra de 1808 [1], propone una tipología de las lenguas fundada en la productividad relativa de las raíces: habrá lenguas *flexionales*, cuyas raíces son productivas, y lenguas *no flexionales*, sin raíces (en la que todas las unidades son raíces, lo que viene a ser lo mismo). Se pasa luego a una tipología de tres términos, que distingue:

— Las *lenguas aislantes*, en las que las unidades son variables y donde no se puede distinguir el radical de los elementos gramaticales: su tipo es el chino.

— Las *lenguas aglutinantes*, en las que las unidades se componen de un radical al que se añaden afijos gramaticales segmentables y analizables (tipo turco).

— Las *lenguas flexionales*, en las que los afijos no son segmentables, están amalgamados (tipo latín).

Esta tipología en sí misma no es rechazable: Bloomfield la hará más o menos suya [2], reduciéndola a dos tipos (lenguas *analíticas* y lenguas *sintéticas*) y los modernos diccionarios de lingüística no la cuestionan [3]. Pero será trasladada a escala histórica, puesta en perspectiva diacrónica y más tarde jerárquica, especialmente con A. Schleicher, que propone que todas las lenguas fueron aislantes, que algunas se convirtieron en aglutinantes y que finalmente las más perfeccionadas llegaron a ser flexionables. Hay en ello, a la vez, influencia de Hegel y Darwin y prolongación de las intuiciones del presidente des Bosses o de Court de Gébelin: la lengua es un organismo vivo natural, que se desarrolla y tiende a la muerte. Es la tesis de la decadencia de las lenguas: tras la evolución, caracterizada por los tres estadios (aislante-aglutinante-flexio-

[1] *Über die Sprache und Weisheit der Indien.*
[2] *Le langage*, p. 195.
[3] Ver, por ejemplo, *Dictionnaire de linguistique*, Larousse, 1973.

nal), las lenguas empezaron a morir. «¿Cómo explicar esa decadencia de las lenguas en el transcurso de la historia? La mayoría de los comparatistas —especialmente Bopp y Schleicher— la atribuyen a la actividad del hombre histórico con respecto a la lengua, que es una actitud de usuario: trata a la lengua como un simple medio, como un instrumento de comunicación cuya utilización ha de ser lo más cómoda y económica posible. El origen de las leyes fonéticas sería precisamente esta tendencia al mínimo esfuerzo que sacrifica la organización gramatical al deseo de una comunicación a bajo costo» [1].

Lo que nos interesa en esta estratificación es ante todo su aspecto normativo-eurocentrista. Las lenguas flexionales son las más evolucionadas (es el aspecto normativo) y corresponden como por casualidad a las lenguas indoeuropeas (es el aspecto eurocentrista). Tenemos que resaltar todo lo que separa esta visión de la que prevalecía en el siglo XVI. Por entonces, los conflictos lingüísticos iban unidos a las confrontaciones entre nacionalismos europeos, en particular a la confrontación francoalemana. Ahora, tras el lento descubrimiento del mundo que marca los siglos XVII y XVIII, estamos en plena defensa de Occidente contra el resto del planeta: no se trata tanto de demostrar la superioridad del francés sobre el alemán, o viceversa, cuanto la superioridad de las lenguas indoeuropeas sobre el resto.

Además, esta unidad lingüística se plantea igualmente como unidad racial: se va a pasar del parentesco lingüístico a la unidad primitiva de la raza. Convergen aquí un cierto número de «tendencias»: la de los comparatistas, que llegan a determinar la mayor perfección de las lenguas indoeuropeas; la de las ciencias naturales, que con Mendel progresan hacia la noción de herencia; la más general que tiende a interesarse por «el origen» de cualquier cosa (es el *Ur* alemán, en este caso el *Ursprache*). Y, por lo que nos atañe, en la encrucijada de esas tendencias, la noción de *ario*. Littré define así el término: «nombre que se da al conjunto de los pueblos que hablan sánscrito, persa, griego, latín, alemán, eslavo y céltico. Las lenguas arias, también llamadas lenguas jaféticas, lenguas indoeuropeas», evidenciando con ello que, por la época en que redacta su diccionario, ya se ha realizado la asimilación entre unidad lingüística y unidad racial. Pero, entretanto, el conde de Gobineau ha dado un paso más importante aún, al establecer la superioridad original de la raza aria sobre las demás. Algunos han intentado disculpar a Joseph

[1] DUCROT, O.: En *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, Le Seuil, 1972, pp. 25-26.

Arthur de Gobineau. En concreto, J. Gaulmier ha tratado de demostrar que no tuvo nada que ver con la ulterior utilización del vocablo *ario* [1], desde el momento en que habría razonado en términos de decadencia de las civilizaciones y de desaparición total de los arios en el transcurso de la historia: en consecuencia, no habría existido en Gobineau el más mínimo racismo contemporáneo, puesto que aquellos arios de los que hablaba ya no existían. La argumentación es algo acelerada, y la lectura directa de los textos de Gobineau dista de justificarla: el autor establece siempre como base del elitismo el carácter biopsíquico [2]. De hecho, sólo su desprecio hacia sus contemporáneos atempera su racismo, como puede dar fe el siguiente texto: «Me niego de forma absoluta a esa manera de argumentar que consiste en decir: todo negro es inepto, y mi principal razón para abstenerme de ella es que estaría forzado a reconocer, por compensación, que todo europeo es inteligente, y yo me mantengo a cien leguas de una paradoja tal» [3]. Pero la misma elección de la palabra *ario* es interesante y reveladora. Originariamente, parece que era el término con que a sí mismas se designaban las tribus indoiraníes entre el siglo XVIII y X antes de nuestra era, por oposición a los aborígenes negros que estaban bajo su dominio. Y el *Rigveda* presenta a esos negros (los no-arios, pues) como demonios: tenían tres cabezas, no tenían nariz, etc.

De suyo, el origen del término suscita problemas complejos y Emile Benveniste, orfebre en la materia, tras haber señalado que la palabra *arya* «es una designación que se aplican a sí mismos los hombres libres por oposición a los esclavos» [4], concluye que la noción señala tanto en los indios como en los iraníes «el despertar de una conciencia nacional» [5], pero declina tomar partido sobre la etimología. Sin embargo, dos semas fundamentales resaltan en esas vacilaciones etimológicas: la palabra *arya* parece haber denotado una superioridad social y/o una superioridad racial. Ahora bien, ese precisamente es el meollo de la argumentación de Gobineau. La degeneración étnica fundamental, para él, una doble superioridad:

[1] *Le spectre de Gobineau*, París, 1965.

[2] Ver, además de GOBINEAU: *Essai sur l'inégalité des races humaines*, el análisis que de él nos ofrece GUILLAUMIN: *L'ideologie raciste*. París-La Haya, 1972, en particular pp. 56-57, nota 1 y pp. 65-66, nota 11.

[3] Citado por LALOU, R.: *Histoire de la littérature française*, París, 1922.

[4] BENVENISTE, E.: *Vocabulaire des institutions indo-européennes*, tomo 1, p. 368. Ver también THIEME, P.: *Der Fremdling im Rigveda*, y DUMÉZIL, G.: *L'idéologie tripartite des indo-européens*.

[5] BENVENISTE, E.: *Op. cit.*, p. 373.

la de los invasores del norte sobre los invadidos del sur y la, correlativa, de la nobleza sobre el pueblo. Claro que la idea no es nueva, incluso está tomada directamente de Boulainvilliers: «Los galos se convirtieron en súbditos, los franceses fueron sus amos y señores. Tras la conquista, los franceses originarios fueron los auténticos nobles y los únicos capaces de serlo» [1]. Pero, asociada en Gobineau a los descubrimientos de los gramáticos comparatistas (los cuales, con su teoría de los estadios y de la degenación de las lenguas, le preparan, todo hay que decirlo, el terreno) y al primado de la herencia que, entre Darwin y Mendel, está entonces «en el ambiente», suministrará un modelo ideológico aplicable a diversas situaciones. «Por una parte en él, el aristócrata contrarrevolucionario, el hijo del guarda de las Tullerías, revive muy seriamente el conflicto entre la nobleza y el estado llano como una guerra entre los francos salios o ripuarios y sus vencidos galo-rromanos. Y, por otra parte, aficionado a los viajes y a las lenguas, conoce incidentalmente las exploraciones de los lingüistas alemanes en las etimologías comunes a las lenguas de Europa (menos el finés, el húngaro y el vascuence) y al grupo sánscrito-persa. Al componer este germen arcaico de ideología con este descubrimiento muy positivo, creaba *ex nihilo* las "razas" arias o semítica» [2]. Lucha de clases y lucha de razas podrán de esta forma alternar (y será con esta alternancia con la que juegue más tarde la ideología nazi), pero, de momento, la teorización de la superioridad *lingüística* de Europa se refuerza con una teorización de su superioridad *racial* y, al glorificarse y justificarse la conquista de la Galia por los francos (es por derecho del conquistador por lo que el franco se ha convertido en el noble), las conquistas coloniales de Francia lo serán por añadidura. Los antiguos siervos, inferiores por esencia, se transformarán momentáneamente en colonizados antes de convertirse, más tarde, en proletarios.

De esta forma, el progreso científico innegable que representa la hipótesis indoeuropea, progreso a la vez contagiado de ideología racista por su teoría marginal de los estadios, se halla reinvestido en una teoría más amplia, no sólo racista (aún en el caso de que el fondo del pensamiento de Gobineau coloca en los dos extremos de la escala a los arios, superiores, y a los negros, inferiores; se evita, además y por ejemplo, a los semistas, arrinconados hacia lo alto de la escala), sino más bien *elitista*, y élites tanto (y, cronológicamente, en este orden)

[1] Citado por FAYE, J.-P.: *Théorie du récit*, p. 22.

[2] FAYE, J.-P.: *Langages totalitaires*, p. 178.

raciales como sociales. Cuando el colonialismo tenga necesidad de justificar su propia empresa, le bastará con echar mano de esta teoría de la superioridad del colonizador (del conquistador venido del norte) y añadirle eventualmente una pizca de humanismo (ellos son inferiores, viene a decir en resumen Jules Ferry, y nuestro deber es aportarles la civilización). Maurice Houis ha detectado el vínculo entre teoría lingüística y práctica colonial: «De esa forma, se incrustó la idea de lenguas primitivas en sus estructuras y elementales en sus virtualidades. Los trabajos de africanistas como Delafosse y Westermann aportaron un aval erudito a la política colonial. Esta conjunción, que es también un compromiso entre la ciencia y la política, forma parte de la historia de la lingüística negroafricana. Sin eso no se comprendería el folleto de Davesne sobre "La langue française, langue de civilisation en Afrique Occidentale Française", editado en Saint-Louis en 1933, que justifica, entre otros argumentos, la exclusividad del francés en la enseñanza, con un menosprecio de porte científico hacia las lenguas africanas» [1]. Pero ahí describe un estadio ulterior y muy diferente. En efecto, el papel de la teoría de la lengua en el conjunto de la empresa colonial se manifiesta en tres momentos diferentes. El del precolonialismo, que este capítulo ha intentado bosquejar: al teorizar su relación con el otro, el pensamiento europeo transforma las relaciones de *diferencia* en relaciones de *superioridad*. El del colonialismo activo, en cuyo decurso la *descripción lingüística* propiamente dicha funciona sobre las bases de la teoría precedente y la fortalece al tiempo que fortalece al colonialismo mismo: es el estadio que describe Houis, y sobre el que volveremos en el capítulo IV. Finalmente, el del neocolonialismo, periodo durante el que el problema lingüístico adquiere en ocasiones una importancia primordial, siendo la subsistencia lingüística a la vez condición y máscara de la subsistencia política y económica: a ello volveremos en el capítulo V y en anexo.

Es decir, que no fue por carambola, por azar o por facilidad como la teoría del lenguaje y las lenguas se pudo poner al servicio del colonialismo. Maurice Houis habla de «aval erudito a la política colonial», de «compromiso entre la ciencia y la política», como si se pudiera condenar moralmente ese desvío de una ciencia «neutra»: lo que hemos intentado sugerir en este primer capítulo es todo lo contrario. Quizá sea posible sostener la «neutralidad» de las llamadas ciencias exactas, aun cuando este punto de vista no se impone con evidencia. Pero el problema es mucho más claro en lo que se refiere a las llamadas ciencias humanas: si se teorizan relaciones sociales, no se ve bien cómo podrían escapar a la ideología que tomaba a su cargo esas relaciones sociales y las convierte en lenguaje. Muy al contrario, esa conversión en lenguaje, en discurso, de las relaciones sociales se fundamenta sobre aportaciones de esas ciencias: la secuencia *comparatistas-Gobineau-colonialismo-discurso sobre el colonialismo* es, desde este punto de vista, ejemplar.

[1] Houis, M.: *Anthropologie linguistique de l'Afrique noire*, pp. 30-31.

«Cada siglo tiene la gramática de su filosofía», escribía Antoine Meillet [1]. Esta proposición, como se comprenderá, nos parece muy incompleta y, por prurito de simplificación, para concluir, la reemplazaremos por la que sigue: Cada sociedad tiene la lingüística de sus relaciones de producción.

[1] *Linguistique historique et linguistique générale*, tomo I, p. viii.

Capítulo II

LOS DIALECTOS Y LA LENGUA

Parece que el término *Dialecto* aparece por vez primera en la literatura francesa en 1565, bajo la pluma de Ronsard que, en su *Abrégé de l'art poétique*, aconseja así a los poetas:

«Has de saber elegir y apropiar con destreza a tu obra las palabras más significativas de los dialectos de nuestra Francia, especialmente cuando no las tengas tan buenas ni tan propias en tu nación; y no te preocupe un ardite si los vocablos son gascones, pictavinos, normandos, lioneses o de otros países, siempre que sean buenos y que signifiquen con propiedad lo que quieras decir».

¿Qué sentido tiene aquí el término? Observemos, antes de nada, que está asociado a *país* (es decir, región, provincia) y a *nación* (es decir, más o menos lo mismo: la antigua universidad de París se componía de cuatro naciones: Francia, Picardía, Normandía y Germania): el dialecto es, pues, el habla de una región, el *langage usité* de Rabelais [1], connota la provincia, las marcas del reino.

Es además importante resaltar que el franciano no aparece en la ennumeración de Ronsard, lo que por otra parte no debe sorprendernos: el franciano se ha «convertido» ya en el francés, la lengua de Francia, con el que les conviene a los poetas de la *pléiade* sustituir a las lenguas latinas o griegas. Al oponerse a la lengua del reino centralizado, los dialectos se definen ante todo por su característica provincial (rasgo evidente en el texto citado). Pero tienen también una característica de *antigüedad*: son restos, huellas, arrugas a las que se adscribe la nobleza que la edad concede: en resumidas cuentas, «hablas» cuyas viejas palabras garantizan a la lengua francesa sus

[1] *Pantagruel*, libro VI, a propósito de «el escolar limosino».

raíces propias. Du Bellay llega a hablar a este propósito de *reliquias*:

«El moderado uso de tales vocablos otorga gran majestad tanto a los versos como a la prosa; de igual modo a lo que hacen las reliquias de los santos respecto a las cruces, y las joyas consagradas a los templos»[1].

En ambos casos, la lengua (francesa) se encuentra en posición privilegiada: en primer lugar, geográfica y políticamente, al ser, con respecto a los dialectos regionales, la lengua de Francia; después, históricamente, puesto que es, con respecto a esos dialectos-reliquias históricas, la lengua moderna.

Así pues, hallamos, desde su origen, en este uso no científico del término, un rastro de glotofagia: los dialectos fortalecen la lengua, le conceden sus cartas de nobleza y antigüedad. Molière, un siglo después, utilizará profusamente la diferencia lingüística como elemento cómico. Sus personajes hablan francés naturalmente (*naturalmente* debe tomarse aquí como opuesto a *culturalmente*); pero, en ocasiones, otros idiomas aparecen bajo esta superficie. En *Don Juan*[2], Charlotte, Mathurine y Pierrot hablan una lengua (de suyo, en la terminología de la época, una jerga) que es a la vez connotación de lugar (arrastrados por la corriente, Don Juan y Sganarelle están lejos de París) y de clase (los campesinos). Y en el *Bourgeois gentilhomme*[3], el autor utiliza con fines cómicos un turco de fantasía, a medias inventado y a medias romanizado. En ambos casos lo que está en juego es la diferencia social y/o geográfica que esas diferencias lingüísticas implican. El «turco» no sale más favorecido que el «dialecto» del territorio francés, dado que, cuando el señor Jourdain, recién nombrado gran *mamamouchi*, imita ese lenguaje, su mujer exclama: «¿Qué jerga es esa?» De nuevo, la diferencia se convierte en algo cómico y en inferioridad respecto del otro: se ríe de lo que no se es (o más aún, lo que viene a ser lo mismo, de que el otro no sea como nosotros).

Esta ambigüedad semántica no abandonará nunca al término. Los dialectos sólo llegan a ser auténticamente objeto de estudio en el siglo XIX: será a principios de siglo cuando, bajo la influencia del romanticismo, surja el interés por las producciones «populares» al mismo tiempo que los comparatistas empiezan a utilizar los «dialectos» en su enfoque histórico de las lenguas (Jacob Grimm, R. Rask primero, después, a finales de siglo, Gaston Paris y el abate Rousselot en Francia, Ascoli en Italia, etc.). G.

[1] *Défense et illustration de la langue française*, II, 6.
[2] *Don Juan*, II, 1, 2, 3 y 4.
[3] *Le bourgeois gentilhomme*, IV, 4 y 5; V, 1.

Wenker inicia en 1876 los trabajos que le llevarán a su *Sprachatlas des deutschen Reichs* y Jules Gilliéron, en 1898, los que acabarán concretándose en su célebre *Atlas linguistique de la France*: la dialectología ha entrado en el campo de la ciencia lingüística. Mas, por lo mismo, la noción de dialecto no está clarificada o precisada, dista mucho de estarlo. «Es difícil decir en qué consiste la diferencia entre una lengua y un dialecto», declara Saussure[1], y alega zonas de transición, isoglosas, ondas de innovación: para él no se trata de establecer un mapa de los dialectos, sino, todo lo más, de atlas de rasgos dialectales (y remite precisamente a los trabajos de Gilliéron y Wenker). El dialecto es, pues, una noción geográfica, al menos a juzgar por los textos a que acabo de hacer referencia; pero algunas páginas antes Saussure lo definía históricamente: los dialectos son el producto de la evolución de las lenguas, evolución que nunca es uniforme y conduce «a la creación de formas dialectales de toda índole»[2].

Antoine Meillet, en su prólogo a las *Langues du monde*[3], utiliza una terminología algo menos flotante. Después de haber definido el *habla* como «el conjunto de los medios lingüísticos utilizados por un grupo local en el interior de un grupo que ocupa una extensa área», es decir, como la forma local de una lengua, escribe: «En el interior de un grupo lingüístico extenso, se constata, en general, que algunas hablas presentan rasgos comunes y que los habiantes de algunas regiones tienen conciencia de pertenecer a un mismo subgrupo: en tal caso, se dice que esas hablas forman parte de un mismo *dialecto*»[4]. El dialecto es, entonces, únicamente un concepto sincrónico, puesto que la misma evolución lleva necesariamente a nuevas lenguas: «En la medida en que los habitantes de provincias diferentes dejan de entenderse, puede decirse que lenguas nuevas reemplazan a la lengua común»[5]. La diferencia es importante, pues en el primer caso (en Saussure), el dialecto es un subproducto histórico de la lengua (que, por lo demás, Saussure tiende curiosamente a definir por la existencia de una literatura. Cf. C.L.G., pág. 278), mientras que en el segundo caso (en Meillet) el dialecto es sencillamente una forma de habla geográficamente extensa de la lengua. Como noción diacrónica, el *dialecto* es necesariamente una noción relativa: si las lenguas A,

[1] C.L.G., p. 278.
[2] C.L.G., pp. 272-274.
[3] París, 1924.
[4] *Linguistique historique et linguistique générale*, II, p. 67.
[5] *Id.*, p. 53.

B, C, etc., son dialectos de una lengua *a*, ésta es sin duda, con otras lenguas *b*, *c*, etc., un dialecto de una lengua que, con otras lenguas B, y, etc., es a su vez un dialecto de una lengua X, y así al infinito, o casi. Un «idioma» es, pues, dialecto si se mira hacia el pasado, lengua si se mira hacia el futuro, y la taxonomía es cuestión de enfoque, de dirección histórica. Pero, como noción sincrónica, el dialecto sólo es un medio de descripción de las variaciones lingüísticas contemporáneas. Nuestro propósito, ahora, no es decidir entre esas dos formas de ver el problema, sino demostrar cómo ese difuminado definitorio participa de un uso extralingüístico de las nociones de lengua y de dialecto, nociones que la colonización utilizó profusamente, a la vez que es la asunción de una herencia prelingüística (ver, por ejemplo, el sentido del término en Ronsard).

Efectivamente, las definiciones fluctuantes de Saussure permiten que una duda se cierna. Cuando escribe: «Dejada a su albedrío, la lengua sólo conoce dialectos de los que ninguno usurpa el terreno a los demás, y de ahí que esté abocada a un fraccionamiento indefinido. Pero como la civilización al desarrollarse multiplica las comunicaciones, se escoge, por una especie de convención tácita, uno de los dialectos existentes para hacer de él el vehículo de todo lo que interesa a la nación en su conjunto» [1], da a entender que la diferencia entre *lengua* y *dialecto* no es de origen lingüístico sino político: la lengua sólo sería un dialecto adoptado por la nación en su conjunto. Pero nunca pone los medios para llevar hasta sus últimas consecuencias esta intuición, dado que su descripción de los hechos lingüísticos pretende ser interna y nunca hace referencia, en su estudio de la evolución, a los fenómenos sociales. Por lo demás, la forma que tiene de ver el problema de la extensión del dialecto en estado de lengua es singularmente idílica: habla de «convención tácita», y en otro sitio declara: «algunos gobiernos, como Suiza, admiten la coexistencia de varios idiomas; otros, como Francia, aspiran a la unidad lingüística» [2]. *Convención tácita* o *aspiración*, veremos más adelante cómo no son sino dos eufemismos para designar guerras salvajes de lenguas, que a su vez son signos y productos de conflictos más materiales.

Lo que de momento importa es darse cuenta de que esas ambigüedades en el seno mismo de la lingüística han alentado, favorecido un uso opositivo por parte del sentido común, *de función social y no cognitiva*, entre los términos *lengua* y *dialecto*. Al cuajar esas oposiciones poco seguras, el uso tiende entonces a erigir una esencia de la lengua y una esencia del dialecto. Ahora bien, también en este caso la existencia procede a la esencia: el francés no es una lengua eterna o de derecho divino, ha llegado a serlo históricamente, a partir del dialecto franciano y por un proceso que no tiene nada de lingüístico. Pero la literatura lingüística ha permitido creer, o dejado creer, en la validez teórica de esta oposición en un terreno que no era el suyo.

[1] CLG, pp. 267-268.
[2] CLG, p. 41.

Dialect

Edward Sapir se había dado cuenta de la dificultad ya desde 1931 y, tras recordar vigorosamente la definición genealógica de dialecto, escribía: «Dentro de un uso menos técnico o abiertamente popular, el término dialecto tiene connotaciones bastante diferentes. Comúnmente se admite que el lenguaje humano se presenta bajo un cierto número de formas reconocidas, muy diferenciadas y normalizadas, llamadas "lenguas", y estas últimas, a su vez, tienen un cierto número de subvariedades de menor valor llamadas "dialectos"... Esta confusión se debe principalmente al hecho de que el problema de la lengua se ha sentido identificado al de la nacionalidad dentro del grupo cultural y étnico más amplio que acaba por absorber la tradición local. La lengua de esa nacionalidad está generalmente fundada sobre un dialecto local que adquiere la preeminencia en el dominio cultural y se desarrolla a expensas de otros dialectos dotados originariamente del mismo prestigio» [1]. Pero estos escrúpulos y vacilaciones no impiden, por la misma época a Leonard Bloomfield mezclar atrevidamente todas esas nociones. En su obra *El lenguaje*, define sucesivamente el término como forma local de habla nacional; después como un idioma «hablado por la clase menos privilegiada» y que se opone a la lengua nacional, y finalmente como derivado (diacrónicamente) de una lengua [2]. Una de las cuestiones que ahí se plantean es la de que la noción de dialecto no está en relación unívoca con una situación lingüística precisa. En efecto, puede, según las definiciones adoptadas, implicar el monolingüismo o la diglosia: como forma local de habla, el dialecto está solo, pero como habla de la clase privilegiada, se opone a otras formas. Por eso la ambigüedad de partida pudo, como veremos, dar lugar a interpretaciones tendenciosas inmediatamente reconvertidas en uso político: el dialecto vago y mal definido de los lingüistas se convertía en el «galimatías» de los colonialistas.

Por más que lo parezca, hoy las cosas no están más cla-

[1] SAPIR, E.: *Linguistique*, pp. 66-67.
[2] BLOOMFIELD, L.: *Le langage*, pp. 52, 53-54, 294-298.

ras. Consideremos, a modo de ejemplo, el extracto siguiente, que se refiere a la situación lingüística de Alsacia:

«En las regiones bilingües del este de Francia, hay dos lenguas en contacto: una primera que es un dialecto, que varía de un pueblo a otro y que el hablante sólo puede utilizar dentro de la comunidad lugareña en que vive y comunidades vecinas; los hablantes dialectales se ven obligados a saber una segunda lengua, una lengua nacional, una koiné de la que se sirven para comunicarse con hablantes originarios de otras regiones...[1]».

Alsaciano y francés son, pues, en un principio «dos lenguas», más tarde la primera se convierte en un «dialecto» y los que la hablan en «hablantes dialectales». Parece claro que esta caricatura es producto de las confusiones y aproximaciones previas que hemos reseñado. En concreto y en este caso, la definición del alsaciano y el francés, bajo la envoltura del discurso lingüístico, neutro y científico, es muy otra: la noción de *lengua nacional* es evidentemente jurídica y política, y a ella sólo debería oponérsele la de *lengua no nacional*. Pero la confusión entre lo lingüístico y lo social es tal que, a falta de auténtica ciencia social de los hechos lingüísticos (que, en cualquier caso, sólo podría constituirse volviendo a partir del análisis marxista de los hechos sociales), los descriptores evolucionan casi siempre entre diversas postulaciones inconciliables desde el actual estado de los fundamentos de la lingüística.

Sin embargo, en textos más recientes, encontramos una relativización y un empleo más prudente de esos términos: por ejemplo, Todorov y Ducrot indican: «con gran frecuencia, la lengua oficial es simplemente un habla regional extendida autoritariamente al conjunto de una nación»[2], y debemos resaltar la aparición de la noción de autoridad, pues sigue siendo rara. Efectivamente, podemos leer en una obra aún más reciente:

«El dialecto es la forma de una lengua que tiene su sistema léxico, sintáctico y fonético propio y que se utiliza en un entorno más restringido que la misma lengua».

[1] PHILIPP, Marthe: «La prononciation du français en Alsace», en *La linguistique*, 1967, 1, p. 63.
[2] *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, Le Seuil, 1972, p. 80.

lo cual no es sino la recuperación de la definición de Meillet, y más adelante:

«El *dialecto*, empleado corrientemente como *dialecto regional* por oposición a "lengua", es un sistema de signos y de reglas combinatorias de idéntico origen a otro sistema que se considera como la lengua, pero que no adquirió el estatuto cultural y social de esa lengua, respecto a la cual se ha desarrollado independientemente»[1].

Se imponen, por consiguiente, dos evidencias: desde el estricto punto de vista de la estructura interna, según esta definición no hay diferencia alguna entre una lengua y un dialecto (ambos tienen un «sistema léxico, sintáctico y fonético propio»); la diferencia reside en un *estatuto adquirido*. Pero la naturaleza de este estatuto y los procesos de su adquisición no son muy claros: ¿qué quiere decir «cultural» cuando sabemos que en la Edad Media los diversos «dialectos» (normando, picardo, franciano...) tenían una literatura de idéntica importancia? ¿Y social? De hecho, parece que, una vez más, los autores sienten la necesidad de dar una definición no lingüística de la oposición lengua/dialecto, pero que no ponen los medios para llevar esa tendencia hasta sus últimas consecuencias. Efectivamente, ¿en nombre de qué criterios decidir el estatuto cultural y social de cada una de las hablas para después clasificarlas como lenguas y dialectos? Tan poco planteado está el problema que los lingüistas no se preocupan por clasificar; ratifican una clasificación anterior, es decir, un estado de hecho: sistemáticamente, bautizan a la lengua nacional como «lengua» y a las lenguas no nacionales como «dialectos», y así la indeterminación definitoria se convierte en necesidad al servicio de la situación tal cual está.

Al partir de este estado de hecho y bautizar sus constituyentes, los lingüistas no sólo han fortalecido las relaciones de fuerza existentes, sino, más aún, han participado en el desprecio hacia algunos de esos constituyentes. André Martinet, por ejemplo, proponía no hace mucho distinguir entre *dialecto 1*, «linguistic forms used by unilinguals in their oral comunication», es decir, lo que los americanos llaman el dialecto de Chicago o Nueva York (forma local de habla), y *dialecto 2*, «linguistic forms used as vernacular by bilinguals in their communication with some particular members of the community»[2]. Luego, algunas páginas más adelante, se negaba a dar el nombre de «len-

[1] *Dictionnaire de linguistique*, Larousse, 1973.
[2] *A Functional View of Language*, Oxford, 1961, p. 112.

gua» a los «dialectos 2», pues «a language is understood to enjoy a status which can by no means be granted to many dialects 2 that only survive as the impoverished mediums of retarded rural segments of a community» [1]. Difícilmente se podría establecer mejor la división entre lenguas nobles y lenguas retrasadas... Y más adelante aún, a propósito del vasco, del flamenco, del bretón, Martinet habla de «non-Romance forms of speech», de «vernacular», evitando ciudadosamente el término «language», lengua [2], que parece, en ese caso, reservado a las formas de habla en el poder. A la vez, resulta que el dialecto es no sólo una lengua que no tiene el poder, sino además un habla de la que, por sus características provinciales o rurales (dado que la lengua en el poder se habla primero en la capital, luego en las metrópolis de provincia; cf. capítulo 3), se tiene un concepto peyorativo por esencia: es, de naturaleza inferior. Claro que algunos lingüistas han intentado un enfoque más histórico, como E. Bourciez, que escribía:

> «Fue el dialecto de la île de France, bajo la forma especial como se hablaba en París, el que, por motivos políticos, acabó suplantando a los demás como lengua literaria. Desde finales del siglo XII venía afirmando su preeminencia, y se propagó cada vez más en razón directa a los progresos de la realeza y a la centralización administrativa que fue su consecuencia. Sin embargo, será sólo a partir del siglo XV cuando los demás dialectos (incluidos los de la *langue d'oc*, en el Midi) sean definitivamente reducidos al estado de *patois*» [3].

Pero son excepciones: la tendencia entre los lingüistas no es hacia una lectura histórica de las relaciones entre las lenguas, sino más bien hacia la disolución de la historia y hacia el endurecimiento en las posiciones adquiridas. Tanto la descripción como su teorización fijan las relaciones de fuerza existentes como relaciones de naturaleza: el azar histórico se convierte en necesidad.

Decir que, de esta forma, la lingüística se pone (se puso) al servicio de la glotofagia y de la ideología colonialista podría tomarse como la prueba de una especie de terrorismo intelectual que pretendiera demostrar en todas partes el dominio de la ideología dominante. Sin embargo, es preciso ver cómo los arranques de esta curiosa oposición entre el dialecto y la lengua han trabajado en dos importantes direcciones. Por una parte, en la visión común del problema, el sentido común, que ha recuperado, amplificándolo, una actitud despectiva hacia el dialecto puesta en marcha por los lingüistas, y, por otra parte, en la descripción que los lingüistas dieron de las lenguas de los países colonizados.

[1] *Id.*, p. 113.
[2] *Id.*, p. 119.
[3] BOURCIEZ, E.: *Précis de phonétique françise*, París, 1958, 8.ª ed., p. XV.

LA CULPABILIZACIÓN LINGÜÍSTICA

La actitud despectiva hacia el «dialecto» no se da sólo entre aquellos para quienes pueda ser considerado como la lengua de los otros, sino que puede llegar a darse entre sus propios hablantes sometidos a la presión de la ideología. Es bastante comprensible que Balzac, en *Les Chouans*, manifieste un desprecio de ese tipo hacia la lengua bretona (el «dialecto de ese país», «el idioma bajo-bretón», «los broncos sonidos de una voz bretona», etc.), desprecio que en ocasiones roza el racismo: es el heredero directo del desprecio dieciochesco hacia la «jerga». También es comprensible que Châteaubriand pueda escribir, en su prólogo de 1801 a *Atala*, tras de haber utilizado siete veces la palabra *salvaje* en unas pocas páginas: «Es un salvaje que está más que medianamente civilizado, pues que no sólo sabe las lenguas vivas, sino también las lenguas muertas de Europa.» Quizá sea también comprensible el que George Sand pueda confesar candorosamente en su «noticia» introductoria a *La mare au diable*, en 1851: «No hice nada novedoso deslizándome por la pendiente que conduce al hombre civilizado hasta los encantos de la vida primitiva». En todos estos casos, la falsa razón funciona sobre la cómoda oposición entre *salvaje* (o primitivo) y *civilizado*, oposición que, como ya hemos sugerido en el capítulo anterior, es estrictamente paralela a la igualmente cómoda oposición entre *jerga* y *dialecto*.

Pero es quizá menos comprensible que Zola, en 1867, en una novela muy de denuncia, dirigida contra la justicia venal, los turbios manejos, la burguesía acaparadora, los banqueros inmorales, en una novela destinada pues a la defensa del pueblo, lograra no decir ni palabra sobre la lengua de ese pueblo. Y aún es caso más significativo el del poeta marsellés Víctor Gelu. Muy influido por el cantante Béranger, se puso a escribir en lengua occitana, tras haber hecho unas quince canciones en francés. Pero la relación que mantenía con esa lengua, *su* lengua, permanecerá para siempre marcada por la actitud despectiva

centralizadora que hemos intentado reconstituir. Así, en 1840, en una recopilación de sus textos, Gelu indica:

«He tomado mis héroes del último peldaño de la escala social, porque nuestro dialecto no podía ser puesto convenientemente en otra boca que la suya; porque excluye toda idea de sutilidad y no puede traducir sino la fuerza; porque ese dialecto es brutal e impetuoso como el viento del noroeste que le dio origen y le imprimió su sello de huracán; porque nuestras mismas mujeres, tan bonitas a pesar de todo, se vuelven feas cuando articulan ese lenguaje diabólico.»

Más tarde, en 1848, el poeta será candidato a las elecciones legislativas, y él, que cantaba en occitano canciones políticas (por ejemplo, en el momento de la guerra de Crimea obtenía un verdadero éxito con una violenta requisitoria contra el reclutamiento, *Veausa Mètgi*, a los compases de *A la frontière*, de Bérat); él, quien, como él mismo escribía, comprendía el pueblo marsellés «de las calles, muelles y mercados», no supo aprovechar esta ocasión que se le ofrecía para dar a su lengua un estatuto «noble», haciendo su campaña en provenzal. Nos queda, concretamente, un cartel dirigido «a los obreros marselleses», firmado «Víctor Gelu, almacenista de harina», y todo él redactado en francés. Ocurría que la presión ideológica era ya lo suficientemente fuerte como para que un intelectual, incluso autodidacta, considerase el francés como la única lengua noble del hexágono, la única apta para comunicar un cierto número de conceptos serios. Para Víctor Gelu, el occitano es la lengua para hablar al pueblo, la lengua de los barrios bajos de Marsella, pero no ciertamente la lengua para hablar a París, hacia París, y para ir a la Asamblea [1].

Algo más tarde, el socialista bretón Emile Masson, tras haber afirmado a propósito del bretón: «no es un dialecto, es una auténtica lengua», escribe: «la propaganda libertaria, dondequiera que se haga, debe adoptar el dialecto del país» [2], cayendo él mismo en la trampa que denunciaba. Efectivamente, la fuerza de la ideología es tal que los mismos que defienden sus lenguas oprimidas contra la centralización glotófaga son a veces sus víctimas. ¡Qué decir entonces de aquéllos que, por hablar su lengua, no han podido adquirir los medios para criticar la visión que de ella les da la ideología dominante! Su único refugio es la culpabilidad arrepentida: sí, es claro, hablamos esa lengua salvaje, ese dialecto, ese *patois*, pero nuestro mayor anhelo es hablar francés. Nuestros torpes labios aún no lo consiguen, habituados como están a balbucear nuestras extrañas palabras, pero al menos nuestros hijos aprenderán *la* lengua. Desde ese momento, las luchas de retaguardia de un Gelu o un Masson no tienen mayor sentido: ya no es contra la lengua imperial contra lo que defienden al bretón o al occitano, ni contra el jacobinismo triunfador, sino contra los mismos bretones y occitanos. La tradición peyorativa ligada a la falsa pareja teórica lengua-dialecto, venida desde el fondo de los siglos, pero recuperada y renovada con un barniz «científico» por los lingüistas, se ha abierto paso hasta lo más profundo de la mollera de la gente.

[1] Sobre Víctor Gelu, ver V. *Gelu, Cançons causidas per G. Basalgas*, C. E. O. de Montpellier.

[2] MASSON, E.: *Les temps nouveaux*, 6 de junio de 1912, recogido en *Les Bretons et le socialisme*, Paris, 1972, p. 186.

LA DESCRIPCION COLONIAL

Las cosas se clarificaron mucho más cuando los lingüistas se pusieron a describir las lenguas de los países colonizados. Antes que nada, esta misma empresa de descripción estaba contaminada desde sus inicios por una falta de seriedad constitutiva: en cuanto que el Verbo nos estaba reservado, no podía realmente tratarse de describir las lenguas, sino, todo lo más, de interesarse compasivamente por los gorgoteos bárbaros cuyo sitio debiera estar en el museo o el circo. Una prueba: el sorprendente artículo perpetrado en 1893, en el *Figaro*, por el gobernador Bayol. Escribiendo sobre la resistencia del rey de Dahomey, Béhanzin, frente a los ejércitos del colonialismo francés, el tal señor declaraba impertérrito: «Quizás a finales de la actual guerra, al no tener las amazonas y jefecillos que combatir por su rey, se enrolarán a sueldo de alguien como Barnum para hacer una gira por Europa. Si alguno de nuestros compatriotas tiene la misma paciencia que antaño el señor d'Avezac, podrá enriquecer la ciencia con una gramática y un diccionario franco-dahomiano» [1]. No se podría expresar más perfectamente cómo esas «lenguas», que con paciencia podrían transcribirse y estudiar, encuentran en el circo su sitio mejor y que el sabio civilizado podrá, si tiene el alma bien temperada, encontrarlas entre el olor de las fieras y el cagajón de los caballos.

Desde luego, hay gente más seria. Pero la gente más

[1] Citado por CORNEVIN, R., en la reedición de Delafosse, *Haut Sénégal Niger*, tomo I, p. xi.

seria y mejor intencionada que, al principio de la colonización intentó estudiar las lenguas de los pueblos colonizados, en la mayoría de los casos no pudo desembarazarse de esa visión ideológica de las situaciones lingüísticas. Así, cuando Maurice Delafosse estudia las lenguas del antiguo Sudán, exporta esa oposición entre lengua y dialecto y la aclimata de la forma más sencilla posible: todo es dialecto, nada es lengua, al menos lengua en el sentido actual. Por ejemplo, al hablar del bambara, del malinke y del diula, los presenta como tres dialectos de una lengua, el mandé, de la que procederían [1], lo cual es, a no dudar, históricamente exacto. Pero, ¿por qué conceder el nombre de lengua sólo al mandé, desaparecido hace tanto tiempo? ¿Por qué no considerar la relación entre mandé, por una parte, y bambara, malinke y diula, por otra, de igual forma que la relación entre el latín, por una parte, y el francés, italiano y español, por otra? Lo que pasa es que se interfieren dos maneras de concebir el dialecto. La concepción diacrónica, relativamente científica, nos permite evidentemente clasificar al bambara o al malinke como dialectos del mandé, de la misma forma que nos permite clasificar al francés como un dialecto del latín. Pero la concepción despectiva, racista y colonialista, impide considerar al francés y al bambara como medios de comunicación semejantes. Por otra parte, el francés se escribe y el bambara no, el francés es la lengua de un pueblo con una larga tradición cultural y el bambara no; por último, y quizá sobre todo, el francés es la lengua del colonizador blanco, el bambara la del colonizado negro. Y esta negativa a la igualdad entre el blanco y el negro, entre el colonizador y el colonizado, halla su expresión en el plano de la descripción lingüística de la forma más natural en la pareja lengua/dialecto. Sin duda, sería más exacto decir que la utilización de esa pareja constituye a la vez una aceptación y un refuerzo de esa discriminación, pero la diferencia no es de matiz, pues vemos el compromiso constitutivo entre una ciencia «humana» (la lingüística) y las necesidades sociales de la sociedad en la que se desarrolla (el capitalismo en su estadio imperialista). Esta confusión cómplice no es únicamente una enfermedad infantil de la lingüística africanista. Más cercana a nosotros, la señorita Homburger mezcla alegremente las nociones de lenguas, dialectos e idiomas y, siguiendo a Delafosse, presenta sistemáticamente como dialectos los vestigios contemporáneos de la lengua mandé [2].

[1] Delafosse, M.: *La Langue Mandingue et ses Dialectes*, tomo 1, p. 10.
[2] *Les langues négro-africaines*, pp. 8, 46.

Podríamos multiplicar los ejemplos. Lo que sobre todo importa aquí es sugerir el vínculo constante entre una ciencia en proceso de constitución y la sociedad en que se desarrolla. No es verdad, por más que puedan decir los celadores de la ciencia «neutra» (¡y por Dios que no faltan!), que la lingüística sea una forma de análisis de la lengua independiente de la sociedad, es decir, de la lucha de clases. La coherencia entre la oposición lengua/dialecto, que a fin de cuentas el sentido común ha retenido (pero que, mucho o poco, los lingüistas se la habían preparado), y las diversas manifestaciones del imperialismo (racismo, glotofagia, etc.), es demasiado grande como para que podamos considerarla una casualidad. Ya hemos reseñado el paralelismo entre las parejas lengua-dialecto y civilizado-salvaje. Pero hay otras que entran perfectamente en el mismo campo dicotómico. La revaluación del «dialecto», lengua del colonizado (y en consecuencia, por definición, del salvaje), es estrictamente paralela a la devaluación social o familiar de los mismos colonizados. Así, en Europa, según la inspiración del que escriba, tenemos estados, naciones, pueblos, etc., pero en Africa, la mayoría de las veces, tribus. Yves Person observa incluso que, en la antropología inglesa, el uso extensivo de este último término lleva a situaciones paradójicas:

«Los hausas, que son por lo menos quince millones, serían una tribu, mientras que los 120.000 islandeses, un pueblo y una nación» [1]. Y esto nos llevaría a una armoniosa organización dictotómica sobre la que se asentaría el bienestar del Occidente colonialista:

Civilizado	—	salvaje
Lengua	—	dialecto (o jerga)
Pueblo (o nación)	—	tribu,

pudiendo completarse la lista, naturalmente.

Todo el problema radica ahora en saber, por lo que atañe directamente al proyecto de este libro, si la lingüística tiene una *función social* o una *función cognitiva*. La ideología tiene, efectivamente y ante todo, una función social: está allí *para* la «defensa» de una clase (la clase en el poder, para la ideología dominante) o de un grupo, mientras que la ciencia pura (suponiendo que pueda existir) tendría ante todo una función de conocimiento. Pero la lingüística está, por relación a esta dicotomía, en una posición falsa: su función social a menudo aventaja a su función cognitiva.

[1] «L'Afrique noire et ses frontières», en *Revue française d'études politiques africaines*, núm. 80, agosto de 1972, p. 23, nota.

Por eso, hemos de abandonar esas denominaciones de *lengua* y de *dialecto*, cuyo uso es con frecuencia discutible y cuyas definiciones contradictorias no pueden compensar los desvíos. Y, dado que la tendencia en la materia es a mezclar lo sincrónico y lo diacrónico, podemos adoptar provisionalmente la terminología siguiente, que nos permitirá dar cuenta en este libro del hecho colonial en el plano lingüístico. Todo lo que antecede demuestra hasta la saciedad que el dialecto es siempre una lengua derrotada, y que la lengua es un dialecto que ha triunfado políticamente. O, de una forma más precisa, un dialecto cuyos hablantes han adquirido una cierta forma de poder por mediación de ciertas formas sociales y políticas en un cierto cuadro económico. Pero estas definiciones no nos permiten utilizar ambos términos de nuevo, pues hoy connotan en exceso los compromisos ideológicos que hemos intentado demostrar: la lingüística no se convierte impunemente en el perro guardián de un estado de hecho imperialista. Podríamos proclamar, como el cantante belga Jules Beaucarne: «Si Luis XIV se hubiera instalado en Namur, toda Francia hablaría el valón de Namur. El francés es un dialecto que ha tenido éxito, que se ha impuesto en el hit-parade de las lenguas.» Pero estas puestas a punto pesan poco frente a más de un siglo de uso corrompido. Igualmente, para evitar cualquier riesgo de incomprensión, ya no utilizaremos, en las páginas que siguen, el término *dialecto* y, cuando las relaciones lingüísticas de las que hablemos estén insertadas en relaciones de fuerza (lo que será, indefectiblemente, el caso más frecuente), hablaremos sólo de *lengua dominada* y de *lengua dominante*, reservando el término dialecto a su uso estrictamente diacrónico.

CAPÍTULO III

EL PROCESO COLONIAL LINGUISTICAMENTE CONSIDERADO

El colonialismo no es nunca el puro enfrentamiento de dos comunidades, enfrentamiento del que estaría ausente la lucha de clases. Como fenómeno económico-político, tiende a reproducir ahí donde se manifiesta la división de clases mantenida allí de donde proviene. Así, encontramos siempre en las situaciones coloniales una franja de colaboradores locales que se enriquecen con la explotación del pueblo, de su pueblo (aquél donde nacieron): las burguesías compradoras...

Pero el colonialismo va acompañado también de fenómenos secundarios raramente estudiados. Por ejemplo, es notable que ni Bujarin (*La economía mundial y el imperialismo*, 1917) ni Lenin (*El imperialismo, estadio supremo del capitalismo*, 1917) concedan importancia a otros factores que los económicos: la primacía de la infraestructura se convierte en desaparición de las superestructuras. Esta tendencia domina, por lo demás, aún hoy, a juzgar por una reciente obra de Pierre Jalée, *L'imperialisme en 1970*[1]. Sin embargo, el imperialismo no es únicamente (aunque lo sea principalmente) un fenómeno económico; hasta ahora hemos insistido precisamente en los factores culturales y, más en concreto lingüísticos que participan en sus fundamentos. Los capítulos anteriores han abordado especialmente esos factores previos a la colonización: teoría lingüística y teoría nacional, preparando una justificación a la expansión territorial. Más adelante veremos su importancia posterior a esa colonización, en particular a propósito de las luchas de liberación y del neocolonialismo. Pero vamos a intentar,

[1] París, 1970.

de momento, examinar el proceso mismo de esa colonización en su manifestación lingüística; seguir, en el plano de relaciones entre lenguas dominadas y lengua dominante, relaciones más amplias y que las engloben.

EL DERECHO A NOMBRAR

En el principio era el nombre. El desprecio hacia el otro (es decir, el desconocimiento o la incomprensión del otro que no proviene de una preocupación y un esfuerzo de conocimiento o de comprensión) se manifiesta desde los primeros contactos precoloniales en la empresa taxonómica. Es un fenómeno tan antiguo como el mundo y que consiste en nombrar a los otros con un término despectivo, término que frecuentemente hace referencia a las diferencias lingüísticas, de nuevo convertidas en desigualdad: los griegos bautizaron *bárbaros* a los que hablaban una lengua diferente a la suya; los eslavos dieron a los alemanes un nombre, *nemits*, que originariamente significa «mudo»; en Mali, el pueblo *bobo* lleva un nombre que significa «mudo» en bambara, etc. De forma más general, los invasores, los explotadores o los comerciantes nombran caprichosamente a los que tienen enfrente suyo y que consideran, por razones ideológicas varias, inferiores a ellos. En Gran Bretaña, en el siglo VI, mientras que los galeses se llaman a sí mismos *cymry* (en galés: «compatriotas»), los invasores anglosajones les dan un nombre que les quedará y que significa «extranjeros»: *Welsh*. En el siglo XI, cuando el cronista El Bekri escribe en su *Description de l'Afrique septentrionale* [1]:

> «Detrás de este país hay otro llamado *Melel*, cuyo rey lleva el título de *El-Moslemani*»,

lo que evidentemente quiere decir es que los arabófonos han bautizado así (con una palabra que significa «el musulmán») a un rey de lengua malinke. Hallamos ejemplos parecidos en todas las situaciones precoloniales o coloniales. En este sentido, a los indios norteamericanos se les denomina de forma originalísima: los *lenilenapes* («pueblos del inicio») vieron cómo se les atribuía el nombre de un héroe inglés, lord de la Ware, y se convirtieron, por las buenas y para la posteridad, en los *delawares*; los da-

[1] EL BEKRI, Abu-Obeid: *Description de l'Afrique Septentrionale*, ed. árabe y francesa, Argelia, 1912, p. 333.

kota, los nakota y los lakota, tres grupos de un mismo pueblo, vieron cómo se les bautizaba de forma genérica, *siux*, debido a una deformación de la pronunciación francesa, (*nadouessioux*) de la palabra que en chippewa servía para designarlos; los mismos franceses bautizan como *narices perforadas* [*nez percés*] a un pueblo cuyos guerreros tenían por costumbre llevar un anillo en la nariz; etc. [1].

Este desprecio hacia las denominaciones autóctonas deriva de otro más general hacia los pueblos; los territorios y sus habitantes no existían antes de la llegada del colonizador (puesto que no tenían nombre o, al menos, nos comportábamos como si no lo tuvieran), y nombramos lugares y pueblos como peor nos parece. Así, Africa Occidental al sur del Sahara será denominada por los árabes con una palabra que originariamente significa «negro», *Sudán*. Y los primeros navegantes portugueses llamaron al río Wuri, *rio dos camerroes* (el río de los cangrejos), denominación que por sinécdoque acabará designando la región, y llegará a ser *camerones* en español, *cameroons* en inglés, *kamerum* en alemán y *cameroun* en francés: hoy, por obra y gracia de este bautismo, los kotoko, los bamileke, los fang, los fali, los duala, etc., son «camerones». Bastó con que los marineros portugueses otearan cangrejos en el río Wuri. Este derecho a nombrar es la vertiente lingüística del derecho a usurpar. En 1653, una compañía de doce nobles franceses recibió de Mazzarino la concesión de la Guayana [2], y esta confiscación del territorio (que, por lo visto, no pertenece a nadie: Mazzarino tiene derecho a disponer de él, a dárselo a quien quiera) participa del mismo fenómeno: en lingüística, como se sabe, taxonomía y segmentación van a la par, pero aquí de lo que se trata es de segmentación territorial, de exacción, de apropiación. Se trocea el mundo geográficamente, económicamente, pero la taxonomía lo denuncia. Es decir, que ese fenómeno es susceptible de un análisis semiológico, al menos si se acepta esta sugerencia de Roland Barthes: «La futura tarea de la semiología no consiste tanto en establecer léxicos de objetos como en recuperar las articulaciones que los hombres imponen a lo real; diremos utópicamente que semiología y taxonomía, aunque todavía no hayan nacido, quizá estén llamadas a ser absorbidas algún día en una ciencia nueva, la artrología o ciencia de las divisiones» [3]. Y no es forzar demasiado la

[1] Cf. JACKSON, H. H.: *Un siècle de déshonneur*, París, 1972, pp. 37, 156, 203.
[2] Cf. HURLAULT, J. M.: *Français et indiens en Guyane*, París, 1972, p. 78.
[3] BARTHES, Roland: *Eléments de sémiologie*, París, 1971, p. 130.

metáfora decir que la división colonial comienza por la segmentación taxonómica.

La división de las fronteras coloniales, al obrar sobre vastas extensiones, depende de este mismo derecho artrológico, que articula el territorio según las leyes (y sobre todo los intereses) del colonizador. Yves Person, a propósito de las fronteras de Africa, cita este sorprendente pasaje de Lord Salisbury:

> «La emprendimos con el trazado de líneas en mapas de regiones donde el hombre blanco nunca había puesto los pies. Nos hemos distribuido montañas, ríos y lagos, apenas intimidados por esa diminuta dificultad de que nunca supiéramos exactamente dónde se encontraban esas montañas, ríos o lagos» [1].

Y cuando en 1914 se importen regimientos africanos y norteafricanos a la masacre franco-alemana, aparece la misma libertad taxonómica: los árabes se convierten en *arbicots* (palabra que dará más tarde el término racista *bicot* ['cabrito; *peyor:* árabe, moro']) y los negros en *bamboulas*. Dan fe de ello muchas canciones que se escriben en retaguardia para levantar la moral a las tropas:

> «Soy el *arbicot* bonito
> siempre kif kif borriquito
> bailo cual los africanos
> con los más pícaros pasos»

o esta otra:

> «Bam-bouh-lah
> es un hijo de Africa
> un simpático senegalés.»

A veces, incluso, no contentos con rebautizar esta carne de cañón, le dan una mano de pintura:

> «Cuando la madre patria
> llamó a sus hijos
> nuestros buenos negros de Argelia (!)
> respondieron: ¡presentes!» [2].

[1] PERSON, Yves: «L'Afrique noire et ses frontières», en *Revue française d'études politiques africaines*, núm. 80, agosto de 1972, p. 18.

[2] Sacadas, sucesivamente, de *Le bel arbicot*, letra de Z. Duc, *Bam-bouh-lah!*, letra de Albert Deligny, y *Les arbicots*, letra de Stéphane Morel. Estas canciones se encuentran, con otras 12.000, en los archivos de la jefatura de la policía de París, donde fueron depositadas a causa de la censura previa.

Pero el ejemplo más hermoso de esta artrología colonial y racista sigue siendo la historia de la palabra con que se designa al antropógrafo: *caníbal*. El diccionario etimológico de O. Bloch y W. von Wartburg es, por una vez, explícito sobre este punto: «Kannibale, préstamo del español *caníbal*, alteración de *caribal*, palabra de la lengua de los caraibes (o caribes) de las Antillas, que suele admitirse que significa propiamente "insolente" y que sirve para designarlos». De hecho, el término aparece por vez primera en el *Diario de navegación* de Cristóbal Colón, que amalgama su particular deformación de la palabra *caribe* (transcribe *caniba*) y la información según la cual los caribes comerían carne humana. En 1580, Montaigne retoma el término en sus *Essais* («des cannibales»), *Essais* que un amigo de Shakespeare, Giovanni Floro, traduce al inglés en 1603. Shakespeare lee la obra y la utiliza indudablemente para crear en su obra *La tempestad* un personaje deforme y reducido a la esclavitud por Próspero, cuyo nombre es ni más ni menos que un anagrama de *Caníbal: Caliban* [1]. El ciclo se completa, y la historia de la palabra es a no dudar la excepción que confirma nuestra regla : para una vez que el extranjero recoge el nombre que los indígenas se dan realmente a sí mismos, lo tergiversa y utiliza para designar de forma peyorativa primero a esos indígenas y después a todo el conjunto de sus hermanos dominados.

Se podrá argüir que este fenómeno es más amplio y refleja una dificultad general para reproducir fónicamente las palabras del otro. El argumento no es muy pertinente, pues a la mayoría de los pueblos de Europa se les designa en las demás lenguas del continente con palabras que constituyen ligeras deformaciones de la palabra autóctona. Por no poner sino ejemplos franceses, las palabras *russe* (russky), *anglais* (english), *italien* (italiano), *espagnol* (español), no distan mucho del término original. Pero las relaciones económicas y políticas (así como la visión ideológica de esas relaciones) entre Francia, Rusia, Italia, etcétera, eran muy diferentes de las relaciones entre Europa occidental y sus futuras colonias. El derecho a nombrar se halla muy limitado en el primer caso (se tienen en cuenta las denominaciones locales), no conoce fronteras en el segundo. Esa es la diferencia.

Diferencia importante, pues define la antesala del colonialismo lingüístico que ahora vamos a describir.

[1] Cf. RETAMAR, R. F.: *Caliban cannibale*, París, 1973.

PRIMER ESTADIO : EL COLONIALISMO NACIENTE

Situaciones

Sabido es que toda invasión se concreta muy pronto en la implantación de grupos de militares y administradores, más tarde de comerciantes, por lo general en las ciudades: será en torno a esos grupos donde se libre la batalla lingüística. Como recordaba al comienzo de este capítulo, se desprende una clase de colaboradores locales que, por necesidad e interés, utilizarán la lengua del invasor. En principio, se trata de lo que hoy llamamos burgueses compradores, pero esta función siempre la realizaron categorías sociales diversas : los comerciantes, los juristas, etcétera... Paralelamente, y por las mismas razones de interés y necesidad, otro grupo social aprenderá la lengua dominante : los sirvientes que el invasor recluta sobre el terreno. Finalmente, en las situaciones en que las artes y las letras viven del poder, la expresión adopta también esa lengua dominante. Este primer estadio es, pues, en principio, *el resultado de una situación económica* : adoptan la lengua dominante aquellos que se hallan próximos al poder o lo representan, y los que tratan con él (grandes comerciantes o servidores). Por descontado, ese bilingüismo sólo afecta a un pequeño grupo de individuos : la inmensa mayoría de la población sigue siendo monolingüe.

Abundan los ejemplos. De forma muy general, la extensión lingüística es de sentido único : no se trata de vasos comunicantes, sino de inyección. Así, por un René Caillé que aprende el árabe primero y después el «mandinga» por obligación (pretendía hacerse pasar por egipcio), tenemos cientos de miles de casos en que el invasor no sabía una palabra de la lengua dominada y, en consecuencia, impone la suya a los interlocutores del lugar. Lo que aquí más importa es que este primer fenómeno es ajeno a cualquier ideología : al principio, no hay acción reflexiva ni concertada, sino sencillamente manifestación lingüística de una relación de fuerza. Así, en el país de Gales, a comienzos de nuestra era, la situación se corresponde bastante exactamente con la que acabamos de describir. En el 50 a. J., los romanos empiezan la conquista de Inglaterra, penetran en el país de Gales en el 47 y allí permanecerán por espacio de unos 450 años. Ocupación esencialmente militar, que se concreta en cuatro plazas-fuertes instaladas en otros tantos ángulos del país : Deva, Segontium, Isca y Maridunum. Ahora bien, la mayor parte del país sigue hablando britónico y sólo las clases superiores

son bilingües, en las cercanías de los centros romanos [1]. Por otra parte, en el siguiente capítulo veremos cómo el muy limitado número de palabras latinas en galés moderno (unas 600) atestiguan que la presencia romana nunca traspasó este primer estadio : no presupone nada por lo que se refiere a la continuación del proceso. Idéntico fenómeno ocurre, siglos más tarde, en la Bretaña armoricana : la corte ducal se afrancesa y se latiniza muy pronto, y los poetas siguen la moda. El último poeta cortesano bretonante del que conservemos huellas es el bardo Cadiou, de Quimper, que se encontraba en la corte del duque Hoël de Cornualles, pero desde el siglo XII los poetas componen sobre todo en latín, más tarde en francés. Desde luego, escriben para los nobles y en la lengua que éstos están dispuestos a pagar. Así, en Occitania, cuando Jeanne d'Albert se alza contra Francia, Peir de Garros escribe para ella en gascón (1565), y Du Bartas, que escribía primero en gascón, se pasa al francés cuando la reina Margot afrancesa la corte de Pau, etc.

En cuanto la administración utiliza la lengua dominante, ese bilingüismo se manifiesta igualmente en los tribunales (donde se juzga al pueblo en una lengua que no entiende), en las actas jurídicas, en los textos oficiales. En la Inglaterra medieval, por ejemplo, los textos oficiales están siempre en latín o en anglonormando, y no será hasta el siglo XIV cuando veamos aparecer, en ese campo, la lengua inglesa : una petición que los merceros de Londres elevan al Parlamento en 1386, redactada en inglés medio, en su forma londinense; todas las anteriores iban redactadas en alguna de las lenguas «oficiales» [2].

Esta relación entre estructura del bilingüismo y estructuras económicas y políticas merece que nos detengamos un momento. En efecto, en su intervención de 1950 en el debate posmarriano sobre el tema del «marxismo en lingüística», Stalin se emperró en demostrar que la lengua no es una superestructura ni, consecutivamente, un hecho de clase. Y uno de sus argumentos más fuertes consiste en recordar que Rusia conoció, en 1917, una conmoción infraestructural siendo así que no cambió la lengua. Al contrario, dice, la lengua es un instrumento que sirve por igual a todas las clases de la sociedad y manifiesta, con respecto a ellas, una total indiferencia : no exis-

[1] Cf. LE CALVEZ, A.: *Un cas de bilinguisme, le Pays de Galles*, Lannion, 1970, p. 14.

[2] Podrá encontrarse el texto de la petición de los merceros en F. MOSSÉ: *Manuel de l'anglais du moyen âge, moyen anglais*, tomo 1, p. 323.

te lengua de clase, sino sencillamente un uso clasista de la lengua.

Si Stalin se halla equivocado en esta ocasión, lo es porque, queriendo reforzar una tesis en parte exacta (la lengua no es, efectivamente, una superestructura, pero tampoco es ahí donde se manifiesta —o no se manifiesta— su carácter clasista : es en su aspecto de vehículo privilegiado de la ideología), toma un ejemplo que nos atañe y que trata de una forma completamente errónea. Algunos camaradas, dice, han querido argüir desde el hecho de que, durante una cierta época, los señores feudales hablaban francés en Inglaterra, mientras que el pueblo hablaba inglés para demostrar el carácter clasista de la lengua. Eso no es un argumento, ironiza Stalin, sino todo lo más una anécdota, y concluye : «Se sabe que ese capricho de los que se divertían hablando francés desapareció pronto sin dejar huella, dejando el sitio a la lengua inglesa común a todo el pueblo»[1]. No se insistirá lo bastante sobre términos tales como *capricho*, *divertirse*, que reflejan una total incomprensión del vínculo entre relaciones de fuerza y relaciones lingüísticas. Con toda justicia podrá resaltarse, en el pasaje citado, la inepcia de la proposición según la cual el francés desapareció sin dejar huella, mientras que sólo la lengua inglesa permaneció tal cual : el inglés moderno es precisamente el producto de la confrontación entre el sajón hablando por el pueblo y el normando hablado por la aristocracia, que ha dejado huellas importantes en el plano léxico. Lo que más importa, sobre todo, es la rigidez del razonamiento de Stalin:

1. una lengua no es clasista,
2. luego el francés hablado en Inglaterra en la Edad Media no es más clasista que el francés hablado en Francia,
3. luego los señores feudales se divertían hablando esa lengua, por simple «capricho».

Es verdad que la lengua no es una superestructura y que el nivel de su relación con la lucha de clases se encuentra en otra parte, pero también es verdad que el pensamiento estalinista, en su sencillez, sólo se acomoda a situaciones unilingües. El problema es muy diferente en casos de plurilingüismo, particularmente cuando ese plurilingüismo es producto de una invasión. Entonces tenemos una lengua dominante, la del invasor (o colonizador), que las élites hablan por necesidad e interés (y no por capricho), y una o unas lenguas dominadas, las del colonizado. ¿Es que las lenguas se convierten en superestructuras en esta nueva situación? Desde luego, no hay razón alguna para que cambien de estatuto, pero la división lingüística en lengua dominante-lengua dominada puede ser considerada como un hecho superestructural. En esas situaciones hay, en efecto, una cierta organización del plurilingüismo : organización social y geográfica que tiene sus características estadísticas y funcionales, y es esa organización la que me propongo considerar como un hecho de superestructura. Obtendríamos entonces una dirección sugestiva de investigación : si volvemos a aquella frase de Marx y Engels, en el *Manifiesto comunista*, según la cual «la historia de toda la sociedad hasta nuestros días no ha sido otra cosa que la historia de la lucha de clases», es posible considerar la historia de la superestructura lingüística (tal como la acabo de definir : no *la* lengua, sino *la organización lingüística social*) como una historia particular de la historia de la lucha de clases. Pues la tesis de Stalin, que pretende que «la lengua como medio de comunicación entre los hombres en la sociedad sirve por igual a todas las clases»[1], es manifiestamente falsa : tanto en la Inglaterra medieval como en las colonias actuales, la cosa es muy diferente, puesto que la lengua no es ya sólo un medio de comunicación, sino que se convierte en un medio de opresión. Esa idea de la lengua como instrumento de comunicación, que tanto éxito obtuvo con la lingüística estructural contemporánea, ya es en sí misma sospechosa[2] cuando se aplica a sociedades unilingües. Aplicada a la situación colonial, es ridícula : si el 2 ó 3 por 100 de la población de un país colonizado habla la lengua dominante, la oficial, en tanto que la inmensa mayoría del pueblo habla su lengua dominada, es difícil admitir que eso sea indiferente a la lucha de clases en ese país. Puesto que la única forma de acceder al conjunto de los puestos de responsabilidad, al estatuto de funcionario, por ejemplo, es precisamente hablar la lengua dominante. Se pone entonces de manifiesto que esa lengua sirve a los intereses de una clase, intereses que comparten los burgueses compradores, a la vez que sirve al neocolonialismo. Stalin no es en absoluto consciente de esto, a menos que prefiera pasar sobre ascuas con respecto a este problema, no sea que tenga que tratar de las nacionalidades en la U.R.S.S.

Roland Barthes nos suministra igualmente, para ana-

[1] STALIN, J.: «A propos du marxisme en linguistique», *Cahiers marxistes-léninistes*, núm. 12-13, p. 32.

[1] *Id.*, p. 30.
[2] CALVET, L.-J.: *Roland Barthes: un regard politique sur le signe*, cap. 1.

lizar este problema, un concepto que podremos utilizar a nuestra vez. En su texto dedicado a Ignacio de Loyola y publicado, antes de ser recogido en volumen, bajo el título *Comment parler à Dieu*, presenta las prescripciones de los *Ejercicios espirituales* como conectados con la elaboración de lo que él llama «un campo de exclusión». Para hablar a Dios hay que hacer abstracción de todos los lenguajes anteriores, en particular de las «palabras ociosas», según la expresión de Loyola, y las recetas de los *Ejercicios* dan pie para ello : «Todos estos protocolos tienen como función instalar una especie de vacío lingüístico, necesario para la elaboración y el triunfo de la nueva lengua : el vacío es idealmente el espacio anterior de toda semiofanía» [1]. Es fácil desviar este análisis (como se desvía un avión) y aplicarlo a la situación lingüística colonial. La cuestión no es ya entonces «¿Cómo hablar a Dios?», sino, según los casos, «¿Cómo hablar a la capital?», cuando uno se encuentra en Bretaña, en Occidente o en Córcega; o «¿Cómo hablar a la metrópoli?», cuando uno se encuentra en Africa del Norte, en Africa negra, en Indochina, etc. Este enfoque, por otra parte, es susceptible de ser aplicado al análisis sociológico de las relaciones lingüísticas en ambientes llamados unilingües (¿cómo hablar al patrón?, ¿al director?, ¿al general?), pero no es éste nuestro propósito de momento : a ello volveremos en otra obra. Sin embargo, la respuesta a las anteriores preguntas es sencilla : se habla a la capital o a la metrópoli olvidando el corso, el bretón, el occitano, el árabe, el wolof, el bambara, etc., haciendo el vacío de esos lenguajes anteriores para utilizar el francés, que entonces se convierte en *lengua exclusiva*. Lingüísticamente considerado, el colonialismo instituye, pues, un campo de exclusión lingüística de doble expansión : exclusión de una lengua (la lengua dominada) de las esferas del poder, exclusión de los hablantes de esa lengua (de los que no aprendieron la lengua dominante) de esas mismas esferas. Y, como anteriormente, si la lengua no es siempre una superestructura, su estatuto de *lengua exclusiva* o de lengua que tiende a desarrollarse sobre un campo de exclusión sí es superestructural. Llamaremos *superestructura lingüística*, pues, en lo sucesivo, a ese estatuto lingüístico que caracteriza a cieras relaciones de fuerza (no sólo en situación colonial), bilingüismo con oposición entre lengua dominada y lengua dominante, aniquilamiento de una o varias lenguas por otra, lengua exclusiva, etc.

Pero, de forma paralela a este proceso, en el cuadro de esta instauración del campo de exclusión y, de forma

[1] BARTHES, R.: *Sade, Fourier, Loyola*, p. 55.

más amplia, de la superestructura lingüística, la empresa colonial mantiene igualmente una relación transitiva con las lenguas : obra por decretos, por elecciones políticas, por planificación escolar. Esta acción va unida evidentemente al establecimiento de las superestructuras que acabamos de evocar, pero es a la vez el producto de una determinada ideología que en los dos primeros capítulos hemos intentado describir. En efecto, el colonizador, una vez instalado, va a establecer su cultura frente al vacío culural que cree (o más bien quiere) encontrar, es decir, que va a establecer *la* cultura. Así, en los U.S.A., desde 1880, cuando la «pacificación» está prácticamente terminada (si exceptuamos la resistencia del grupo chiricahua, guiado por Jerónimo), el gobierno crea escuelas donde se impone el inglés y se prohiben las lenguas indias. Por lo demás, a este propósito, es sorprendente ver cómo un autor cuya simpatía por los indios es evidente (y militante), Helen Jackson, valora sistemáticamente su grado de «civilización» en términos de una visión blanca del problema, es decir, en términos de grado de asimilación:

— los cherokes : «Los progresos realizados por este pueblo durante los diez años siguientes no se creerían. En 1851, se habían establecido 22 escuelas primarias... la asociación antialcohólica contaba con tres mil miembros»;

— y, a la inversa, para los síux : «No se puede negar que las tribus eran ligeramente hostiles a todo tipo de civilización, mas, después de todo, eso era normal : se trataba de las inevitables protestas de una raza altiva y valerosa contra el abandono de las características de su forma de vida» [1].

¡Así que, por un lado la *civilización* y, por el otro, una *forma de vida!*

Sin embargo, no sólo los indios tienen lenguas (de lo que se dudaría), sin que también, a veces, las escriben (lo cual, objetivamente, nada añade al estatuto de esas lenguas, pero reviste una cierta importancia en Occidente, donde tendemos, por etnocentrismo una vez más, a identificar *civilización* con *lengua escrita*). En 1734, tras la llegada de Oglethorpe a Georgia, los cherokes envían una carta a la compañía colonial, redactada en jeroglíficos pintados sobre una piel de bisonte. Más tarde se harán lenguas (con un ligero paternalismo) por la invención de un albabeto cheroke. Thomas McKenney reseña, en 1825, los «trabajos filológicos de un indígena de nombre Guess». Se trata de Sequoyah, al que la *North American Review* dedica, en 1842, un artículo de un paternalismo penoso:

[1] JACKSON, H.: *Op. cit.*, pp. 79 y 175.

«Un indio cheroke de nombre Sequoyah, en vez de participar en los violentos juegos de los demás jóvenes indios, le cogió mucho gusto durante su infancia a ejercitar su ingenio en trabajos de poca monta... Perseveró en su empresa y alcanzó su objetivo recopilando un total de 86 caracteres» [1].

En resumidas cuentas, Sequoyah era un buen indio, al modo como se decía, en Africa, «un buen negro». El lingüista Leonard Bloomfield también lo recogerá: «Sikwaya, un cheroke, inventó una serie de 85 símbolos para su lengua; los indios fox tienen varios silabarios, fundados todos en las formas escritas inglesas, y los cree tienen un silabario formado por caracteres geométricos simples» [2]. Esto en forma alguna impide el desprecio hacia la cultura de los indios y una valoración de su «nivel de civilización» fundada única y exclusivamente sobre la de que los blancos progresen. Esta tendencia alcanza en ocasiones el colmo del ridículo y del sectarismo religioso (lo que viene a ser lo mismo). En 1870, por ejemplo, el doctor Williamson escribe al ministro del Interior a propósito de los indios santis: «Los indios civilizados son ciertamente más numerosos de lo que usted creería. Durante el servicio del primer sábado de este mes, había 77 fieles de nuestra iglesia y un cierto número de visitantes más, por añadidura» [3]. No son errores del pasado, como se podría creer: esta práctica prosigue hasta hoy más o menos en todas las partes del mundo. Jean-Marie Huart señala, por ejemplo, que en la Guayana francesa no sólo se enseña a los niños el francés, sino que también se les separa a la fuerza de sus familias, imponiendo los misioneros un sistema de internado conocido como "hogar infantil"» [4]. Y esta utilización de la escuela dentro del cuadro de la glotofagia en modo alguno es un caso aislado: en 1969, la enseñanza de los indios wayanas de Guayana se impartía en francés y no parece que se haya hecho tentativa alguna de transcribir su lengua [5]; en el Perú, entre los indios shipibo, colonizados desde 1656, no fue sino después de una treintena de años cuando sectas protestantes introdujeron una enseñanza bilingüe, español-shipibo [6], etcétera.

[1] Citado por JACKSON, H.: Pp. 294-295.
[2] BLOOMFIELD, L.: *Le langage* (tr. fr.), p. 271.
[3] Citado por JACKSON, p. 185.
[4] HUART, J.-M.: *Français et indiens en Guyane*, París, 1972, p. 342.
[5] *De l'ethnocide*, París, 1972, p. 165.
[6] *Id.*, pp. 177-187.

Pero el mejor ejemplo de la función jugada por la escuela en el proceso lingüístico de la colonización es sin duda el de Argelia, que fue estudiado muy de cerca por Yvonne Turin [1], cuyo libro utilizaremos en las líneas que siguen. Desde la caída de Argel, en 1830, un importante número de «pedagogos» más o menos serios se ofrecen para regir la enseñanza de este nuevo Eldorado, y la cuestión lingüística se plantea desde el principio. Así, cuando Jomard escribe en 1831 al ministro de Marina para ofrecerle sus servicios (Jomard es responsable de la Escuela Egipcia de París y es el que, unos años antes, prologó e hizo estudiar el diario de viaje de René Caillé), se le responde que existe en principio un problema lingüístico: hay tres lenguas, el árabe, el turco y el sabir, además del s. ¿Cuál enseñar? El señor Costes, «ministro del santo evangelio», tuvo una respuesta originalísima: se ofrece como candidato para ir a enseñar las lenguas indias a Argelia [2]. Pero, junto a este atolondrado, hay gente seria, competente, que dan su opinión, y es interesante observar cómo todos se sitúan en la misma problemática. El señor Paigné, a solicitud del general Clauzel, explica prudentemente en una carta del 20 de mayo de 1831 que no sabe nada de Argelia y que le convendría informarse, cosa que no le impide concluir con respecto al sistema francés de enseñanza: «a no ser por absoluta necesidad, no veo por qué haya que cambiar nada de él cuando se lo trasplante a ultramar» [3]. Y el duque de Rovigo, en 1832, es igualmente claro: «Entiendo que la propagación de la instrucción y de nuestra lengua es el medio más eficaz para hacer progresos respecto a nuestro dominio de ese país... El verdadero prodigio que se habría de obrar sería conseguir reemplazar paulatinamente el árabe por el francés» [4].

Sin embargo, hay que tomar decisiones, y Genty de Bussy, nombrado intendente civil en 1832, adopta la idea que se le propone de *enseñanza mutua:* bajo un mismo techo (en esta ocasión, una mezquita), franceses, musulmanes e israelitas se autoenseñarán. El proyecto está presentado bajo un barniz humanista; permitirá, se piensa, la extinción de los odios y animosidades religiosas, y, a pesar de la reserva de París, ve la luz: la escuela mutua abre sus puertas en Argel el 1 de junio de 1833, bajo la dirección del señor Barthelemy. Recibirá a 100 franceses, 21 alemanes, 15 españoles, 5 italianos, 2 malteses y 58 «in-

[1] TURIN, Yvonne: *Affrontements culturels dans l'Algérie coloniale*, París, 1971.
[2] TURIN, p. 37.
[3] TURIN, p. 38.
[4] TURIN, p. 40.

dígenas» (de hecho, israelitas; no hay ningún argelino). Genty de Bussy se contraría por este revés, pues considera que la escuela coránica frecuentada por los jóvenes musulmanes «sólo es una forma de aturdimiento mutua»[1]: únicamente el modelo europeo aliñado con la salsa de la enseñanza mutua sigue siendo para él aceptable. Pero sus estados de ánimo no modifican en nada los hechos, que, como se sabe, son tozudos: la escuela mutua de Argel, más tarde la de Bône, no tendrá éxito alguno, como tampoco los cursos de árabe, que, creados especialmente para los franceses, no tienen alumnos. Y, diez años después de la toma de Argel, se llega a una conclusión que, en el plano lingüístico, no ha variado: se abandona la idea de la escuela mutua, pero en forma alguna el proyecto glotófago expuesto briosamente por el duque de Rovigo. Y el conde Guyot, sucesor de Genty, ante esta repugnancia de las «razas» a mezclarse, concluye: «Así, de estas fracciones, dos son europeas y dos africanas; para los niños de cada fracción, se precisan escuelas *de lengua francesa* separadas»[2].

Pero siempre se teme el absentismo de los indígenas, absentismo insoportable, en cuanto que cuartea el bonito barniz con que se recubre el colonialismo: difundir la cultura, la civilización. Es entonces cuando germina una idea genial y que dice mucho del desconcierto de la administración: pagar a prorrateo a los alumnos por su asistencia a la escuela. Una aventurera sorprendente, la señora Allix[3], que creó una escuela para chicas musulmanas, escribe a este respecto en 1845: «Hay que conocer muy poco a los árabes para creer que el deseo de instruirse sea lo único que tenga algo que ver con el éxito que he obtenido. Mis auténticos auxiliares son la miseria y el hambre. Argel rebosa de familias miserables, devoradas por necesidades apremiantes y diezmadas por horribles privaciones. Al ofrecer a esas familias una prima de dos francos mensuales para ayudarlas, hice acallar todos sus escrúpulos; al dar, además, una comida diaria a mis hambrientos alumnos, me gané todas las simpatías de sus madres»[4]. La cita no necesita comentario. A pesar de los pesares, se intenta generalizar el procedimiento, distribuyendo a los niños una cartilla de asistencia, debidamente sellada cada día: una cartilla completa equivalía a dos francos mensuales. Gracias a este ingenioso y adelantado a

---

[1] TURIN, p. 45.
[2] TURIN, p. 49. La cursiva es mía.
[3] A veces conocida con el nombre de Sra. Luce, por el apellido de su segundo marido.
[4] TURIN, pp. 58-59.

su tiempo sistema de fichar, se obtienen algunos «resultados»: 75 alumnos musulmanes en Argel en 1850, 159 en 1851... Paralelamente, se crea en París una escuela para los hijos de los jefes, con el propósito evidente de fabricar una correa de transmisión afrancesada y para hacer fracasar el sistema inventado sobre el terreno (los jefes enviaban a la escuela a los hijos de sus servidores): la escuela de París, dotada con enormes créditos, acogerá, entre 1839 y 1847, a once alumnos...

De hecho, veinte años después del desembarco, aún no se ha conseguido imponer el modelo escolar francés. Por lo demás, la administración no tiene una política definida y los dos únicos puntos claros e inmutables siendo el desconocimiento de la cultura árabe, por un lado, y la idea de que el francés quedará como *la* lengua, por otro. A esta impresión se suma una disputa entre el Ministerio de la Guerra y el de Instrucción Pública, en cuanto que ambos quieren conseguir la tutela de la enseñanza en Argelia. Esta escaramuza de influencias acaba en 1848 con un compromiso: el decreto del 22 de julio precisa que las escuelas para israelitas y europeos dependerán del Ministerio de Instrucción Pública y las destinadas a musulmanes, del Ministerio de la Guerra (!). Es, por lo menos, reconocer ya el carácter directamente político y militar del problema, y a ello volveremos. Más tarde, en 1850, dos decretos vienen a precisar las cosas. Uno (14 de julio), instituye escuelas «arábigo-francesas» sobre el modelo de la señora Allix en Argel, Bône, Blida y Mostaganem. En ellas, se aprenderá a leer y escribir francés y árabe, posteriormente un poco de cálculo, ciencias naturales y geografía. Estas escuelas —no podía ser menos— caen bajo la tutela del Ministerio de la Guerra. El segundo decreto (30 de septiembre) reconoce la instrucción primaria y secundaria musulmana, y las sitúa bajo la alta dirección del gobernador general: es un intento de controlar lo que ya existe. Comparados con los sueños extravagantes de los años 30, los dos decretos de 1850 son, si se quiere, medidas «realistas»: levantan acta del fracaso de las tentativas anteriores y dan por hecho la ruptura entre la enseñanza reservada a los europeos y la reservada a los indígenas. Sobre todo, aparece de forma meridiana la concepción policial de la enseñanza indígena: ya que no se les puede forzar a venir a nuestras escuelas, vayamos a controlar y parasitar las suyas. De ello da fe, indudablemente, el reparto de responsabilidades operado en 1848, pero también, y quizá con más claridad, este informe profesional del inspector general Camou, en 1854: «La instrucción pública indígena deja todavía mucho que desear; por lo demás, hemos de confesar que no nos interesa darle demasiada extensión,

por la imposibilidad con que nos encontramos de controlarla y dirigirla hacia un objetivo favorable a nuestros intereses y nuestra política»[1]. Como se ve, se trata de una maniobra político-policial que no tenía sino lejanas relaciones con la empresa civilizadora, tan querida a los ideólogos de la colonización: por una parte, oponer las escuelas arábigo-francesas a la enseñanza tradicional; por otra, controlar lo más posible esa enseñanza tradicional.

En todos los casos, pues, ya se trate de la Guayana, de Argelia, del Africa negra más tarde, la escuela se utiliza conforme a un proyecto ideológico que viene a insertarse armoniosamente en el desarrollo de la superestructura lingüística del colonialismo naciente que hemos intentado describir. Tanto la glotofagia, sin duda alguna, pero también la destrucción cultural, o al menos intento de destrucción cultural, vienen a aportar su grano de arena al edificio del colonialismo de nueva planta. Con la mayor naturalidad, la escuela encuentra su sitio en el campo de exclusión lingüística, y el proyecto es de comunicación dirigida: en dirección a la metrópoli, y con la lengua de ésta. Y, no podía ser menos, para una minoría (cf., por ejemplo, la solicitud de los hijos de los jefes), mientras al resto no se les concede siquiera sea voz. Y esta comunicación dirigida es extrañamente isomorfa de la economía «dirigida» que instaura el colonialismo: ¿no van de la mano mono-producción (real) y mono-lingüismo (idealizado) dentro de una amplia visión en cuyo seno no tienen sitio las civilizaciones locales, a las que, por lo demás, se desconoce?

SEGUNDO ESTADIO: EL COLONIALISMO TRIUNFANTE

El primer estadio de la glotofagia que acabamos de describir era, de alguna forma, un estadio vertical: la diferenciación lingüística se manifestaba esencialmente en términos de clases sociales, siendo la corte, la nobleza local, la burguesía y, en menor medida, los sirvientes y algunos comerciantes, los primeros en empezar a alejarse de la lengua dominada. De esa forma, los que adoptan la dominante son aquellos que, en el sitio, se hallan cerca del poder colonial o lo representan, y los que trabajan para él (servidores, comerciantes, pero también, en los países

[1] TURIN, p. 207.

con tradición escrita como los del hexágono, escritores, poetas, etc.).

El segundo estadio es más bien «horizontal», en el sentido de que la diferenciación lingüística se establecerá no sólo según la escala de clases, como acabamos de ver, sino también según una escala geográfica: la ciudad contra el campo. Este cambio de dirección en la extensión de la lengua dominante va acompañada de un cambio superestructural importante: se pasa lentamente, y según los casos, del bilingüismo al monolingüismo o del mololingüismo al bilingüismo. Así, las clases superiores que habían adquirido la lengua dominante (bilingüismo) tienden a abandonar la lengua dominada (paso a un nuevo monolingüismo), mientras que las clases inferiores de las ciudades que sólo hablaban la lengua dominada (monolingüismo) tienden a adquirir la lengua dominante (monolingüismo). En una palabra, que mientras en nuestro primer estadio teníamos una clase en el poder bilingüe y un pueblo monolingüe, en nuestro segundo estadio tenemos una clase en el poder monolingüe, un pueblo ciudadano bilingüe y un pueblo campesino monolingüe, lo cual constituye una nueva superestructura lingüística.

La conjugación de estos dos fenómenos (diferenciación ciudad-campo y diferenciación social) ya había sido observada por Antoine Meillet a propósito de la extensión del latín en la Galia:

> «Si bien en Galicia, por ejemplo, las clases dirigentes, los habitantes de las ciudades sin duda alguna sólo hablaban latín en el siglo IV, parece que había sitios en el campo donde el galo no habría desaparecido»[1].

Y volviendo más adelante sobre el mismo problema, insistía con toda razón en las raíces económicas de esta evolución:

> «El hecho de que los elementos dirigentes de la nación gala, reconociendo la superioridad de la civilización romana y deseando conservar su situación dominante, adquirieran prontamente el conocimiento del latín, no impidió que las hablas galas subsistieran junto al latín en las regiones rurales, sin duda durante varios siglos. De eso resultó el que, durante esos siglos, mucha gente haya practicado simultáneamente el latín y el galo.

[1] MEILLET, A.: «Le sens linguistique de l'unité latine», en *Linguistique historique et linguistique générale*, tomo I, p. 314.

Hubo, pues, durante muchos años, individuos bilingües en el antiguo dominio galo, pues, por una parte, los elementos dirigentes debieron conservar algunos conocimientos del galo para hacerse entender por la gente que había permanecido fiel al antiguo uso y, a la inversa, mucha gente del pueblo debió adquirir rápidamente algunos conocimientos del latín cerca de los elementos dirigentes. No podríamos insistir sobre estos hechos a falta de datos precisos»[1].

La prudencia exhibida por el autor no debe camuflarnos el hecho importante de que el proceso que describe para el caso particular de la expansión del latín lo volvemos a encontrar prácticamente en todos los casos de glotofagia, en un cierto momento de la evolución. Pero si los fundamentos economicos y politicos de esta evolución son primordiales, la misma evolución se ve ampliamente favorecida por factores más accidentales: la legislación sobre la administración, los tribunales, la escuela y, en nuestros días, la prensa, la radio, la televisión, que vendrán a secundar las relaciones de fuerza y a facilitar la reproducción de la superestructura lingüística.

Encontramos un ejemplo de ello, entre otros, en el País de Gales. Vimos más arriba cómo la implantación militar y lingüística romana había sido allí relativamente débil. De hecho, el galés nunca se vio seriamente amenazado por el latín y será con el inglés, más tarde, con quien se deberá enfrentar. Al principio, el invasor inglés parece que pretende respetar la lengua galesa: el estatuto de Rhuddlan, proclamado en marzo de 1284 por Eduardo I, no tiene nada de glotófago y A. Le Calvez apunta que «las costumbres y tradiciones galesas eran respetadas. El galés sigue siendo, así, pues, la lengua de los *uchelwyr* (nobles) y del pueblo. En 1284 el País de Gales lo único que perdió fue su independencia política»[2]. No será sino en 1536, cuando el País de Gales entra en el sistema administrativo y judicial inglés, cuando la situación empiece a evolucionar. En lo sucesivo, la justicia se imparte en inglés, los administradores hablan inglés, los textos oficiales se redactan en inglés y, a veces, en latín: es el sistema del invasor el que se impone, siendo así que este invasor no hace mucho que se ha quitado de encima la lengua francesa: recién salido de una dominación lingüística que hubo de sufrir, impone una nueva dominación lingüística a sus

[1] Meillet, A.: «Sur les effets des changements de langues», *op. cit.*, tomo 2, p. 105.
[2] Le Calvez, A.: *Op. cit.*, p. 26.

vecinos (cf. a este propósito el capítulo VIII). Las cosas se suceden entonces muy de prisa: la escuela, los matrimonios mixtos y los intereses económicos le bailan el agua al inglés, y el pueblo empieza a experimentar la alienación clásica de estas situaciones: tiende a considerar su lengua como una sublengua. Así, Gruffydd Robert escribe a fines del siglo XVI: «Os toparéis con personas que, tan pronto como vean Severn o los campanarios de Shrewsbury y oigan a un inglés decir una sola vez "good morrow", olviden su galés y lo hablen muy mal. Su galés está anglificado y su inglés (¡bien lo sabe Dios!) demasiado celtizado. Eso se debe, bien a la necedad, bien al orgullo más falto de pudor, ¡o a la vanidad! Pues nunca se tuvo por bueno y virtuoso al que reniega de su padre, su madre, su país o su lengua.» Y el poeta Rhisiart Phylip se lamenta:

«Estás helada y sin carnes, en la pobreza y
[mal mirada.
Y tus hijos, desocupados, bajando la voz,
se ponen a hablar la lengua de los ingleses,
y a olvidarte —¡qué reprensible acción!—,
y a abandonarte a tu miseria.
¿Habrá en tu familia
alguien que aún te reconozca?»[1].

En esta época de dominación inglesa, la regresión del galés parece admitida, y sólo la religión será la que salve a la lengua dominada. En efecto, los progresos de la Reforma con respecto al catolicismo (en 1603, en el País de Gales se contabilizan 200.000 anglicanos por 808 católicos) están en relación directa con la traducción al galés del Nuevo Testamento (en 1567) y de la Biblia (en 1588). Conviene evitar en esto una falsa interpretación de esas traducciones. Por ejemplo, es difícil seguir a Ives Person cuando escribe: «A pesar de todo, el fanatismo lingüístico, es decir, la voluntad de imponer su lengua a expensas de los demás, no ha sido constante en la historia británica. De hecho, no aparece antes del siglo XVIII. En el XVI, los Tudor, que eran de origen galés, integran al País de Gales en Inglaterra desde el punto de vista legal, pero adoptan el nombre de Gran Bretaña para resaltar que no se trata de una anexión unilateral. Como es la época de la Reforma, el Estado financia entonces la traducción de la Biblia al galés, lo que jugará un papel cultural decisivo. Veremos que, por la misma época, Francisco I proclamaba mediante el edicto de Villers-Cotterêts la doc-

[1] Citados por Le Calvez, A.: *Op. cit.*, pp. 37-38.

trina del genocidio cultural en Francia»[1]. Pero esta ayuda concedida para la traducción de las Escrituras al galés no impide en forma alguna al Estado inglés promover un genocidio cultural tan eficaz como el francés. Da la impresión de que Yves Person, con una preocupación del todo natural por condenar la glotofagia francesa, intentase oponerle un liberalismo inglés que sólo lo es de fachada. De suyo, durante los dos siglos siguientes, serán las escuelas religiosas las únicas que, frente a la escuela inglesa impuesta, promocionen el galés, utilizando casi siempre como libro de base las traducciones de las Escrituras. Es el caso de las escuelas fundadas por la Society for the Promotion of Christian Knowledge al norte del País de Gales; es también el de las escuelas itinerantes fundadas por Griffith Jones, y más tarde el de las escuelas dominicales (*Yr ysgol, sul*) que aparecen a partir de 1781. A pesar de todo esto, el inglés se impone en las ciudades y el galés retrocede: el País de Gales será, en el siglo XIX, un país ampliamente bilingüe cuyas «élites» sólo hablan inglés.

Sin embargo, estas reacciones son importantes, pues sacan a la luz uno de los principales factores de resistencia a la glotofagia: la religión. El hecho está generalizado: sabido es que todas las religiones privilegiaron una lengua a la cual mantuvieron contra viento y marea. Es el caso del sánscrito para el brahmanismo, del latín para el catolicismo, del hebreo para la religión israelita, etc. Pero la Reforma tiene de particular el que, al contrario que todas estas religiones, adoptó siempre la lengua hablada por el pueblo y no una lengua muerta o moribunda. Así, la traducción de la Biblia al alemán jugó un papel no despreciable en la historia lingüística y política de los Estados alemanes, y el mismo hecho aparece, como acabamos de ver, en el País de Gales. La religión puede, pues, salvar a una lengua, pero su intervención es ambigua, dado que al mismo tiempo restringe esa lengua a determinados sectores: precisamente aquellos a los que la lengua dominante abandona. El hecho es flagrante en el País de Gales, donde, frente al inglés, lengua oficial de la administración y de la escuela, el galés quedará, desde el siglo XVI al XIX, como la lengua de las escuelas paralelas; pero es bastante general. Mostefa Lacheraf señala, por ejemplo, que en Argelia «entre el pueblo se decretó el francés como la lengua de aquí abajo, por oposición al árabe que se convertía en la *lengua del mérito espiritual en la otra*

---

[1] PERSON, Yves: «Impérialisme linguistique et colonialisme», en *Ar Falz*, núm. 1, 1973, p. 23.

vida[1] y esta «salvaguardia» de una lengua puede transformarse bastante pronto en una forma diferente de entierro. La lengua dominante (en este caso, el francés) ocupa el dominio profano, es decir, todo lo que atañe a la vida cotidiana, la administración, la justicia, la política, los estudios, etc., mientras que la lengua dominada (ahora, el árabe) se ve constreñida al dominio sagrado. De esta forma, la oposición lengua dominada-lengua dominante se halla convertida en oposición entre antiguo y nuevo; la lengua dominada está más o menos obligada a asumirse como lengua confesional, retrógrada; ésta es, al menos, la imagen que el espejo de los mass-media le devuelve de sí misma. Dentro del hexágono, se produjo un fenómeno parecido con el bretón, presentado por la III República laica y glotófaga como la lengua de los curas (cf. el capítulo VII). Esta organización de la diglosia, que participa también de la superestructura lingüística, lleva en germen la desaparición de la lengua dominada a plazo fijo, cosa que sólo una conmoción social podrá evitar: la lengua así «salvaguardada» no tiene fuerza alguna, ningún dinamismo que le permita recobrar la ventaja; todo lo más quizá pueda retrasar su agonía. Y eso, mientras las condiciones sociales, económicas y políticas la destinan al rincón de «lo antiguo».

Así que esta expansión horizontal de la lengua dominante no hay quien la frene mientras las condiciones económicas y políticas que la originaron perduren. Los pueblos adquieren muy de prisa el uso de la lengua exclusiva; sólo el campo permanece monolingüe. Este estadio de la glotofagia es prácticamente el que hoy conocemos en la mayoría de las antiguas colonias, tanto del exterior como del interior. Por lo que a estas últimas respecta, el caso de Occitania es característico. Jules Ronjat cifraba en diez millones el número de occitanófonos[2] y Robert Lafont intenta una estimación más precisa, que da:

— de uno a dos millones de hablantes «en cualquier momento», bilingües, pero que sólo emplean el francés fuera de la familia o el pueblo;

— seis millones de hablantes parciales, que entienden y hablan el occitano pero sólo lo utilizan si se presenta la ocasión;

O sea, de siete a ocho millones de occitanófonos sobre

---

[1] LACHERAF, M.: *L'Algérie: nation et société*, París, 1965, p. 324.

[2] RONJAT, J.: *Grammaire historique des parlers provençaux modernes*, Montpellier, 1930-1941 (4 volúmenes).

una población de alrededor de doce millones[1]. Pero la repartición de estos grupos es, nuevamente, a la vez geográfica y social.

En efecto, si hacemos abstracción del reciente movimiento de la juventud hacia su lengua (las cifras de candidatos que eligen la opción «occitano» en el bachillerato aumentan de año en año, igual que sucede con la opción «bretón; los cursos de occitano se multiplican en los colegios, los institutos, las universidades...), movimiento esencialmente ciudadano y universitario, los ocho millones de occitanófonos en cuestión se localizan sobre todo en el campo, mientras que la ciudad hace ya tiempo que cedió ante los embates de la lengua francesa. Una vez más, la superestructura lingüística se funda en el mismo modelo que la organización económica y social: la subordinación del campo a la ciudad es, en principio, un hecho económico y social, pero las relaciones lingüísticas vienen a redoblar (y reforzar) esas relaciones sociales. La modificación de esas relaciones lingüísticas presupone una modificación de las relaciones económicas y sociales. En la época no muy lejana en que los campesinos occitanos no hablaban francés, se veían forzados a aprender esta segunda lengua cuando su situación material los impelía a emigrar hacia la ciudad. Desde este momento, es normal que sea en las ciudades donde la lengua dominada ceda primero, es normal que Burdeos o Marsella, por ejemplo, sean enclaves francófonos en territorio occitano, es normal que el bretón haya prácticamente desaparecido en pocos años de Saint-Brieuc (todavía se lo oye de vez en cuando en las obras de construcción, es decir, allí donde vienen a trabajar los campesinos bretones que han abandonado su tierra), es normal que retroceda en Lannion pero se mantenga en el campo, en las granjas aisladas.

Esta organización de lo que llamo el segundo estadio (tendencia al bilingüismo en las ciudades, monolingüismo en el campo) la encontramos en la mayoría de las situaciones que hoy conocemos, es decir, aquellas en las que el proceso de la glotofagia no ha ido hasta el final. En otro capítulo veremos cómo, de manera general, la situación es la misma que se da en lo que hoy se tiene a bien llamar «el Africa francófona». En todos los casos, la lengua dominante va asociada a las formas más «modernas» de economía (es decir, a las formas más eficaces de explotación capitalista del hombre por el hombre) y la lengua dominada a las formas «arcaicas» de producción (es decir, a las formas de vida social más próximas a la tradi-

[1] LAFONT, R.: *Clefs pour l'Occitanie*, 1971, p. 57.

ción local). Y así, pues, encontramos tres parejas opositivas isomorfas:

Industria, comercio	—	agricultura
Ciudad	—	campo
Lengua dominante	—	lengua dominada.

Este paralelismo se manifiesta, además, en un cuarto nivel, el de la denominación, puesto que la pareja lengua-dialecto, de la que tratamos en el capítulo anterior, recubre las tres parejas arriba citadas. El campesino ligado a su tierra habla el «dialecto», el hombre de ciudad habla una «lengua», y esta homogeneidad la volvemos a encontrar también en las denominaciones despectivas utilizadas corrientemente para designar a la lengua dominada (por definición: la que no se entiende) y a los que la hablan, denominaciones que frecuentemente están sacadas de esas mismas lenguas dominadas: después de la *jerga* de los enciclopedistas, en el campo se utiliza un *charabia* ["jerigonza"] o un *baragouin* ["guirigay"] (*charabia:* designaba: hasta fines del siglo XIX, para la burguesía parisina, el occitano hablado en Auvernia; *baragouin:* de dos palabras bretonas, *barc*, «pan», y *gwyn*, «vino») que hablan los *ploucs* o los *pacoulin* (observemos que el mismo término *paysan*, campesino, es a veces una denominación despectiva en francés).

LAS FUERZAS DE RESISTENCIA A LA GLOTOFAGIA

La dinámica que implican los dos estadios precedentes nos lleva directamente a un tercer estadio, el de la glotofagia conseguida, el de la muerte de la lengua dominada, definitivamente digerida por la lengua dominante. De hecho, el proceso no siempre llega a este último estadio y, cuando tal es el caso, sin embargo, apenas quedan sólo unas huellas arqueológicas de la lengua desaparecida, de las que trataremos en el capítulo siguiente. Los ejemplos de total digestión de una lengua (y consecuentemente de una civilización) que podemos describir de manera exhaustiva son, pues, relativamente raros, no porque el hecho mismo haya sido raro en el curso de la historia, sino porque lógicamente hemos conservado pocas huellas. En caso contrario, las crónicas del invasor son las que más frecuentemente nos informan. Así, sabemos con seguridad que el latín suplantó al galo en *Galia* tras haberlo arrinconado hacia los campos, como acabamos de

3er estadio glotofagia conseguida

ver) porque el invasor romano nos dejó numerosos testimonios escritos. Pero en numerosas situaciones anteriores, contemporáneas o incluso posteriores, nos vemos reducidos a conjeturas y a la búsqueda de pruebas arqueológicas, a la glotocronología, etc... Por ejemplo, es difícil exponer con cierta fidelidad las relaciones de fuerza (y, en consecuencia, las relaciones lingüísticas) que constituyeron la historia de Africa occidental, al hacerse sentir gravemente la ausencia de documentos escritos y al ser la arqueología, en el actual estado de la investigación, un auxilio precario. Es probable que, entre el siglo X y el XIV de nuestra era, dos grandes bloques lingüísticos hayan coexistido en el dominio constituido aproximadamente por la parte meridional de la actual República de Mali, una parte de Mauritania, de Senegal y de Guinea: un bloque de lengua sarakole en torno a Koumbi, capital del imperio de Chana, y un bloque de lengua malinke en torno a Niani, presunta capital del imperio de Mali. El imperio de Chana fue finalmente derrotado por los ejércitos del emperador malinke Sunjata (en la batalla de Kirina), pero sobre este punto sólo tenemos el testimonio de la tradición oral y de crónicas escritas en árabe, en una época posterior, en Tombuctú. Sin duda, en la frontera fluctuante que separaba ambos imperios, las lenguas sarakole y malinke se encontraban en oposición y, tras la victoria de Sunjata y en el transcurso de la lenta disgregación del imperio de Chana, el malinke debió de encontrarse en situación de lengua dominante. Quizá incluso la lengua que actualmente se habla en la región de Keyes, en la frontera entre Senegal y Mali, sea producto de esas relaciones lingüísticas (al menos, argumentos fonológicos que sería inútil evocar en este momento, militan en favor de esta hipótesis). Pero actualmente nada podemos afirmar y seguimos enfrentándonos con el retroceso histórico de la lengua sarakole sin poder reconstruir sus etapas.

Sean cuales fueren las dificultades para describir estos fenómenos, importa subrayar que he presentado el proceso glotófago troceándolo en tres estadios por deseo de simplificación; de hecho, se trata de un fenómeno continuo, sin jalones cuantiativos, siendo así que los jalones que he intentado indicar eran más bien cualitativos. La lengua dominante se impone según un esquema que pasa por las clases dirigentes, después por la población de las ciudades y finalmente por el campo, proceso que va acompañado de bilingüismos sucesivos allí donde la lengua dominada se resiste. Pero la desaparición de una lengua (la glotofagia lograda) o su contrario dependen de numerosos factores no lingüísticos, en particular de las posibilidades de resistencia del pueblo que habla esa lengua. El latín no

suplantó al galo porque fuera lingüísticamente «superior» (los capítulos precedentes han demostrado suficientemente que no había lenguas superiores, sino discursos ideológicos que intentaban apuntalar esa pretendida superioridad), lo suplantó porque los ejércitos romanos eran militarmente superiores a los ejércitos galos, en un primer momento, y porque, en un segundo momento, el Estado romano pudo asumir una larga ocupación militar de las Galias, potenciada por una colonización racional donde todo se combinaba para asegurar la victoria de una forma de civilización: a fin de cuentas, el galo no fue víctima de la lengua latina, fue víctima del imperialismo romano, de la misma manera que el bretón y el occitano no fueron gravemente perjudicados por el francés, sino por el centralismo económico y político francés, es decir, por una forma de colonización interior.

La descripción del proceso de glotofagia, pues, va ligada necesariamente a la de las fuerzas de resistencia a la glotofagia: de la relación entre aquéllas y ésta depende el resultado del combate. Hemos visto algunas de esas fuerzas de resistencia y, en particular, la constituída por la religión en todas las situaciones en que va unida a una lengua. Pero el aval más seguro de esta resistencia lo constituye la conciencia nacional del pueblo oprimido que eventualmente le hará alzarse contra el opresor. Pues, de la misma manera que no hay clase «para sí» (por oposición a la clase «en sí») sin conciencia de clase, no hay nación «para sí» sin conciencia nacional, al ir esta conciencia unida a toda lucha de liberación. Es, pues, la lucha de un pueblo contra la opresión exterior lo que constituye casi siempre la principal fuerza de resistencia a la glotofagia, y es la razón por la que, por ejemplo, el francés, disponiendo de la importante ayuda del aparato del Estado, auténtico rodillo compresor o máquina para destruir las culturas, nunca se haya impuesto auténticamente en Argelia en 130 años de colonialismo. Tenía enfrente suyo a una lengua reforzada por su papel religioso, el árabe (y, desde este punto de vista, la lengua es, de alguna forma, la guerrilla del pueblo: tanto te preservas de la lengua dominante cuanto más luchas contra ella), y una lengua atrincherada en los montes donde vivía el pueblo que la habla, el bereber; pero sobre todo tenía enfrente suyo a un pueblo que rechazaba la opresión y que finalmente tomará las armas contra la presencia política y económica francesa. Y, a la inversa, es la razón también por la que el hebreo se impuso en veinte años en Israel, el toscano en un siglo en Italia: en ambos casos había una conciencia nacional, una voluntad de unidad que encon-

proceso glotofagia va ligada a las fuerzas de resistencia a la glotofagia
se dice: no hay clase "para sí"

traba, entre otras, una traducción lingüística. La relación entre ambas cifras es importante: veinte años para hacer del hebreo, lengua que todos los diccionarios de antegue-rra clasificaban entre las lenguas muertas, la lengua de Israel; imposibilidad en un siglo y medio de colonización para imponer el francés en Argelia. Importante porque, entre ambos ejemplos, están la voluntad y la lucha populares que hacen inclinar la balanza en uno u otro sentido: el hebreo estaba del lado del pueblo, el francés del lado del opresor.

Pero existe un freno a esta posibilidad de resistencia a la glotofagia: el plurilingüismo local, pludilingüismo objetivo, ante todo, pero también plurilingüismo suscitado por el colonizador. Así, es incontestable que la dialectalización del bretón, dividido primero en cuatro dialectos (vannetais, cornouailles, léon, trégor), de los que los tres últimos son relativamente parecidos (por lo demás se ha unificado su grafía bajo el nombre de K.L.T.), mientras el vannetais se separó de ellos por una diferencia de acento tónico que modificó la evolución fonética de los morfemas; esta dialectalización, repito, no facilita la resistencia a la lengua francesa. Por descontado, el imperialismo lingüístico francés favoreció esta dialectalización, particularmente al negarse a alfabetizar al pueblo en su lengua, pero la dialectalización ya existía originariamente, y por eso considero este plurilingüismo objetivo: la diferenciación lingüística en el seno de un mismo pueblo preexistía a la empresa colonial. Pero, a menudo, el colonizador creó situaciones plurilingües mediante el sencillo juego de la división de fronteras. Ya se sabe que las actuales repúblicas africanas vieron su territorio delimitado por Francia y que lenguas de gran extensión (peul, hausa, bambara) cubren varios países pero no pueden ser la lengua nacional de ninguno, dado que en cada uno de los países coexisten entre sí y con otras numerosas lenguas. La situación de plurilingüismo inextricable que de ello resulta hace el juego, en consecuencia, a la glotofagia, incluso después de la descolonización teórica: la francofonía, punta de lanza del neocolonialismo actual, necesita de esas divisiones arbitrarias para reinar. Pero volveremos sobre este problema en otro capítulo.

Lo que de todo esto importa retener es que es posible describir el fenómeno colonial siguiendo sus progresos en el plano de la glotofagia, pero que esta glotofagia nunca es un fenómeno aislado. Por ejemplo, se vuelve imposible aceptar descripciones tan vagas, tan etéreas, como ésta:

«Sin insistir en detalles, limitémonos a mencionar que historias paralelas a la de Francia y el francés sucedieron en más sitios, de forma que el latín escrito acabó viéndose continuado en una serie de lenguas nacionales que a su vez se convirtieron en lenguas literarias y, cada una en su territorio, redujeron a los demás lenguajes al estado de dialecto o de pequeñas lenguas regionales» [1].

El autor, que se dice marxista, cae en el idealismo clásico: no se describe la realidad por su sombra. Cae también en el desprecio imperial hacia las culturas dominadas: ¿qué hay que entender en su texto por «pequeñas lenguas»? Lenguas habladas por poca gente: por lo menos, ese es el sentido con que utiliza la expresión en otro de sus libros [2], hablando del bretón. Pero, ¿tendría derecho a la vida una lengua que dependiera del número de sus hablantes? Si hubiéramos de seguir esta senda, podría calificarse al danés de pequeña lengua por comparación con el francés, al francés por comparación con el español, etc...

Hay de hecho tres componentes que vienen a subtender este proceso de glotofagia que hemos intentado describir.

— *La componente económica.* Desde el momento en que se acepta la noción de superestructura que he desarrollado páginas atrás, hay que buscar el origen de los conflictos lingüísticos en los conflictos económicos y sociales, en el modo de producción; en una palabra, en el colonialismo en cuanto que fenómeno económico y político. Desde este punto de vista, podemos afirmar que toda colonización lleva en germen la glotofagia, y que la interrupción del proceso glotófago conlleva una descolonización real (lo que en forma alguna significa que las luchas a nivel cultural, durante el proceso mismo de la descolonización, estén desprovistas de eficacia).

— *La componente jurídica,* tomando aquí el término jurídico en sentido amplio. De hecho, el colonialismo, como toda situación de fuerza asumida por un aparato de Estado, implica a la vez la secreción de su legalización y la de los medios para su reproducción. Se trata, en este caso, del importante papel jugado por el aparato jurídico en sentido propio (cf., por ejemplo, en el capítulo VII, el conjunto de decretos tomados por las sucesivas Asambleas de la Revolución contra las lenguas locales) y por la es-

[1] COHEN, Marcel: *Histoire d'une langue: le français,* París, 1967, p. 51.

[2] COHEN, M.: *Matériaux pour une sociologie du langage,* tomo 1, p. 95.

cuela, lugar privilegiado de reproducción del sistema (cf., más arriba, el ejemplo de Argelia). Esta componente jurídica es teóricamente necesaria, esperable y, en la práctica, de una importante ayuda para el proceso de glotofagia; pero no es la última instancia en que se resolverían todos los conflictos, no es primordial. Esto implica, otra vez más, que las luchas de descolonización lingüística pasan por la descolonización a secas, y que es ilusorio querer luchar sólo por la abrogación o reglamentación de una ley, por la reglamentación escolar.

— *La componente ideológica.* Es el fenómeno que, más allá o más acá del colonialismo, intenta justificarlo. Hemos visto en los dos capítulos anteriores qué pasaba con el pensamiento francés al respecto, pero hay que admitir que las cosas pueden ocurrir de forma diferente en diferentes tipos de colonización. Sin llegar a otorgar al colonialismo inglés carta de liberalismo lingüístico, hemos de reconocer, sin embargo, que las componentes jurídicas e ideológicas son en él menos salvajes, menos paranoicas que en el colonialismo francés. Lo que, por descontado, no resta un ápice al proceso glotófago: es verdad que se enseñaron las lenguas locales en las antiguas colonias inglesas, y esta práctica facilitó en Tanzania o en Kenia la adopción de una lengua nacional como el swahili; pero la relación entre lengua dominante (el inglés) y lenguas dominadas subsistía desde el tiempo de la colonización y subsiste aún hoy; en la Africa «anglófona», el inglés es una lengua tan de clase como el francés en la Africa «francófona». La glotofagia y sus secuelas no tienen nacionalidad preferente.

CAPÍTULO IV

LAS HUELLAS LINGÜISTICAS DE LA COLONIZACION

En el capítulo anterior vimos cómo era posible periodificar, siquiera fuese de una forma un tanto informal, el proceso glotófago. Se trataba, en ese momento, de la descripción de un fenómeno económico y político (la dominación de una comunidad por otra) desde y mediante una de sus consecuencias o, mejor, una de sus producciones (la glotofagia), fenómeno que se desplegaba ante nuestra vista (o, lo que viene a ser lo mismo, que podíamos volver a trazarlo siguiendo los documentos). En todos y cada uno de los casos, fuera cual fuese la evolución del proceso emprendido, en un momento dado se manifestaba en una diglosia que evolucionaba hacia situaciones muy diversas. En el caso de una interrupción del colonialismo, de un frenazo que se le diera a su expansión directa (descolonización), la diglosia casi siempre permanece como constituyente de la superestructura lingüística: hay entonces varias lenguas en juego y nos hallamos en una situación muy próxima al primero (colonialismo naciente) o al segundo (colonialismo triunfante) de los estadios anteriormente descritos. En el caso del colonialismo logrado, de la glotofagia completa, la lengua dominante digiere a la dominada y estamos de nuevo en una situación unilingüe, unilingüismo que, por descontado, históricamente es el producto de una previa guerra de lenguas.

Ahora bien, esta diglosia y su evolución nos ofrecen otro punto de vista para estudiar el colonialismo en un plano lingüístico. En efecto, es productora de cambios lingüísticos (interferencias, préstamos) a la vez que producto de una historia y de las relaciones de fuerza que mueven esa historia, lo cual nos va a permitir *leer* las huellas lingüísticas de la colonización, es decir, de hecho, res-

asegurado un cierto prestigio, es decir, ha impuesto a los demás ese prestigio. Desde este momento, volvemos a encontrar más o menos nuestra problemática y nos será posible integrar el préstamo en nuestra descripción de la glotofagia. Pero, una vez más, la taxonomía lingüística es extrañamente imprecisa, al haberse hecho abstracción en la definición de préstamo de sus condiciones históricas de producción.

Este punto de vista sólo muy raramente se ha adoptado. Cuando el lingüista Scerba estudia las relaciones entre alemán y sorabio [1], cuando Uriel Weinrich estudia las relaciones entre romanche y alemánico [2], hablan de *interferencias*, sin preocuparse demasiado por el estatuto social de los hablantes de una y otra lengua. Y Louis Deroy, que dedicó al préstamo una voluminosa tesis [3], de cuatrocientas páginas sólo dedica dos a lo que él llama, entre las causas del préstamo, la «sumisión lingüística forzosa de una nación entera» [4], dos páginas por lo demás de las que una la ocupa una cita de un autor quebequés... Otra vez habremos de remontarnos a Antoine Meillet para encontrar una dirección sociológica o sociolingüística entre los estudios realizados sobre contactos entre lenguas. En un estudio dedicado al bilingüismo en Francia entre *Lingua romana* y hablas germánicas de los conquistadores, su interés se centra sobre la acción interferencial del germánico sobre el francés: la interrogación por inversión (*vient-il*, sobre el modelo de *kommt er?*), la utilización de ciertos lexemas como pronombres (*homme* que da *on*, sobre el modelo de *man; rem* que da *rien*, sobre el modelo de *nicht*), etcétera. Pero los problemas sociológicos, aunque marginales, no están ausentes de su análisis:

> «Del siglo VI al IX, el poder político estuvo en manos de los conquistadores de lengua germánica. Las hablas de esos conquistadores fueron diversas: el burgundio difería del franco. Pero todas esas hablas en conjunto se oponían a la *lingua romana* de los habitantes. Los reyes y jefes que dominaban el país conservaban sus hablas germánicas: se sabe que el habla propia de Carlomagno era germánico. Pero, desde muy pronto, aceptaron el cristianismo, cuya lengua era el latín...» [5].

[1] «Sur la notion de mélange de langues», *Recueil japhétique*, IV, 1926.
[2] *Languages in contact*, La Haya, 1968.
[3] *L'emprunt*, París, 1956.
[4] *Op. cit.*, pp. 169-170.
[5] «Sur une période de bilinguisme en France», *Linguistique historique et linguistique générale*, II, p. 92.

Aparece, pues, por una parte, la idea de una relación entre el fenómeno del préstamo y la superestructura lingüística y, por otra, las relaciones de fuerza. También en este caso no está claro, por retomar los términos del *Dictionaire de linguistique* citado más arriba, en qué la *lingua romana* tendría menos prestigio que las hablas germánicas a las que tomó en préstamo numerosas palabras; pero, al contrario, se comprende perfectamente que la población que hablaba esa *lingua romana* estaba militarmente ocupada y dominada por conquistadores de lengua germánica: ahí es, y no en un «prestigio» idealista, donde hay que buscar el origen de los préstamos futuros.

La tesis que aquí se defenderá, y que intentaré ilustrar, comienza, pues, a emerger, y puede resumirse en la proposición siguiente: *Los préstamos que mutuamente se hacen dos comunidades lingüísticas manifiestan tipos de relaciones que mantienen o han mantenido esas comunidades*, proposición que se apoya tanto sobre el número de préstamos y el equilibrio o desequilibrio de ese número en una u otra lengua, cuanto sobre los propios campos semánticos de los préstamos. Por ejemplo, si consideramos hoy los préstamos que se hacen lenguas como el francés y el inglés, nos damos cuenta de que existe un cierto equilibrio estadístico: el francés toma más o menos del inglés tantos préstamos como el inglés del francés. Además, los campos semánticos son relativamente dispersos, heterogéneos: desde la indumentaria (*pull over*) al comercio (*pressing*) pasando por la información (*speaker*) y el deporte (el único campo que el francés haya recogido en bloque), para los préstamos del inglés al francés; del campo amoroso (*affaire de coeur*) a la lingüística (*patois*) pasando por la gastronomía (*vol-au-vent*), para los préstamos del francés al inglés. De suyo, no parece haber, en los préstamos contemporáneos que se hacen estas dos lenguas, una gran coherencia, organización alguna: los préstamos se suceden en desorden, al azar de los contactos culturales, de las influencias de civilización. Además, el relativo equilibrio estadístico nos demuestra que ambas lenguas (y, en consecuencia, ambas comunidades) «están empatadas»: no hay dominio de una sobre otra.

Por el contrario, si consideramos los préstamos que se hicieron el inglés y el francés entre el siglo XI y el XIII, encontramos una situación muy diferente. Por una parte, el francés prácticamente no toma préstamos del inglés, mientras que los préstamos son numerosos en sentido contrario. Este desequilibrio estadístico confirma ya una relación de dominio de una comunidad sobre la otra, y veremos cómo lo volveremos a encontrar en la mayor parte de las situaciones coloniales: el francés casi no toma

préstamos del bretón, pero el bretón rebosa de palabras francesas; no hay ni una sola palabra bambara en francés, pero el bambara ha tomado numerosas palabras del francés (cf. el capítulo X); hay muchas palabras suecas o noruegas en lapón, pero muy pocas palabras laponas en sueco o noruego, etc. Por otra parte, los campos semánticos en los que mayoritariamente esos préstamos ocurrieron confirman directamente el tipo de relaciones que entonces existían entre la comunidad francófona y la comunidad anglófona. Fernand Mossé propone un cuadro genérico establecido a partir del *New English Dictionnary on Historical Principles*, diccionario que presenta la historia del léxico inglés desde 1150. Así, podemos ver cómo los préstamos del francés cubren el vocabulario de la política (*government, parliament, assembly, minister, sovereign*, etc.), de la Iglesia (*clergy, parson, sacrament, communion, abbey, confession*, etc.), del Ejército (*army, battle, spy, enemy, soldier, captain*, etc., de las artes (*art, painting, sculpture, column, poetry, prose, comedy*, etc.), de la gastronomía (*dinner, supper, veel, beef, mutton, salmon, sole, cream*, etc.), de la indumentaria de lujo y las joyas (*fashion, gown, petticoat, jewel, broach, diamond*, etc.), de la caza, de la danza, etc.[1]. Pero esta acumulación no es, en cuanto tal, significativa, y para mejor extraer su sentido debemos oponerla a su contrario, es decir, a los campos en los que no hay préstamos del francés. Ahora bien, si los campos de préstamos señalados arriba corresponden exactamente a la parte de la vida social que ocurría en francés (la de la corte y las clases acomodadas), no hay palabras francesas ni en el campo de la agricultura ni en el de la artesanía, por ejemplo. Y los términos *veel, beef, mutton* (veau, boeuf, mouton) [ternera, buey, cordero], que designan a la carne que se come, tienen su correspondiente sajón (*calf, ox, sheep*) para designar los animales domésticos (cf. el capítulo VIII): la bipartición del léxico transcribe directamente una división social: el problema de los campesinos era criar el ganado (de ahí la especialización semántica de los términos que utilizaban: las palabras sajonas); el de los nobles y burgueses era consumirlo (de ahí, paralelamente, la especialización semántica de los términos franceses, dado que, para no variar, esas clases sociales sólo hablaban francés). El sistema de préstamos medievales del francés al inglés aparece, pues, como una huella de la superestructura lingüística de Inglaterra entre los siglos XI y XIII, superestructura que por lo demás está perfectamente ilustrada por ese proverbio en inglés medio.

[1] *Esquisse d'une histoire de la langue anglaise*, Lión, 1947, pp. 67-71.

«Jack wold be a gentilman if he coude speke frenssche»
[Jack sería un caballero si pudiera hablar francés].

Para ser caballero era preciso hablar francés, pues la vida intelectual, política, jurídica y los ocios de las gentes de esa clase transcurrían en francés, en tanto que el pueblo hablaba sajón. Por descontado, la bipartición esbozada anteriormente entre el vocabulario de la carne de carnicería y la del ganado es un ejemplo entre otros muchos: lo que es testimonio de glotofagia es el conjunto del sistema de préstamos, empezando por su unilateralidad.

Abundan las situaciones del mismo tipo. Tomémoslas de campos geográficos e históricos diferentes, para mejor asentar nuestra hipótesis. En Africa del Norte, la transcripción de las palabras francesas en caracteres árabes plantea a veces algunos problemas, debido a la ausencia en árabe del fonema /p/, por ejemplo, y del grafema correspondiente: los nombres de lugares (*Paris, Perpignan*) o las marcas comerciales (*Philips, Agip*) no pueden transcribirse utilizando el alfabeto clásico. En cualquier situación de este tipo, parece claro, hay dos soluciones. Una, la más económica y la más extendida, consiste en adaptar el término extranjero a la fonología de la lengua, y transcribirlo con los propios medios. Es la solución adoptada por el francés, que reduce sistemáticamente las palabras extranjeras a los fonemas y grafemas que le son propios (Brejnev, datcha, Mao tse toung), a reserva de innovar en ocasiones en el plano de la serie grafemática (el *kh*, por ejemplo, para ciertas palabras árabes, por más que esta serie, aunque rara, ya haya sido utilizada: *khâgne, khmer*, etc.). La otra, mucho menos económica, consiste en adaptar al término tomado en préstamo la fonología y el alfabeto de la lengua que se toma en préstamo, solución que el francés nunca practicó, pero sí practicada precisamente en Africa del Norte. Efectivamente, desde hace algún tiempo, se está viendo aparecer un grafema nuevo, پ (que se diferencia de otro grafema ya existente en árabe por la agregación de un punto suscrito: con dos puntos ese grafema transcribe el yod, con un solo punto transcribe el /b/), utilizado en los letreros y en la publicidad periodística أجيپ para «agip» en las estaciones de servicio, فيليپس para Philips en los almacenes de material eléctrico. Al mismo tiempo, ciertas siglas francesas son adaptadas tal cual en caracteres árabes. Allí donde el francés, por ejemplo, traduzca las siglas in-

glesas (ON.U para U.N.O., O.T.A.N. para N.A.T.O., etc.; el único contraejemplo es U.N.E.S.C.O., que nos ha llegado lexicalizado, *unesco*, de la misma manera que están lexicalizadas ciertas siglas rusas: *guépéou* [G.P.U.]), el árabe transcribe:

شال مع إسآ

«Shell con I. C. A.», lo que no tiene, en esta lengua, estrictamente, sentido alguno[1]. Así, la ausencia de innovación grafemática paralela en francés para la transcripción de las palabras árabes nos permite extraer la relación entre esta adaptación unilateral del alfabeto y las relaciones de fuerza peculiares de los contactos franco-árabes en Africa del Norte.

Otro ejemplo: el francés tomó del bretón las siguientes dieciocho palabras (si nos fiamos de los datos que da Pierre Guiraud: de suyo, la lista no es exhaustiva, pero la diferencia no es importante, una decena de términos todo lo más), de las que, por lo demás, la mitad hoy ya no se usan:

— *balai* ['escoba'] (s. XII), de la palabra bretona *balan*, «retama»;
— *baragouin* ['galimatías'] (1532), de las palabras *bara*, «pan», y gwin, «vino»;
— *bijou* ['joya'] (1410), del bretón *bizou*, «anillo». El término reemplaza al francés *joyau*;
— *biniou* [gaita bretona] (1872);
— *boite* ['caja'] (1672);
— *cohue* ['tropel'] (1235), del bretón medio *cochuy*, «mercado»;
— *darne* ['rodaja'] (1528), de *darn*, «trozo», con el sentido de rodaja de pescado;
— *dolmen* (1805);
— *drouine* (1680);
— *écouffle* (s. XII);
— *faim-valle* (s. XII), que dio en el siglo XVIII *fringale*, «bulimia de los caballos», de *fain*+*gwall*;
— *goéland* ['gaviota'] (1500), de *gwelan*;
— *goémon* ['alga'] (s. XIV), de *gwemon*;
— *korrigan* [duende] (1873);
— *lieue* ['legua'] (1827);

[1] Cf., por ejemplo Gamardi, S.: «Quelques faits de contacts linguistique franco-arabe en Tunisie», en *Revue Tunisienne de Sciences Sociales*, núm. 8, diciembre de 1966.

— *menhir* (1834);
— *mine* ['cara'] (s. XV), de *min*, «pico, morro»;
— *raz* ['corriente'] (1484), de *raz*, «corriente marina».

Ahora bien, si, a la inversa, tratamos de establecer la lista de préstamos del francés al bretón, hallamos una cantidad de palabras que no guarda proporción con la precedente, teniendo en cuenta incluso adiciones necesarias. La enumeración de esos préstamos sería larga y aburrida, pero un rápido vistazo a las letras A, B y C de un diccionario bretón-francés corriente (el de Roparz Hemon) nos da ya alrededor de 160 términos, lo que evidentemente es muy superior a lo que se produjo en el sentido contrario. También aquí, pues, la estadística de los préstamos recíprocos confirma directamente las relaciones históricas entre comunidades francófona y bretonante (cf. sobre este punto el capítulo VII).

El lingala, lengua vehicular utilizada en la República Democrática del Congo y en la República Popular del Congo, ha tomado igualmente un importante número de palabras de las lenguas coloniales, el francés, el inglés y el portugués. Por lo demás, esos préstamos se integraron perfectamente en la lengua y tomaron el distintivo propio de las lenguas bantúes:

velo-bavelo (una bicicleta, bicicletas)
disiki-badisiki (un disco, discos)
zamande-bazamande (una almendra, almendras)
mɔpɛ-bamɔpɛ (un cura, curas)
etc..., para los préstamos del francés;

mesa-bamesa (una mesa, mesas)
meteka-bamateka (manteca, mantecas)
sapato-basapato (un zapato, zapatos)
etc..., para los préstamos del portugués, y

buku-babuku (un libro, libros)

etc..., para los préstamos del inglés[1], cuando, que yo sepa, ni el francés, ni el inglés, ni el portugués tomaron nada del lingala.

Se argüirá seguramente que el lingala también tomó de las lenguas africanas vecinas, en concreto de las lenguas bantúes: swahili, kiluba, mongo, mbochi, kota, lari, kongo,

[1] Cf. Ndinga, Antoine: *Structures lexicographiques du ligala*, tesis de tercer ciclo, mimeografiada.

munukotuba... Así, un infinitivo munukotuba pasa al lingala reemplazando el prefijo *ku* por el profijo *ko*:

kukamuna > *kokamuna* (retorcer un tejido),

de la misma forma que el infinitivo swahili:

kufanya > *kofanya* (hacer)

el infinito lari ve cómo se le añade *ko:*

kadila > *kokadila* (renovar)

y el infinitivo mbochi pierde su *i* en provecho de *ko*:

iwa > *kowa* (morir).

Pero, en este caso, el fenómeno es muy diferente. En el primer caso, tenemos un sistema de préstamo *vertical*, de la lengua dominante a la(s) lengua(s) dominada(s), muy próximo a lo que en lingüística se denomina *superestrato*: huella de una lengua extranjera que se ha superpuesto a la lengua local pero que no ha logrado imponerse y ha desaparecido. En el segundo caso, por el contrario, tenemos un sistema *horizontal*, cercano al *adstrato*: huella dejada en una lengua por una lengua geográficamente vecina. Además, el swahili, el kiluba, el lingala, etcétera., se forman incesantemente mediante préstamos mutuos, lo cual, como hemos visto, no es en forma alguna el caso de las lenguas coloniales y el lingala: allí nos encontramos en el seno de un fenómeno de intercomunicación, aquí en el seno de un fenómeno de dominación y, en consecuencia, los préstamos ya no tienen el mismo sentido, la misma función. En otras palabras, son en uno y otro caso huellas de relaciones sociales y políticas diferentes. ¿Qué relaciones? Debemos evitar una visión idealista de este fenómeno, que lo reduciría otra vez a la noción de «prestigio» o incluso a la, verdaderamente más precisa pero incompleta, de «alienación cultural», como Anicet Kashamura, cuando escribe:

> «El lingala, más que otro habla cualquiera, se halla anegado de palabras francesas. Pues, en el fondo, los que lo hablan, que no son todos bangala, se sienten más acomplejados por la cultura europea. El kiswahili y el tshiluba, por el contrario, están muy poco alienados por la cultura occidental» [1].

[1] KASHAMURA, A.: *Culture et aliénation en Afrique*, París, 1971, p. 72.

Visión poco materialista, pues no se trata de una alienación cultural, sino de la huella de relaciones económicas y relaciones de fuerza. Por otra parte, la lengua swahili (el kiswahili) que, para A. Kashamura se vería libre de esa alienación, contiene, en lo que a ella respecta, un 25 % de palabras árabes, lo que revela no sólo una alienación en relación con la cultura árabe, sino una importante presencia árabe en las costas del Africa oriental. También en este caso las relaciones de fuerza determinaron los campos de préstamos y, por poner un ejemplo, el vocabulario político tradicional es de origen árabe, prácticamente en su totalidad:

sultani (jefe)
raïs (presidente de la república)
waziri (ministro)
etc.

A la inversa, el número restringido de préstamos de una lengua a otra puede revelar relaciones muy limitadas entre dos comunidades, de las que una teóricamente ha dominado a la otra. Así, aunque los romanos ocuparan el País de Gales durante un lapso de tiempo apreciable, como vimos en el capítulo anterior, el carácter no muy riguroso de esta ocupación se manifiesta por el número limitado de préstamos del latín al galés: 600 términos, para Kenneth Jackson *(Language and history in early Britain)*; 527, para H. Lewis *(Datblygiad yr Laith gymaraeg)*: estamos lejos de las miles de palabras prestadas por el francés al inglés. No obstante, sabemos de la existencia de la ocupación latina en el País de Gales y los préstamos sólo nos permiten delinear su carácter. Ahora bien, esos mismos préstamos en ocasiones nos sirven para descubrir el paso fugaz de una invasión. Así, en México, en la península de Yucatán se mantuvo, con algunas excepciones, la lengua maya (por lo que se refiere, claro es, a las lenguas indias: el español está muy extendido), mientras que en el resto del territorio y en Guatemala se habla sobre todo la lengua de los toltecas, el náhuatl (la palabra *Guatemala*, por lo demás, es náhuatl, y significa: «paraje rodeado de montañas boscosas»). Ahora bien, encontramos en el maya un cierto número de términos náhuatl, concretamente en los campos político y militar. El hecho es incomprensible, pues los mayas no parecen haber abandonado la península, y la única solución es postular una invasión tolteca de Yucatán, limitada en cuanto al tiempo y a los medios. Esta hipótesis, que se apoya en hechos lingüísticos (presencia de un superestrato náhuatl en el maya, en un plano léxico), halla su confirma-

ción en otro hecho, éste no lingüístico. El conocidísimo templo de Chichen Itzá no presenta ninguna de las características de la arquitectura sagrada maya: está a cielo abierto, con grandes columnatas, cuando los mayas para invocar a sus dioses preferían pequeñas piezas cerradas. Pero se explica cuando se observa que Chichen Itzá es réplica prácticamente exacta del templo de Tula, situado a 1.400 kilómetrosal norte, en pleno territorio tolteca (cf. figura 1). Parece, pues, que los toltecas, tras su invasión de

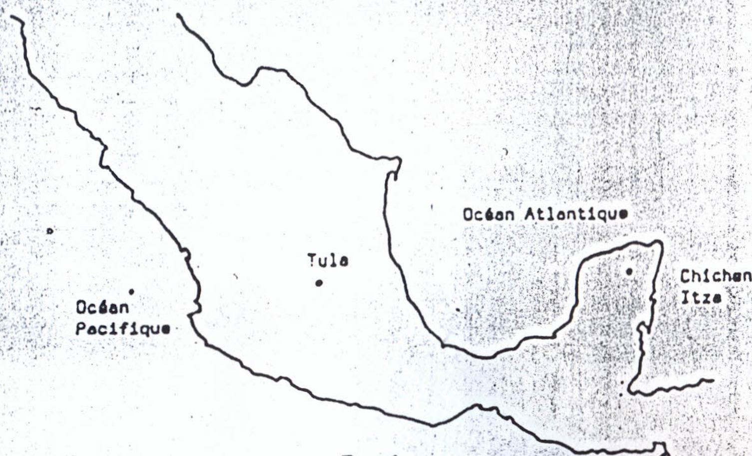


Fig. 1

la mayor parte del actual México, habrían hecho una incursión en territorio maya, incursión cuyas huellas arqueológicas en sentido amplio serían hoy los préstamos lingüísticos y el templo de Chichen Itzá [1].

Otro problema consiste en saber en qué momento del proceso glotófago se producen preferentemente los préstamos o si, por el contrario, el porcentaje de préstamos es continuo durante todo el contacto de lenguas. A este respecto, disponemos de un documento muy expresivo: las listas estadísticas efectuadas por Fernand Mossé en la letra A del *New English Dictionary*. Jespersen y Baugh, utilizando un método diferente, obtuvieron resultados parecidos, por lo que la curva resultante es a la vez digna de crédito y muy interesante (cf. fig. 2).

A primera vista, el resultado es sorprendente. En efecto, la dominación francesa en Inglaterra comienza en 1066,

[1] Cf. Wolf, Eric: *Peuples et civilisation de l'Amerique centrale*, Payot, 1962.

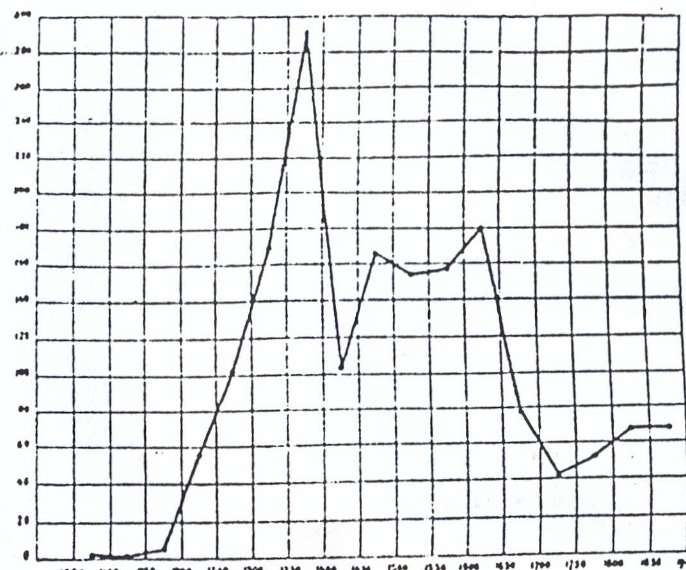


Fig. 2

Frecuencia de los préstamos franceses al inglés desde el siglo XI (en abcisa, los medios siglos; en ordenada, el número de préstamos correspondientes). Según F. Mossé, *op. cit.*, p. 70

una vez que Guillermo de Normandía batiera en Hastings a los ejércitos del rey Harold II, y finaliza en el siglo XIV: será la segunda guerra «de los cien años» (1337-1453) la que consagre la ruptura entre la isla y el continente y, hecho significativo, desde 1362 los tribunales y el Parlamento abandonan el francés por el inglés. Ahora bien, el gráfico nos muestra que lo préstamos más numerosos se sitúan entre 1350 y 1400, es decir, precisamente en el momento en que la influencia de los franceses disminuye y están a punto de ser expulsados. De suyo, se esperaría ver el máximo de préstamos durante el gran período de dominación de las fuerzas francesas, es decir, 1100 y 1300. Pero la contradicción sólo es aparente, y su interpretación nos proporcionará un modelo aplicable a las diversas situaciones de poscolonialismo.

Es fácil de imaginar que, durante la dominación francesa, todo el vocabulario relativo a los campos político, jurídico, administrativo, etc., no existiría en inglés o, al menos, no sería empleado y caería en desuso. No existiría

relación alguna entre los grupos que hablaban las dos lenguas (dejando aparte, como vimos, el pequeño grupo-bisagra de los servidores y grandes comerciantes que mantenían tratos con la corte), y el vocabulario de la lengua dominada se especializaría en los campos propios de sus hablantes: la vida cotidiana del pueblo trabajador. Por el contrario, desde el momento en que el inglés tome el relevo en los campos hasta entonces reservados al francés, aparecería la necesidad de compensar ese atraso o esa carencia. Y el medio más senciello es, desde luego, el préstamo directo, y de ahí la masa de términos tomados del francés *después* de la evicción de los franceses, en el momento precisamente en que los tribunales, el parlamento, etc., adoptan la lengua inglesa.

Encontramos una situación muy parecida en la llamada Africa francófona. Las lenguas locales tomaron indudablemente préstamos del francés, pero su número no admite comparación con el de los préstamos medievales del francés al inglés. La razón es sencilla: la administración, la justicia, la vida política, transcurrieron prácticamente siempre en francés, y es probable que los préstamos se multipliquen el día en que las lenguas locales accedan al estatuto de lenguas nacionales y excluyan, pues, al francés. Entonces deberán abastecerse de un vocabulario adecuado a esos diversos campos, vocabulario que sólo hay dos formas de conseguir: el préstamo o la creación a partir de raíces locales. Parece, pues, lógico que los préstamos se hagan especialmente en el momento del paso de una superestructura lingüística de tipo colonial o neocolonial (presencia de la lengua dominante) a un monolingüismo (o un pluralingüismo a base de lenguas locales), signo de una liberación definitiva. Paradójicamente, la liberación pasa por el préstamo masivo, salvo, claro, si lingüistas locales preparan el paso de una lengua a otra procurando crear de antemano todos los términos necesarios. Pero en el último capítulo de este libro veremos que las cosas no son tan fáciles.

Hasta aquí hemos razonado en términos de préstamos léxicos, pero hay otras posibilidades. Las interferencias sintácticas, por ejemplo, o los préstamos gramaticales (en el diula de Costa de Marfil se dice muy frecuentemente *me*, «pero», en vez del *nka* mandinga). Con todo, las más significativas de las relaciones de fuerza son indudablemente los préstamos estructurales, que no sólo atañen a un término, un conjunto de términos o una construcción sintáctica, sino a la organización estructural de un determinado campo. En el capítulo IX, a propósito de la numeración en bambara, diula y malinke, se encontrará un

ejemplo, pero ahora quisiera desarrollar otro, relativamente cercano, el de la numeración vigesimal en bretón.

Louis Deroy ha señalado la relativa estabilidad de los nombres de número: «Se admite generalmente en lingüística que los nombres de número están entre los más estables del vocabulario y que, al hablar una lengua extranjera, hay que ser un perfecto bilingüe para no seguir contando mentalmente en la lengua materna» [1], lo cual, de paso, indica la importancia de los cambios ocurridos en las lenguas mandingas (cf. el capítulo IX). Lo mismo sucede más o menos actualmente en bretón. Se sabe que los celtas tenían un sistema de numeración con base veinte (quizá porque contaban a la vez con los dedos de las manos y los de los pies), sistema que en parte los galos nos legaron (*quatre-vingts* [ochenta], pero también el hospital de los *quinze-vingt* fundado por Luis IX para acoger a 300 enfermos) y que tanto el bretón como el galés han conservado:

	bretón	*galés*
20	ugent	ugain
40	daou-ugent	deugain
60	tri-ugent	trigain
80	pevar-ugent	pedwar ugain.

Para las decenas intermediarias se utilizan en bretón fórmulas variadas:

10	dek
30	tregont
50	hanter-kant (la mitad de 100)
70	dek ha trigent (10 y 60)
90	dek ha prevar-ugent 10 y 80)
100	kant.

Ahora bien, este sistema va cediendo lentamente ante el sistema francés, al que se tiende a copiar. Así las formas siguientes:

120	c'hwec'h-ugent (6 x 20)
140	seizh-ugent (7 x 20)
160	eizh-ugent (8 x 20)

se reemplazan frecuentemente por

120	kant-ugent
140	kant-daou-ugent
160	kant-tri-ugent,

[1] *L'emprunt linguistique*, p. 68.

lo que a la vez constituye un calco del francés y la generalización del sistema adoptado desde siempre para las decenas intermediarias:

110 kant-dek
130 kant-tregont
150 kant-hanter-kant.

Pero es que además existe una tendencia más reciente, y de momento minoritaria, a adecuar el sistema vigesimal, que sigue siendo la base de la numeración bretona, con el sistema decimal francés, añadiendo el sufijo *—kont* (el utilizado en *tregont*, 30) a los nombres de unidades. Así, *pevar* (4) da *pevargont* (40), *pemp* (5) da *pempkont* (50), etcétera. La misma tendencia modifica el orden de las cifras en el enunciado de un número, siempre según el modelo francés. En bretón se dice:

21 unan-war'n-ugent (1 sobre 20)
32 daou-ha-tregont (2 y 30)
43 tri-ha-daou-ugent (3 y 40)

y la tendencia señalada es a decir:

21 ugent-unan
32 tregont-daou
43 pevargont-tri
etc...,

lo que evidentemente sólo sería una simple proyección de la estructura francesa sobre los nombres de números bretones. Y, así, vemos aparecer, tanto en bambara como en bretón, el préstamo estructural como el resultado de los embates de una lengua dominante contra una lengua dominada, embates que se traducen por la entrada a la fuerza en un esquema cultural cuando no han podido traducirse por la desaparición de la lengua dominada. De hecho, ambos fenómenos son a veces contemporáneos y convergentes: el bretón echa mano del francés *al mismo tiempo* que el número de bretonantes disminuye. Pero tal no es el caso de las lenguas mandingas, de las que es legítimo pensar que tienen un cierto futuro ante sí. Por eso el préstamo es más, de nuevo, la huella de una glotofagia pasada que una componente de un proceso glotófago en pleno desarrollo.

De esta forma, podremos intentar evaluar los tipos de relaciones y los campos de contacto entre dos comunidades mediante un estudio de los préstamos, que debería

apoyarse fundamentalmente sobre los puntos siguientes:

— aspecto mutuo o exclusivo de los préstamos (mutuos: el francés y el inglés hoy; exclusivos: el francés al inglés durante la Edad Media);
— campos semánticos de préstamos (como manifestación de los tipos de relaciones sociales, de los tipos de contactos culturales o de otra clase...);
— finalmente, campos gramaticales de préstamo (el préstamo más frecuente es el del sustantivo, siendo la repartición estadística la siguiente: nombres 71 a 75 por 100, verbos 18 a 23 por 100, adjetivos 3 a 4 por 100, adverbios y preposiciones 1 por 100, interjecciones 1 por 100[1]. Toda variación con relación a estas medias deberá ser interpretada).

ETNONIMIA, TOPONIMIA

Ya he insistido, en el capítulo anterior, sobre el «derecho a nombrar» que por lo general se arregaba el colonizador, gesto inaugural que iniciaba el colonialismo y el proceso glotófago, los concentraba en un solo acto, los llevaba en germen: *bárbaros, bobo, welsh, delaware, síux*, etcétera. Ahora bien, esta misma capacidad de nombrar por derecho divino es a veces huella arqueológica de las relaciones de fuerza, de las dominaciones que han atravesado la historia y le han dado origen. Siempre es su huella, pero a veces es la única huella que queda. Tomemos el ejemplo de América central. Allí las lenguas son numerosas y muy diferenciadas, hasta el punto de que una planta tan extendida como el maíz, que se cultiva en todas partes, tiene en cada una de las lenguas indias nombres que no tienen ninguna raíz común:

centli en náhuatl
mok en zoque
zuba en zapoteca
kosak en chontal
xal en mam
nal en maya yucateca
etc.

Ahora bien, encontramos hoy grupos étnicos y lingüísticos diferentes, que no hablan la misma lengua, que no tienen aparentemente la misma cultura, pero que *tienen el mismo nombre*:

[1] HAUGEN, E.: «The Analysis of Linguistic Borrowing», en *Language*, 26, 1950.

— los chontal (en Tabasco y en Oaxaca)
— los popoluca (en Puebla, Veracruz y Guatemala)
— los totonaques (en Veracruz, Jalisco y Oaxaca).

¿Casualidad? ¿Dispersión lejana? Evidentemente, la cosa es poco probable: ¿cómo podrían haber permanecido semejantes los nombres de los pueblos mientras sus lenguas evolucionaban hasta el punto de ser irreconocibles? De suyo, se trata de las huellas de la dominación tolteca, que se extendió, entre 800 y 1.100, por toda esta parte del continente: los toltecas bautizaron a las poblaciones que encontraron con nombres peyorativos sacados de su lengua (el náhuatl), exactamente según el mismo modelo que los casos citados más arriba. En náhuatl, *chontal* significa «extranjero», *popoloca* significa «incomprensible», *totopac* significa «campesino»...

Así, pues, en el plano de la denominación de los pueblos *(etnonimia)*, tenemos a veces un medio de seguir los progresos de una conquista, de recobrar sus huellas, de delimitar su expansión. Pero es la *toponimia* la que con mayor seguridad nos guía en la materia. De una manera muy general, los nombres de lugar tienen poca relación con la lengua del grupo étnico que habita la región: la toponimia es indudablemente el sustrato más resistente a los estratos sucesivos de lenguas que se suceden, se reemplazan o se degluten en un punto particular del globo. Y ahí tenemos ya una huella importante de los grupos lingüísticos desaparecidos y, en consecuencia, de la glotofagia: en los Estados Unidos, donde las poblaciones indias corrieron la suerte que todo el mundo sabe y que ya evoqué, los nombres de lugar son frecuentemente indios: Massachusetts, Minnesota, Mississippi, Missouri, Oregón, etcétera. Lo mismo sucede en Inglaterra, que fue poblada por los celtas desde fecha remota y hasta la ocupación romana (55 a. J., hacia el siglo IV d. J.), más tarde invadida por piratas germánicos (hasta el siglo VII) y finalmente ocupada por los franceses: los nombres de lugar siguen siendo célticos, mientras que las palabras célticas en la lengua son muy raras: Kent, Devon, Cumber (land), Dover, London, York, Avon, Esk, Thames, Wye, Leeds, Glou (cester), Ex (eter), Win (chester), Salis (bury), etcétera, para los topónimos, mientras que F. Mossé señala todo lo más una decena de palabras corrientes de idéntico origen [1].

Pero decir que, en general, los primeros ocupantes dejan en los sitios los nombres que les dieron, en tanto que su lengua desaparece, no es bastante. Por una parte, esta

[1] Cf. Mossé, F.: *Esquisse d'une histoire de la langue anglaise*, p. 29.

tesis general es falsa en algunos casos particulares: precisamente en una gran parte de las situaciones coloniales modernas. A menudo el colonizador ha rebautizado los lugares para darles denominaciones más conformes con su tradición: Brazzaville, Ferryville, Bône, Port-Lyautey, Fort-Lamy, Johannesburg, Porto-Novo, etc. Y si, en el momento de la descolonización, algunas ciudades volvieron a ser rebautizadas, ha de tenerse en cuenta que el fenómeno no es general(Casablanca siguió siendo Casablanca, a pesar de su nombre árabe: dar el beida) y que ese nuevo bautismo no tiene por qué consistir en una vuelta al nombre original (Ferryville se convierte en Menzel Burguiba, por ejemplo). Y, por otra parte, la toponimia puede a veces aportarnos informaciones mucho más precisas y complejas que la simple huella de una lengua o una comunidad desaparecidas: nos ayudará, por ejemplo, a deducir los movimientos de poblaciones.

Cojamos, para empezar, el caso más sencillo, el de los topónimos galos en Francia. Se sabe que los galos llegaron al actual territorio francés hacia el siglo V a. J., que su lengua se expandió con amplitud, que después, en el momento de la invasión romana, retrocedió ante el latín, para finalmente desaparecer (¿hacia el siglo V d. J.?) dejando, eso sí, un importante sustrato: ahí tenemos un buen ejemplo de glotofagia lograda, acabada. Pero, por lo general, el galo permanece en los topónimos, en tanto que las palabras galas son relativamente raras en francés. Algunos ejemplos:

— los nombres de ríos (el Rhin, el Sena, el Marne, el Somne, el Meusse...);
— los nombres de lugares situados cerca de un río, desde **briva*, que significaba el «puente» (Brive, Brives, Brioude...) o **condate*, que significaba «confluencia» (Cosne, Combres, Condate, el antiguo nombre de Rennes...);
— los nombres de lugares situados cerca de una gruta, desde **balma*, que significaba «gruta» (la Balme, la Baume...) [1];
— los nombres de lugares situados sobre una elevación desde *cnoc* o *croc* (Carrach, Créqui, Carrezac, Quenet...);
— los nombres de lugares situados cerca de un torrente, desde *froud* (Frocourt, Frouville, Fromeréville...) [2].

[1] Ejemplos tomados de MARKALE, Jean: *Les Celtes*, París, 1971, p. 297.
[2] Ejemplos sacados de FALC'HUN, François: *Les noms de lieux celtiques*, tomo 2, Rennes, 1970, pp. 168 ss.

En todos estos ejemplos, que sólo representan una ínfima minoría de los topónimos de origen galo, tenemos la ilustración de lo que pueden ser las huellas de una comunidad lingüística desaparecida, cuando se limitan a los nombres de lugar: sólo el erudito podrá ver (o hacer ver) en esos topónimos una huella del galo (y de los galos).

Y esto nos lleva a un ejemplo más complejo y, desde nuestro punto de vista, más productivo: el de Bretaña. Una tradición bisecular y cuyo más ardiente defensor fue, en el siglo pasado, Joseph Loth, pretende que los bretones, que abandonaron Gran Bretaña por la península armoricana hacia el siglo V de nuestra era, habrían desembarcado en una región de lo que el galo había desaparecido totalmente y que, de esta forma, habrían impuesto con facilidad su lengua en progresión hacia el este: Loth ha trazado incluso la frontera límite de esta expansión, conocida bajo el nombre de línea Lath (cf. fig. 3).

Se podría entonces seguir, a través de los topónimos, el avance de los inmigrantes celtas: fueron bautizando las poblaciones que creaban con nombres en *plou-* (parroquia) o en *gui-* (aldea). Y, a la vez, el estudio del reparto de parroquias en *plou* y en *gui* nos demuestra que la costa norte de Bretaña, desde Quimper a Saint-Malo, estuvo densamente poblada; además, que hubo un avance por el interior de la península hacia el sur (Vannes) partiendo de la zona Tréguier-Saint-Brieuc: la figura 3 es, desde este punto de vista, explícita.

Pero las cosas quizá no sean tan sencillas y la toponimia superficialmente examinada pueda ser en este caso engañosa. Porque la lección que se saca del reparto de los nombres de lugares en *plou* y en *gui*, por una parte, y la teoría concretizada en la línea de Loth, por otra, se topan con un cierto número de hechos inexplicables.

Por una parte, la hipótesis de la celtización (o receltización) de la península armoricana por los bretones llegados de Gran Bretaña en modo alguno explica la importante diferencia (debida concretamente a la colocación del acento) entre el bretón hablado en la región de Vannes (el 'vannetais') y el hablado en Cornouailles, Léon y Trégor (generalmente citado con la sigla K.L.T.). ¿Por qué el 'vannetais' se habría acentuado sobre la sílaba final y el K.L.T. sobre la penúltima, si ambos serían el resultado de la celtización de una Armórica ya romanizada en la época de la inmigración bretona? La cuestión es importante y no ha sido nunca resuelta por los partidarios de la teoría de Loth.

Por otra parte, la idea de la expansión de los bretones llegados de Gran Bretaña que nos ofrece el reparto de

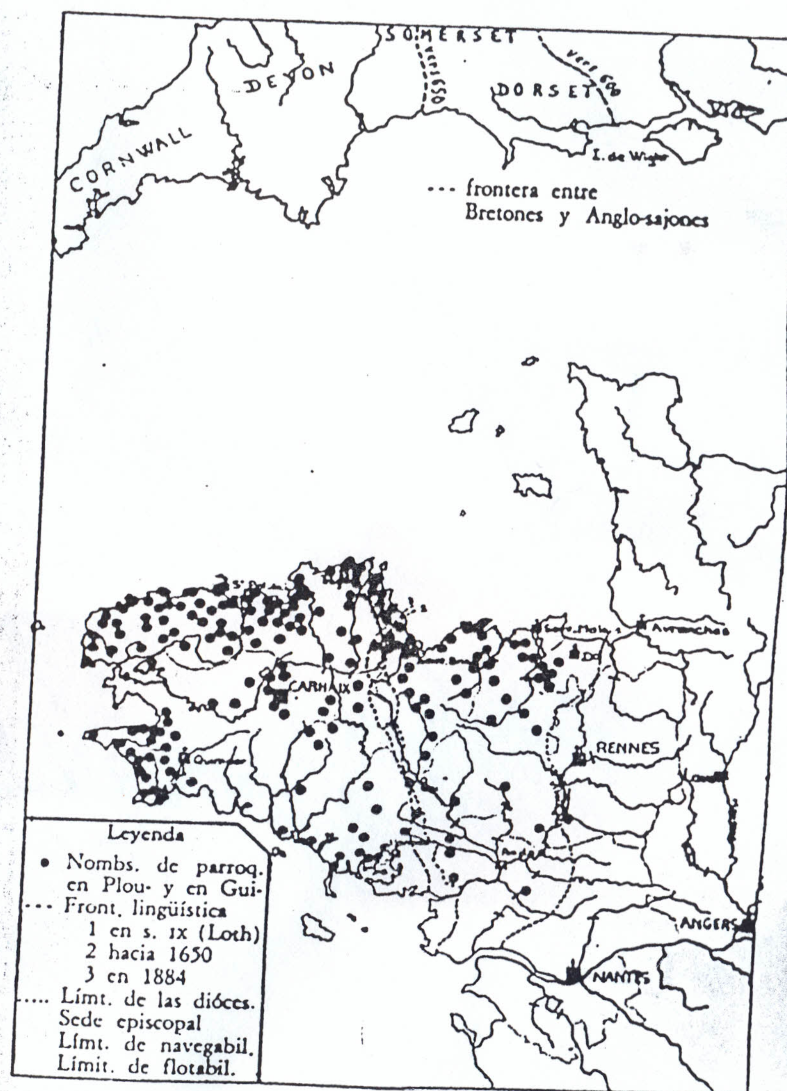


FIG. 3

La emigración bretona: datos toponímicos. (Sacados de F. Falc'hun, *Les noms de lieux celtiques*)

plous y de *guis* no explica por qué el bretón se manifestó muy tardíamente en otras partes, en zonas donde visiblemente, a juzgar por ese reparto, los inmigrados nunca llegaron a instalarse. Así, F. Falc'hun señala que «la península de Guérande, donde no hay un solo *plou*, era todavía bretonizante a comienzos del siglo XIX, y la de Sarzeau, igualmente virgen de *plous*, se bretonizó hasta comienzos del siglo XX. Mientras que la costa norte, más constelada de *plous* que las regiones todavía bretonizantes, se afrancesó rápidamente, desde las inmediaciones del Mont Saint-Michel hasta Saint-Brieuc»[1].

La polémica, desde luego muy técnica, nos permite deducir mejor qué cosa fueron las relaciones lingüísticas en la península. Primer problema: ¿la Armórica estaba auténticamente romanizada en el momento de llegada de los bretones, o bien se hablaba aún el galo?

F. Falc'hun ha sostenido siempre, con algunas variaciones de detalle, que todavía se hablaba galo en el momento de la inmigración, a lo que sus adversarios generalmente replican que en el siglo V la romanización estaba acabada. Pero ni la tesis de la romanización acabada ni la fecha de la inmigración son muy sólidas. Sobre lo primero, por ejemplo, Léon Fleuriot es mucho menos categórico que los partidarios de Loth:

> «¿Subsistían en Armórica restos de hablas galas cuando los bretones empezaron a desembarcar? La hipótesis no tiene nada de inverosímil. De cualquier forma, esos restos de galo o bien eran poco importantes o bien estaban muy próximos al britónico del siglo V, de tal modo que el bretón continental seguía siendo en el siglo IX casi idéntico a las demás lenguas britónicas. Esto no es una hipótesis, sino un hecho»[2].

Sobre lo segundo, la fecha de llegada de los bretones insulares, recientemente Nora Chadwick ha trastocado la visión generalmente compartida por los historiadores. Sostiene la tesis, muy argumentada, de que la infiltración de los bretones de Gran Bretaña en Armórica habría empezado desde finales del siglo III[3].

Desde este supuesto, entonces es completamente admisible considerar que esta inmigración tuvo lugar en una

---

[1] FALC'HUN, F.: *Op. cit.*, p. 58.

[2] FLEURIOT, L.: *Le vieux breton, éléments d'une grammaire*, París, 1964, p. 9.

[3] CHADWICK, Nora: «The colonization of Brittany from Celtic Britain», en *Proceedings of the British Academy*, LI, 1965.

región en la que aún no se hablaría galo. Lo que implicaría que el mapa de los *plous* y los *guis* de lo único que nos informaría sería del avance de las comunidades que hablaban britónico insular, mientras que el resto de las regiones bretonantes serían la huella del galo de Armórica. De ello Falc'hun saca una segunda conclusión: la línea Loth, presentada como la de mayor expansión del bretón hacia el este, sería, por el contrario, la huella del retroceso del céltico hacia el oeste:

> «En realidad, la línea que se ha presentado como límite del avance extremo del bretón hacia el este parece, por el contrario, haber marcado sólo una etapa del retroceso del céltico hacia el oeste bajo el empuje del románico, cubriendo en este caso el término céltico, tanto la lengua de los galos armoricanos como la de los bretones inmigrados. La dualidad dialectal primitiva, debida al porcentaje diferente de bretones y de armoricanos siguiendo las regiones, se perpetuaría hasta nuestros días en el hecho de que los bretonizantes del vannetais son incapaces de comprender las hablas de las costas norte y oeste, más penetradas de aportaciones insulares»[1].

Parecería, pues, que el bretón actualmente hablado en Armórica tenga dos orígenes: el galo (para las hablas que acentúan en la sílaba final) y el britónico insular (para las hablas que acentúan en la penúltima), lo que nos permite imaginar de manera más precisa la situación colonial en la península entre los siglo III y V. Por una parte, la romanización parece haber sido allí poco pujante: el céltico habría retrocedido indudablemente hacia el oeste (línea Loth), pero se habría mantenido abundantemente en la costa sur. Por otra parte, la inmigración insular se habría producido en regiones poco pobladas (costa norte y oeste), en las que la lengua importada habría encontrado poca resistencia. De esta forma, las relaciones lingüísticas habrían sido bastante más complejas de lo que generalmente se piensa. En un primer momento, la romanización habría hecho retroceder al galo hacia el oeste, concretamente a lo largo de la costa sur. En un segundo momento, la inmigración habría introducido otra habla céltica en el norte de la península, sufriendo pronto y de forma conjunta ambas hablas, en un tercer momento, los embates del francés.

Como se puede comprender, todo esto implica un des-

---

[1] FALC'HUN, F.: *Les noms de lieux celtiques*, II, p. 58.

arrollo muy especializado y puntilloso. Yo sólo he hecho un resumen rápido y por encima del problema, pues la literatura dedicada a esta cuestión es muy abundante. Pero, incluso así, este resumen nos permite comprender toda la importancia de la toponimia en el estudio de las huellas de la colonización. En la mayoría de los casos, disponemos efectivamente de numerosas fuentes de información: textos escritos, diglosia aún presente, etc. La historia de Bretaña entre los siglo III y V sólo puede abordarse dando este rodeo: faltan los documentos. Y en eso radica precisamente la utilidad del enfoque «arqueológico», aunque debemos manejarlo con precaución. En cierto modo, la toponimia nos habla. Aún tenemos que saber desenredar su discurso.

LAS HUELLAS SUPERESTRUCTURALES

Todas las situaciones de colonialismo interrumpido durante el proceso u observado en pleno desarrollo nos muestran una diglosía del tipo de las que hemos descrito en el capítulo anterior: la organización social y la organización lingüística son en este caso relativamente isomorfas, claro que con el desplazamiento en el tiempo propio de este tipo de relaciones: la superestructura lingüística se constituye más lentamente que la infraestructura colonial que la origina. Igualmente, dentro de un enfoque sincrónico, la superestructura lingüística así constituida es evidentemente huella de colonialismo. No insistiré más en ello: al final de este libro se reserva un capítulo para el estudio del estatuto de la lengua francesa en Africa. Con todo, nos detendremos en un tipo particular de diglosia, aquélla que pone frente a frente una *lengua* en el sentido clásico y un criollo (por descontado, el criollo es también una lengua, y el término se suele emplear en sentido peyorativo, pero lo conservo pues tiene la ventaja de denotar el *origen* de ese tipo de lenguas, que en seguida recordaremos).

La colonización, observada desde un ángulo sociológico, consistió casi siempre en el enfrentamiento de dos organizaciones sociales: una, local, que era agredida, y otra, importada, que agredía y que iba a imponerse gracias al aparato militar y administrativo del colonizador. Pero hay ciertas excepciones a esta regla: las constituidas por la ocupación de un territorio vacío (o vaciado de sus habitantes por expulsión o genocidio) y poblado por colonos que importaban, a título de mano de obra, esclavos negros

que iban a comprar a las costas de Africa. Es, por ejemplo, el caso de Reunión, de Guadalupe y de la Martinica. En estas situaciones no hay estructuras sociales que preexistieran a la colonización, puesto que la estructura colonial se organiza a partir de elementos *obsolutamente importados* por el colonizador: no existe organización local que la colonización habría perturbado, aplastado o integrado al sistema colonial, todo surge del colonialismo y de ello resulta un sistema que, al menos en cuanto a su origen, es relativamente original [1].

Es coherente con todo lo postulado hasta ahora pensar que con la superestructura lingüística ocurre lo mismo. En efecto, en este caso, no es ya, como en la totalidad de ejemplos que hasta ahora evoqué, el resultado de un enfrentamiento entre una(s) lengua(s) local(es) y una lengua importada (la del colonizador); se crea de arriba a abajo, lentamente y uno de sus elementos constituyentes (la lengua dominada) aparece durante el proceso colonial, al que no preexiste. Es decir, que no podemos, en este caso, hablar exactamente de glotofagia o, por lo menos, la glotofagia no interviene en el centro mismo del fenómeno colonial: interviene, como veremos, a la vez, previa y posteriormente a este fenómeno, con —por lo que se refiere a la lengua dominada— diferentes lenguas participantes en ambos casos.

El criollo, en efecto, es una lengua cuya sola existencia es signo de una determinada forma de explotación (la esclavitud, al principio) *constitutiva de esa lengua* y que, para simplificar, llamaré colonialismo. Todos los casos de colonización estudiados hasta aquí incluían la existencia de una población local; en este caso no existe: la diferencia está en el origen, no en la esencia, pues la explotación subsiguiente es la misma. Como se sabe, el criollo es siempre, originariamente, una lengua compuesta, al principio reducida a determinadas necesidades de comunicación, como los sabires, que pronto adquirieron una envergadura mayor, como los pidgins, para pronto convertirse en la lengua materna de los hablantes que inicialmente la utilizaban como instrumento mínimo de intercomprensión: el criollo es

> «un habla de tipo pidgin (o pseudosabir) que, por razones históricas y sociológicas, ha llegado a ser la lengua única de una comunidad lingüística. Hay, pues, numerosos individuos que tienen un

[1] Cf., por ejemplo, GLISSAN, Edouard: «Propositions de base», en *Acoma*, núm. 4-5, abril de 1973, número dedicado al «delirio verbal» en la Martinica.

criollo como lengua materna y que no conocen otra lengua» [1].

Ahora bien, este origen, como el del pidgin, está íntimamente ligado a una situación de dominación de una comunidad por otra. En el caso de los pidgins, se trata de la negativa pura y simple de un grupo a hablar la lengua de los otros grupos con los que mantiene relaciones comerciales: se desarrolla entonces una lengua segunda, nacida del contacto entre la lengua de ese grupo y las otras lenguas en juego. Es, por ejemplo, el caso del pidgin-english, que, en Asia suroriental, se formó sobre la base de estructuras sintácticas chinas y un léxico inglés. La relación de fuerza que rige la aparición de un pidgin es, por lo tanto, claro. En el caso del criollo, se trata de la anulación de una lengua, de impedir a un grupo que hable su(s) lengua(s): los esclavos negros comprados en las costas africanas e importados a las Antillas eran separados, dispersados, manipulados, de forma que no pudiesen, en el sentido propio de la expresión, hablar. Es la «glotofagia previa» de la que hablaba más arriba: para que se forme un criollo es necesario que con anterioridad se hayan asesinado las lenguas de los esclavos, que se las haya vuelto inútiles multiplicando los hablantes de lengua diferente. Se les inculcaba entonces el mínimo necesario para recibir órdenes, mínimo a partir del cuál ellos se las arreglaron para inventar un medio de comunicarse entre sí:

> «Para hacerse entender, para obtener de su material humano el máximo de rendimiento, el blanco enseñará todas las palabras necesarias, pero ni una más; por su parte, el negro repetirá lo mejor que pueda lo que haya oído o creído oir» [2].

Nacido de una relación vertical (entender al amo), el criollo se reinvestirá, pues, en relaciones horizontales (comprenderse entre esclavos), y lo importante es que los procesos de pidginización (creación de una lengua vehicular a partir de varias lenguas naturales) y de criollización (adopción de un pidgin por una comunidad como lengua materna) son producto de relaciones de fuerza entre comunidades: los pidgins y los criollos son elaborados por comunidades dominadas [3], lo que no es el caso de las len-

Pidgin: Horizontal y Vertical

[1] *Le langage*, enciclopedia de la Pléiade, 1968, p. 608.
[2] JOURDAIN, Elodie: *De français aux parlers créoles*, París, 1956, p. XXI.
[3] Cf., por ejemplo, VALDMAN, Albert: «Créole et fançais aux Antilles», en *Le français en France et hors de France*, tomo. I, Annales de la Faculté des lettres et sciencies humaines de Nice, núm. 7, p. 169.

guas coloniales que hasta aquí hemos estudiado. En el primer caso, la dominación es constitutiva de la lengua, en el segundo es constitutiva de su estatuto de lengua dominada, lo cual es muy diferente aun cuando, en el plano sincrónico, las situaciones sean estrictamente comparables. Desde luego, la aparición de esas lenguas compuestas no es exclusivo de las situaciones de criollos. Así, el *forofifon naspa*, el francés de los cazadores que servía más o menos de lengua vehicular en Africa occidental:

> «No había ido a la escuela como Wangrin. Hablaba el 'forofifon naspa' o francés del cazador. En 'forofifon naspa', los verbos no tenían tiempo ni modo y los nombres, pronombres y adjetivos, ni número ni género» [1].

Pero lo que caracteriza al criollo por oposición a esas lenguas segundas es que se convierta en la *lengua materna* del grupo oprimido y que, a título de tal, llegue a oponerse en el seno de la superestructura lingüística a la lengua del colonizador, como lengua dominada frente a la lengua dominante: es entonces la «glotofagia posterior» de la que hablaba más arriba. Por lo demás, tenemos una prueba *a contrario* en los raros casos en que los criollos desaparecieron. En Estados Unidos, por ejemplo, y dejando aparte la excepción del gullah de las islas costeras de Georgia (el aislamiento insular explica su mantenimiento), los criollos desaparecieron poco a poco con la abolición de la esclavitud. Las comunidades negras, al salir (muy relativamente) de su ghetto, al salir en cualquier caso del estatuto que les confería la esclavitud, llegaron a adoptar la lengua dominante, claro que con rasgos fonológicos, sintácticos y léxicos específicos: pero el *black english* que se formó ya no hay que analizarlo en términos de glotofagia, sino en términos de presencia de las relaciones de clase dentro de las relaciones lingüísticas. Se argüirá que la esclavitud también se abolió en las Antillas y los criollos, allí, perduran. Quizá haya que concluir que, en este caso, la esclavitud sólo fue abolida teóricamente...

Detengómonos por un instante, a este propósito, en el caso de la Martinica, que nos servirá para ilustrar la situación de conflicto entre un crillo y la lengua dominante que

[1] HAMPATE BA, Amadou: *L'etrange destin de Wangrin*, París, 10-18, p. 32.

le dio origen[1]. Hasta el siglo XVI, la isla estuvo poblada por indios caribes que expulsaron a los arawaks y que a su vez serán expulsados hacia la Dominica a mediados del siglo XVII, con la llegada de los franceses. Entonces, el poblamiento de la isla estará asegurado con los colonos, por una parte, y con los esclavos traidos del golfo de Guinea, por otra, siendo la relación numérica entre europeos y esclavos más o menos de 1 a 8, como lo demuestran las cifras siguientes:

	Europeos	*Esclavos africanos*
1715	6.400	?
1738	?	57.000
1826	11.000	81.000
1848	10.000	75.000

Estos esclavos están cuidadosamente repartidos, de manera que no puedan entenderse: se separa a los miembros de una misma familia, de una misma aldea, etc. De esta forma, en dos o tres generaciones, el criollo martiniqués hace su aparición como lengua materna de los esclavos. Más tarde se abole la esclavitud (decreto Schoelcher, 27 de abril de 1848), pero la organización social que resulta no es muy diferente de la que precedía al decreto. Hoy, de 40.000 hectáreas cultivadas en la Martinica, 7.500 lo son por 10 propietarios, 26.250 por otros 70 y las 6.000 hectáreas que quedan se hallan repartidas entre 5.000 pequeños propietarios, a lo que hay que añadir de 35.000 a 40.000 obreros agrícolas que cultivan una pequeña parcela. Es decir, que el 85 por 100 de las tierras cultivadas pertenecen a una minoría de propietarios (alrededor de 80). La estructura social de la isla se ha constituido históricamente al hilo de los matrimonios mixtos y de las negativas a esos matrimonios: los *bekés*, es decir, los blancos criollos (de 2 a 3.000 en una población de 320.000 habitantes), forman la clase superior, los mulatos forman la pequeña burguesía local y los negros constituyen la gran masa de las clases inferiores. Esta masa habla criollo, sin utilizar el francés —o rudimentos de francés— más que para sus relaciones con la administración: nos encontramos en una situación muy parecida a la de las colonias tradicionales. Los *bekés* son por lo general bilingües: utilizan el criollo para dirigirse a sus servicios, pero a veces también en

[1] Utilizo para estos rápidos datos una memoria de magisterio redactada bajo mi dirección por Robert DAMOISEAU en 1973: *Rapports linguistiques et rapports sociaux en Martinique.*

familia. En cuanto a los mulatos, constituyen la parte de la población que mayor repugnancia tiene a hablar criollo: la lengua francesa es para ellos un medio de promoción social (así, abundan los mulatos en la enseñanza).

Se ve que las diferencias que, en el origen, oponen las situaciones de los criollos a las de la glotofagia más clásica, se atenúan muy pronto, siendo la única diferencia persistente el hecho de que los *bekés* hablan la lengua local y el francés, cosa nunca vista en Africa o en Indochina, y que se explica fácilmente por la implantación desde fecha lejana de los criollos *(bekés)* en las islas. Parece claro que la situación superestructural en que se encuentran implicados el criollo y el francés es estrictamente paralela a la de las colonias tradicionales: lingüísticamente, y a pesar del origen especial del criollo, esta superestructura es huella de colonialismo, aun cuando sea de un tipo algo particular.

Antes de concluir, nos queda por evocar un caso que algunos han querido presentar como particular, el del inglés de la India. Es sabido que en la India existe una situación lingüística muy compleja: junto al hindi, hablando —con el urdu— por sesenta millones de habitantes, o el bengalí, hablado por setenta millones, están las lenguas muy minoritarias, constituyendo la totalidad un mosaico que ha favorecido la expansión y especialmente el mantenimiento del inglés. Pero el resultado no es en forma alguna diferente del existente en las colonias o ex-colonias francesas: el inglés es lengua dominante frente a una pluralidad de lenguas dominadas, es la lengua de la administración, la lengua del poder, en resumen, la lengua de la opresión del pueblo. Por eso es al menos curioso ver a algunos lingüistas intentando presentar la situación india bajo una luz muy diferente. Así, Braj Kachru[1] inventa la noción de *indianidad* del inglés de la India *(indian english)*, que sitúa al mismo nivel que la *anglicidad* del inglés británico y la *americanidad* del inglés de los U.S.A *(indianness, englishness, americanness)*, sin preguntarse cuál sea el porcentaje de la población inglesa o americana que habla inglés, y sin ocurrírsele pensar en comparar ese porcentaje con el de la población india que habla esa lengua: el resultado, sin embargo, no dejaría de ser instructivo. Acumulando un cierto número de interferencias léxicas o culturales, B. Kachru cree poder hablar de «contextualización» del inglés. Pero esta «contextualización» no quita nada al estatuto neocolonial de la lengua. Así, el que se diga en *indian english, flower-bed* por

[1] B. KACHRU, Braj: «Indian English: A Study in Contextualization», *In Memory of J. R. Firth*, Londres, 1966, pp. 255-287.

nuptial-bed, según el modelo del bengalí *phul-shɔija*, lo único que indica es un fenómeno de interferencia que se encuentra en casi todas las situaciones de conflictos lingüísticos: en Africa occidental se dice *gagner petit* por *avoir un enfant*, lo que dista de confirmar la aparición de un francés de Africa. Una vez más, habría que preguntarse *cuánta gente habla inglés en la India*. B. Kachru no nos da ninguna información sobre este punto en las 33 páginas de su artículo.

En efecto, las características estadísticas de la diglosia producida por el colonialismo son fundamentales. La superestructura lingüística que resulta de un colonialismo interrumpido no está constituida por un bilingüismo al 100 por 100 y, en tanto en cuanto se puedan adelantar cifras en la materia, la del 10 por 100 es sin duda la más cercana a la verdad. Pues la glotofagia que caracteriza al colonialismo moderno y al neocolonialismo no consiste en hacer bilingües a todos los colonizados, consiste simplemente (si podemos permitirnos usar este término) en prohibir a las lenguas de los colonizados el derecho a la existencia por completo. Hablar de bilingüismo no significa en absoluto que se hable de un país en que todo el mundo es bilingüe, ni siquiera de un país en que el número de bilingües es elevado. Como recientemente recordaba Jean Darbelnet,

> «Canadá es oficialmente un país bilingüe, pero ¿cuántos bilingües hay en Canadá? Desde luego, los canadienses ingleses y anglófonos no representan una proporción elevada de bilingües en el país; la mayoría de los bilingües que allí encontramos son francófonos que se ven obligados, precisamente para sobrevivir, para prosperar económica y socialmente, a saber la otra lengua oficial del país» [1].

Ahora bien, es justamente este aspecto del «bilingüismo» el que constituye la superestructura lingüística de esencia colonial. Es precisamente el hecho de que en Quebec los francófonos deban aprender inglés para obtener ciertos puestos, el hecho de que la ley que hace obligatorio el bilingüismo franco-inglés para determinados cargos de la administración sólo se aplique para los francófonos (no estando, en la práctica, los anglófonos obligados a hablar francés), los que constituyen las características de la situación quebequesa. Y esta situación se

[1] DARBELNET, Jean: «Le bilinguisme», en *Annales de la faculté des lettres et sciences humaines de Nice*, núm. 12, octubre de 1970.

vuelve a encontrar, no podía ser menos, en todos los casos evocados en este libro.

Pues hay que cuidarse de no caer en el discurso neocolonial típico, que consiste en presentar la introducción del francés en las colonias como una buena cosa en el fondo, como un elemento positivo: ¿no es el francés una lengua moderna, una lengua con futuro, *la* lengua del futuro? Sin entretenernos con este argumento, racista nuevamente, ha de recordarse que la colonización no introdujo el francés en Africa (en el sentido en que los pueblos africanos colonizados por Francia hablarían francés): simplemente asentó en el lugar una minoría francófona que gobierna e impone su ley a una mayoría no francófona. Más vale, para concluir, dejar la palabra a un representante de los colonizados:

> «Se nos ha dicho que se nos había impuesto el uso del francés. Creerlo de buena fe, sin proceder al menor análisis, equivaldría a emitir un juicio favorable del colonialismo, en un país que cuenta con cerca de un 85 por 100 de analfabetos, por más que haya permanecido durante 130 años en contacto directo con la lengua francesa» [1].

[1] LACHERAF, Mostefa: *L'Algérie: nation et société*, París, 1965, p. 313.